



# BAJO EL HECHIZO

UNA OSCURA NOVELA ROMÁNTICA SOBRE ALIENÍGENAS

# DEL DRAGÓN

SECUESTRADAS POR LOS GUERREROS DRAGÓN

ANNETT FÜRST

# **Bajo el Hechizo del Dragón**

**Secuestradas por los Guerreros Dragón**

**Libro 3**

Una oscura novela romántica sobre alienígenas

Por Annett Fürst

1ª edición, 2020

2020 Annett Fürst - todos los derechos reservados.

Planta Urbana

5350 Independencia

Paraguay

La obra, incluidas sus partes, está protegida por derechos de autor. Queda prohibida cualquier explotación sin el consentimiento del editor y del autor. Esto se aplica en particular a la reproducción electrónica o de otro tipo, la traducción, la distribución y la puesta a disposición del público.

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)



Para Martina,  
una mujer cuya fuerza de voluntad, es un modelo a seguir para mí.



## Capítulo 1

Era la primera vez que se había negado a obedecer. Últimamente se había escabullido varias veces pero hoy, había llegado a declararse en rebeldía. Aaryon se había sentido nefasto, francamente despreciable al respecto, pero eso no cambiaba el hecho de que uno de los Guerreros Guardián tenía que dar el primer paso.

Su vida consistía únicamente en el cumplimiento del deber. No existía nada más allá de eso. Aaryon nunca se había preguntado si a esto se le podía llamar vida, hasta aquel memorable día en que, una mujer, de entre todas, lo había confrontado.

Ella solo había querido saber a qué dedicaba su tiempo entre tareas. Al principio, esto le había parecido increíblemente ingenuo, pero luego solo pudo responder, diciendo que pasaba esos momentos en el entrenamiento con armas y que luego, no hacía nada más.

La mujer lo había coronado todo, cuando preguntó sobre la remuneración que recibía por sus servicios. Por supuesto, su recompensa era el honor, pero en cuanto lo dijo, le llegó como un rayo. Completamente desprevenido, se dio cuenta, de que se sentía increíblemente utilizado. Solo era como un

objeto que sacaban cuando era necesario y lo volvían a arrinconar una vez utilizado.

Hoy, esa frustración había vuelto a brotar en su interior cuando su comandante había querido enviarle a una misión, a pesar de que acababa de regresar de la anterior, hacía unos minutos. No era nada inusual en sí mismo pero, aun así, había pedido un descanso, sobre todo porque había más Guerreros que estaban sentados sin hacer nada.

— ¡Harás lo que yo te ordene! — esas palabras fueron como la última gota que colmó el vaso, que ya estaba lleno de resentimiento, para que se desbordara.

Se quitó el casco, se dio la vuelta y se alejó sin más.

Sin embargo, en ese momento, no se preocupó por las consecuencias de sus actos. Prefirió disfrutar de la sensación de libertad y entregarse a lo que le daba placer.

Aaryon extendió sus alas y las agitó vigorosamente mientras respiraba el aire fresco del bosque. Este era Lykon, su planeta natal, y él era un Guerrero Dragón ávido de poder. ¿Puede haber algo mejor que eso?

A pesar de su gigantesca estatura, se movía como un felino entre los gigantes de la selva, cuya parte superior no era visible. El bosque rebosaba de vida, crujía por todas partes, se oía el trinar de los pájaros y los insectos zumbaban afanosamente de flor en flor.

La zona que quería visitar estaba detrás de la siguiente colina. Solo por casualidad había descubierto allí, durante una de sus incursiones prohibidas, una criatura que se asemejaba tanto a él, que habían sentido casi inmediatamente un profundo vínculo entre ellos.

Aaryon apartó las ramas de los densos arbustos que, bajo el espeso dosel de hojas, aprovechaban los últimos rayos de sol. Mientras miraba el claro con la hierba más verde del lugar, torció sus labios en una sonrisa casi suave. Lo estaban esperando.

El semental negro brincó alegremente hacia él, frotando sus fosas nasales distendidas contra el cuello de Aaryon. Se diferenciaba en todo de sus congéneres lykonianos, que tenían su pelaje marrón claro adornado únicamente por una melena y una cola de color negro.

Lo que hacía especial a este semental, no era solo su tamaño, sino el hecho de que, a diferencia de los demás caballos, tenía alas. Esta hermosa peculiaridad lo había llevado, sin duda, a la expulsión de su manada.

Una vez, él había tenido que pasar por lo mismo, cuando había sido enviado al exilio por los suyos. Él y este animal, sin haberlo causado, compartieron el mismo destino. Ahora, casi pasando desapercibidos, protegían a los suyos y solo recibieron a cambio indiferencia.

Aaryon acarició las suaves fosas nasales del caballo y luego le entregó en la palma de la mano una dulce raíz de Faroq, que había robado de la cocina.



El semental le agradeció con un bufido y mordisqueó el tubérculo amarillo pálido con fruición.

— Un día, amigo mío, cambiaremos el mundo — le prometió al caballo que relinchaba suavemente.

El semental era su secreto, no le había contado a nadie su descubrimiento. Probablemente nadie le creería, él mismo, no lo haría si no hubiera visto al caballo alado con sus propios ojos.

Repentinamente, la cabeza del caballo se levantó de golpe. Aguzó las orejas y giró la cabeza hacia el lado opuesto del claro. Relinchó tan fuerte que fue ensordecedor para Aaryon, y salió a todo galope.

Miró con asombro al semental que corría a toda velocidad. El animal debió percibir algo muy familiar, algo que no suponía ninguna amenaza para él. Porque en lugar de huir hacia el bosque, galopó con entusiasmo, con la cola erguida, hacia el lugar exacto que se suponía, debía evitar.

Aaryon nunca había visto volar al semental. Quizás no podía y, aun así, seguirían teniendo algo en común. Los Guerreros Dragón no podían surcar los cielos, sus cuerpos eran demasiado grandes para ello. Sin embargo, sus alas eran perfectamente capaces de asestar duros golpes.

El semental se defendía de los depredadores no solo con sus enormes pezuñas, sino que también lo hacía batiendo sus alas. Él mismo, había visto cómo el caballo había ahuyentado de esa forma, a toda una manada de Wyrns

salvajes, que habían intentado varias veces estrellarlo contra el suelo, con sus colas en forma de garrote.

Él estaba tan interesado en lo que parecía atraer al semental de forma tan mágica. Que corrió tan rápido como sus musculosas piernas pudieron llevarle a través del claro. A lo lejos, oyó el crujido de las ramas y, aunque ciertamente solo le pareció, la risa alegre de una mujer.

Todavía mientras corría tuvo que reírse. ¡Qué pensamiento tan loco! Una mujer no sobreviviría en el bosque ni cinco minutos. Todos sabían que las mujeres eran notoriamente débiles. Había que protegerlas de todo tipo de cosas y, además, evitar que hicieran alguna tontería.

Solo servían para producir descendencia para los Guerreros Dragón, ya que su pueblo no producía hijas. Afortunadamente, él no tenía que lidiar con eso. Como Guerrero Guardián, había renunciado por completo a las mujeres y eliminado el deseo sexual de su existencia.

Aaryon frunció el ceño con hosquedad. Durante su riguroso entrenamiento había tenido que montar a una mujer varias veces. Lo había hecho sin mucho entusiasmo, ya que solo era parte del trabajo, para luego poder deshacerse también de esa debilidad.

Lo que hoy en día, todavía le molestaba era el hecho de que también se había visto obligado a tomar esa decisión. En su opinión, no era absolutamente

necesario, que se derramara sudando y gimiendo dentro de una mujer solamente a consecuencia de una orden.

Actualmente ninguna mujer podía suscitar ninguna reacción en él y debido a eso, siempre era convocado para custodiar a la futura compañera de uno de los Guerreros.

Corrió detrás del semental de nuevo. Cuando ya estaba completamente sin aliento, vio que el caballo ladeaba la cabeza entre la maleza. Reconoció una pequeña mano blanca que acariciaba al animal entre las orejas. Al acercarse, dos ojos verdes lo miraron y escuchó un grito de sorpresa.

Había algo irreal en toda la escena y se frotó los ojos. En el último momento, vislumbró una brillante cabellera roja, que luego instantáneamente, fue engullida por los arbustos.

¿Qué acababa de ver? Quizás un descendiente que se había perdido en el bosque. Pero el cabello rojo, no lo conocían en Lykon. O quizás, un animal desconocido pero, el grito, había sonado demasiado humano para eso.

— ¿Quién o qué fue eso? — En respuesta a su desconcertada pregunta, solo recibió un ligero empujón del semental, que obviamente, quería que supiera que no tenía nada de qué preocuparse.

El sol ya se estaba abriendo paso detrás de las copas de los árboles, y Aaryon se percató que no encontraría ningún rastro de esta criatura en la

noche. Reprimió su curiosidad y se dirigió de nuevo al asentamiento de los Guerreros Guardián.

Seguramente le esperaba un severo castigo por desobedecer las órdenes. Lo soportaría pero, luego insistiría una y otra vez en su libertad.

Cuando llegó a las dependencias en mal estado, fue recibido por más guardianes que recogían sus bártulos con total excitación.

— ¡Aaryon, no lo vas a creer! — gritó uno.

Todos fuimos convocados al Clan de Layk y Oryn. ¿No estuviste protegiendo recientemente a su compañera en común?

Recordaba muy bien a esa mujer que provenía de la Tierra, ésta le había preguntado, qué hacía para pasar el tiempo y, además, le había dado la corrosiva idea de que tenía derecho a un pago por sus servicios.

También fue gracias a ella, que pudo utilizar por primera vez, su habilidad para viajar a otros planetas. Había necesitado de toda su energía para traerla a ella, a su madre y las todas medicinas necesarias de la Tierra hasta Lykon. Esto había salvado a muchos Guerreros que estaban afectados por una extraña enfermedad.

No esperaba ningún agradecimiento, como de costumbre, pero se había sorprendido mucho cuando los dos líderes del Clan, Layk y Oryn, lo habían visitado personalmente, y lo habían elogiado efusivamente por la fiel protección de su compañera.

Dado que estaba prohibido por un tratado, robar mujeres a sus vecinos lykonianos, ahora, todos los Guerreros Dragón secuestraban a sus mujeres de la Tierra. Para él básicamente, eso no tenía sentido. No anhelaba una pareja, ni una descendencia. Además, teniendo en cuenta, su propia infancia, prefería evitar a cualquier descendiente esa posible existencia.

Apresuradamente, ensilló su caballo, lo único que poseía. Nadie le había aclarado por qué se había convocado a todos los Guerreros Guardián. Suspiró, cuando su comandante se acercó a él, con el rostro contorsionado por la ira. Probablemente tendría que desensillar y de inmediato, recibir su castigo.

— Tu comportamiento es indignante, Aaryon. Pero por ahora, sin embargo, te has salvado. Todos, sin excepción, deben presentarse en la reunión del Consejo de Layk y Oryn. — Su comandante se apartó bruscamente y siguió su camino.

Aparentemente, le hervía por dentro, que no lo dejaran castigarlo inmediatamente. Aaryon sonrió con ironía.

Siempre había sospechado que el comandante sentía un perverso placer al azotar a los guardianes por cualquier ofensa, por mínima que fuera. Esta vez, tampoco sería la excepción. Probablemente, tendría que recibir diez latigazos más por el retraso.

Su unidad consistía solamente de veinte Guerreros Dragón. Pocos de ellos podían sobrevivir al riguroso entrenamiento, y aún menos, podían sobrellevar el hecho de no poder satisfacer sus impulsos lujuriosos. Aunque se consideraba honorable servir como Guerreros Guardián, algunos renunciaban, prefiriendo enfrentarse al desprecio y la burla de su Clan de origen.

Él no tenía nada de eso, ni Clan, ni padre, ni madre, debido a eso era el Guardián más destacado. No era atraído por ningún sitio, y no había dejado nada atrás. Y fue por esta misma razón, por la que ahora sus compañeros lo miraban con indisimulada curiosidad y algunos hasta con una mirada de recelo.

Ninguno hizo la pregunta en voz alta. ¿Qué pudo haber causado que su mejor hombre, se saliera de esa manera, de la norma? Ni siquiera él, habría podido dar una respuesta razonable a esa pregunta. Tal vez todos sus pensamientos, experiencias y sentimientos habían crecido en su interior como una úlcera supurante que acababa de estallar, y causaba asco entre todos los que la presenciaban.

Ya se les esperaba con impaciencia en el asentamiento. Muchos otros líderes de clanes habían llegado y había una gran multitud en la casa de reuniones. Aaryon se sorprendió de que todos hubieran sido convocados a una reunión. Normalmente, los clanes contaban con cuatro guardianes para mantener el

orden en la casa de reuniones y evitar que los participantes se enfrentaran en los desacuerdos.

Sintió una mano femenina en su antebrazo y miró el rostro sonriente de la mujer que había desencadenado este carrusel de pensamientos en él.

— Buena suerte — le murmuró y se alejó.

Aaryon puso los ojos en blanco. Esta mujer era realmente incorregible, pero también la más peculiar que jamás había custodiado.

Los líderes de los clanes presentes tomaron asiento. Aaryon apenas pudo contener su asombro y se rascó la barba negra tímidamente, cuando les pidieron también que se sentaran. Él y sus compañeros de Clan, ya habían tomado sus posiciones a lo largo de las murallas exteriores, como de costumbre.

En ese momento, habló uno de los líderes del Clan. Reconoció a Oryn, que siempre tenía un aspecto depredador.

— Les hemos pedido que se unan a nosotros para negociar juntos un pago justo por sus servicios. Layk y yo, así como otros líderes de clanes, creemos que tienen derecho a ello.

Los Guerreros Guardián intercambiaron algunas miradas de asombro entre ellos. Ninguno de ellos esperaba que llegara este día y que recibieran tanto reconocimiento. Cada uno de ellos había recibido un caballo, así como un casco y una espada. Se les proporcionaba la comida, pero más allá de eso,

los clanes siempre habían afirmado hasta ahora, que los guardianes servían solamente por el honor.

La mente de Aaryon se llenó de otros pensamientos, y por un pequeño momento, sintió respeto. La mujer no se había limitado a parlotear algo irrelevante, cuando dijo que había que pagarles por sus servicios. Lo había dicho en serio y había hecho la petición a sus compañeros. Además, les había convencido para que presentaran su proyecto también a otros clanes.

Al mismo tiempo, en secreto, se preguntó cómo sería tener a su lado una compañera, que le cubriera las espaldas. Se estremeció y miró furtivamente a su alrededor, como si hubiera pronunciado ese pensamiento en voz alta y alguien lo hubiera oído. Luego tomó esa idea y la guardó en un cajón bien cerrado de su mente, donde también guardaba los otros deseos y sueños secretos.

Por supuesto, habló su comandante, mientras él y los demás Guerreros Guardián escuchaban con expresiones indiferentes, como siempre debían hacer.

Sin embargo, una alegría indescriptible bullía en su interior. Mientras sus compañeros Guerreros quizás, ya se estaban imaginando lo que podrían hacer con su recompensa, él se sintió orgulloso. Era esa sensación, no solo la de considerarse valioso, sino que esto era notado y ahora también, apreciado por los demás.



En medio de las negociaciones, su compañero le dio un codazo en las costillas y le susurró. — Ahora por fin podrás comprar unos caballos y empezar esa actividad con la que siempre nos has estado fastidiando.

Y así, de manera muy poco habitual, para un miembro del Clan de los Guerreros Guardián, la alegría brotó de él y se rio a carcajadas.

## Capítulo 2

Cora había subido a la colina, saltando de arbusto en arbusto. La siguiente rama en la que había puesto sus manos, se rompió de golpe y ella cayó de panza hacia abajo varios metros.

Resopló con frustración y luego maldijo con los labios apretados. — ¡Por el amor de Dios, por qué siempre tienes que tocar todo!

Si no había calculado mal, llevaba al menos, cuatro semanas en este extraño lugar, y por desgracia para ella, eso había sucedido por su propia culpa.

Una tarde se le había ocurrido la idea de salir a pasear. La luna llena brillaba en el cielo, iluminando el camino que siempre tomaba cuando visitaba su lugar favorito en el bosquecillo en las afueras de la ciudad.

La magia de esa noche la había atraído al exterior, como una polilla a la luz. A veces, ella necesitaba distanciarse de este mundo acelerado, en el que todo parecía girar en torno a la tecnología y al dinero. Entonces, sintió el impulso de alejarse y buscó esa paz en la naturaleza, donde todo irradiaba calma.

Al dejar atrás el ajetreo de la vida en la ciudad había aparecido, de repente, ante ella, algo que desafiaba todo conocimiento humano. Esta estructura

intermitente, que parecía arder desde abajo, segregaba una energía que Cora había sentido que fluía por cada célula de su cuerpo.

Tenía la mano extendida cuando esa cosa, que debía estar envolviendo algo, se levantó cautelosamente del suelo. Solo había querido poner las yemas de los dedos en él por un momento. Fue entonces cuando los objetos se volvieron verdaderamente reales para ella y parecieron contarle historias sobre su origen y creación.

Pero entonces había sentido un cosquilleo en el brazo que, inmediatamente después, recorrió toda su piel, poniéndole los pelos de punta. Sus ojos habían quedado a oscuras y, aunque solo fue una fracción de segundos, se había despertado aquí, habiendo caído probablemente unos cuantos metros y aterrizado por suerte, en un enorme montón de hojas.

Examinando cuidadosamente, había movido los brazos y las piernas. Cuando estuvo convencida de que no había nada roto, se palpó el cuerpo. Todo seguía en su sitio y, sorprendentemente, apenas había sentido dolor.

Lo siguiente que notó fue un olor extraño. No había sido capaz de identificarlo, pero lo había encontrado increíblemente vigorizante.

Después, se percató, de que el sol estaba en lo alto del cielo. Era plena luz del día. ¡Imposible! Parpadeó un par de veces y luego miró a su alrededor con los ojos muy abiertos.

Solo después de haberse pellizcado la mejilla, se convenció de que no estaba en coma.

Los árboles que la rodeaban eran tan monstruosos que cada roble milenario parecía una brizna de hierba a su lado. Llevaban unas flores enormes, y las ramas se doblaban casi hasta el suelo por su propio peso. Cora se fijó en las campanas rosas chillonas, los mechones naranjas que parecían un plumero y las estrellas rojas que le recordaban a la copa de un árbol de Navidad.

Aturdida, se había deslizado por el montón de hojas, para encontrarse en el mismo momento, rodeada de graciosos animalitos que piaban con entusiasmo. Sus ojos redondos brillaban sobre una boca pequeña y sonriente, y sus diminutos pies transportaban ágilmente un cuerpo parecido al de un gusano. Una de las criaturas, de la que brotaban pelos dorados y sedosos como sus congéneres, había empujado hacia ella una especie de nuez.

Eso había sido sorprendente, pensó ella. ¿No deberían huir los animales? Entonces, probó la nuez y la encontró realmente sabrosa. — Gracias, tú... bueno, lo que seas.

Luego sonrió al animal, que se levantó de un salto, chillando alegremente, antes de adentrarse detrás de su grupo en la maleza.

— En este preciso momento, estaría lista para un ataque de nervios — había susurrado, cerrando los ojos.

Porque una cosa estaba clara, esto no era Japón, ni Honduras, ni ningún otro lugar de la Tierra que ella considerara exótico. Ella estaba en un lugar mucho más lejano de todo lo conocido por el hombre.

Había esperado el ataque de pánico, pero no pasó nada. Así que había vuelto a abrir los ojos y a mirar a su alrededor de forma más consciente. La Cora, bastante práctica había despertado en ella, necesitaba algo de comer y un lugar seguro donde, por el momento, pudiera quedarse. Mañana iría a buscar a los alienígenas.

Tuvo que sonreír, porque en su cabeza aparecieron inmediatamente unas figuras grises y enjutas con cabezas de gran tamaño. O tal vez había tenido mala suerte y no había vida inteligente aquí. Posiblemente querrían asarla en un espetón o la recibirían con hostilidad.

Apresuradamente, desechó esa idea.

— ¡Cora, mantén siempre el optimismo! — había exclamado en voz alta, para animarse.

El optimismo siempre la había ayudado. Así es como había sobrevivido toda su vida en el hogar de niños, donde se esforzaron pero no podían reemplazar a su familia. Más tarde, ya siendo adulta, había estudiado las hierbas y los métodos curativos alternativos. Cuando quiso abrir un consultorio, nadie quiso prestarle dinero para esa tontería. No había dejado que nadie la detuviera y había trabajado hasta tener suficiente capital.

Con el tiempo, se había unido a un aquelarre de brujas autoproclamadas. No es que ella se considerara una bruja, pero estas mujeres compartían su profundo amor por la naturaleza y su devoción por lo espiritual. Además, con sus rizos rojos salvajes y sus ojos verdes, ella había cumplido con el estereotipo de una verdadera bruja para el aquelarre.

Solo tenía que mantener los ojos bien abiertos y, con un poco de suerte, volvería a toparse con esa estructura intermitente. Entonces, seguramente la transportaría de nuevo a casa.

Mientras estaba tumbada en la colina con las extremidades estiradas, tuvo que admitir, que sería una gran coincidencia que volviera a experimentar lo mismo. Hasta ahora, no había conocido a nadie, pero no se sentía sola ni perdida. El bosque le proporcionaba alimento, como frutos comestibles que había recogido, como lo hacían otros animales. Su lugar para descansar, estaba situado en la horquilla de un árbol casi tan grande como la habitación de su casa. El agua provenía de un manantial cercano.

Por la noche, los depredadores merodeaban por la espesura al acecho, pero para su sorpresa, ella no se sentía amenazada. Una vez, uno de ellos, lo que ella pensó que debía ser algo parecido a un oso gigante, se había asomado a su horquilla. Su corazón casi se había detenido cuando el monstruo la había olfateado. Luego le había resoplado amablemente en la cara, como si solo quisiera darle las buenas noches.

En este mismo momento, estaba tratando de superar la colina para visitar a la criatura más maravillosa que jamás había tenido el privilegio de contemplar. El semental alado estaba solo, y quizás por eso, siempre buscaba su compañía.

Cuando lo conoció, pensó que no estaba en todos sus sentidos. El caballo había trotado hacia ella sin reparos, agitando las alas como si le diera la bienvenida.

Siguiendo su primera intuición, había querido bautizarlo como Pegaso. Inmediatamente después, pensó que no quedaría bien. Ya que Pegaso era una criatura mítica, que formaba parte de mitos y leyendas, pero este semental estaba delante de sus narices. Este majestuoso animal era real y merecía su propio nombre, del que, por desgracia, todavía tenía que prescindir. A Cora simplemente no se le ocurrió nada adecuado que fuera lo suficientemente sonoro para esta belleza.

Finalmente había llegado al borde del claro, donde el caballo normalmente prefería quedarse. Parecía estar ocupado con algo interesante al otro lado del prado, pero enseguida percibió su presencia. El semental galopó relinchando en su dirección, con sus cascos removiendo la tierra.

Acarició sus fosas nasales y le rascó suavemente entre las orejas.

El caballo hacía ruidos sutiles. — ¿Qué quieres decirme, pequeño? — le murmuró ella, apoyando su frente contra la de él.

Y fue entonces, cuando lo sintió. La nuca se le erizó y una extraña premonición la invadió. Cora pensó que probablemente, era eso lo que sentía un imán cuando se encontraba con su polo opuesto. Se atraen mutuamente, lo quieran o no. La única forma de escapar de él, era manteniendo una distancia suficiente entre ellos.

Mientras este abstruso pensamiento daba vueltas en su cerebro, ella lo vio. Un hombre gigante se abría paso entre los espesos arbustos. Debía medir, al menos, dos metros, y ella no pudo reconocer ni un gramo de grasa en su cuerpo. Enormes músculos claramente visibles, se movían bajo su piel bronceada. Su cabello corto y negro, y una barba igualmente negra enmarcaban su rostro, que parecía tallado en piedra.

Cora retrocedió instintivamente unos pasos hacia la maleza. Cuando el hombre se acercó aún más, se dio cuenta de que, tenía un montón de figuras intrincadas en el pecho y en la parte superior de los brazos que debían estar tatuadas.

Su escrutinio terminó abruptamente, cuando vio un par de alas emerger de su espalda. Chilló y salió corriendo hacia el bosque.

En su cabeza sonaba una y otra vez. — ¡Mantén la distancia, Cora! Mantén la distancia.

Sabía que no era la mujer más atlética, pero al menos, era pequeña y a este gigante le costaría seguirla a través de la densa vegetación del suelo del



bosque. Además, el corto crepúsculo ya estaba cayendo y este era su territorio en el bosque, donde ya conocía cada árbol coloso caído. Algunos eran huecos y ella podría esconderse en ellos, si fuese necesario.

Sus pulmones ardían y sus piernas temblaban por el esfuerzo. Cora se detuvo y se agachó, jadeando. Agudizó el oído, pero no escuchó ningún paso sospechoso que la siguiera.

Había conseguido escabullirse.

— Por ahora — susurró una voz admonitoria en su cabeza.

Ya más tranquila, ahora, se dirigió a la escalera que había hecho ella misma, anudadas laboriosamente con lianas para facilitar su ascenso a su alojamiento improvisado en la horquilla de aquel árbol.

Subió y se acurrucó en su nido de musgos y suaves hierbas. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Así que, había habitantes en este planeta. Tragó saliva, pues era la primera vez que elegía la palabra planeta para describir su paradero desconocido. Interiormente, todavía había bloqueado la idea de estar realmente perdida en algún lugar del universo.

En realidad, Cora tenía la esperanza de encontrar seres vivos que fueran como ella.

— Entonces ¿por qué has huido? — susurró con sus manos entrelazadas.

No fueron sus alas las que la hicieron correr. Sino más bien, ese impulso casi insuperable de correr en su dirección era lo que tanto la había asustado.

Se devanó los sesos tratando de averiguar el origen de esta necesidad. No se trataba simplemente de la alegría de haber conocido finalmente a alguien. A ella le pareció más bien que había encontrado la pieza faltante del rompecabezas para completar su propio cuadro general.

Se le escapó un bufido cínico. — ¡Qué tontería!

Probablemente le había dado demasiado sol en la cabeza, o el hecho de estar sola, le estaba afectando más de lo que pensaba.

En cualquier caso, no había forma de que se sintiera atraída por un hombre semisalvaje como él, que se paseaba con el pecho desnudo y transmitía la sensación de ser un lobo hambriento.

Dormiría bien y mañana todo volvería a la normalidad. O podría retirarse a lo más profundo del bosque para ocultarse de los ojos de todos. O tal vez podría ir en busca de este bárbaro. Que seguro donde él vivía, también habría otros especímenes de su clase menos trastornadores.

¡Maldición! Cora rodó sobre su espalda y apretó los puños. No le gustaba nada ser tan indecisa.

Por otro lado, no podía recurrir a una gran experiencia cuando se trataba del sexo masculino. Muchos de ellos, le parecían aburridos, otros arrogantes, a veces incluso ambas cosas, si es que eso era posible. No tenía nada en contra de los hombres, pero ninguno había pasado de la condición de ser un buen amigo.

Incluso había dejado entrar a uno u otro en su cama y siempre había disfrutado del sexo. Pero no se sentía preparada para más que eso. Conocer a la persona adecuada le parecía más improbable que ganar la lotería. Por lo tanto, ya había enterrado su deseo de tener un hijo. Pensó que si llegara a tener un hijo, éste debía crecer en una verdadera familia.

Se imaginó cómo sería tener un hijo con este hombre del bosque. ¿Tendría pequeñas alas? Se rio. Estaba inventando cosas con su hiperactiva imaginación.

Al fin y al cabo, para quedarse embarazada de este magnífico espécimen de hombre, primero, tendría que, tener relaciones sexuales con él. Con este pensamiento sintió, de repente, una dulce pesadez entre sus piernas. Tímidamente, apretó sus muslos y rechazó esa sensación con todas sus fuerzas.

Ya estaba muy oscuro y los animales del bosque se dedicaban a sus actividades nocturnas. Cora bostezó con ganas y finalmente, pospuso la decisión sobre lo que haría, hasta el día siguiente.

El sueño, sin embargo, seguía dándole largas. Cada vez que se dormía, aquel demonio de cabello negro hacía estragos en sus sueños, haciéndola dar vueltas en la cama, inquieta y llena de un deseo ardiente.

## Capítulo 3

Aaryon se mantuvo atento ante los comentarios que circulaban acerca de la paga para los Guerreros Guardián. Entre tanto, se acordó pagarles con las preciosas Piedras de Pyron, cargadas de energía, que los otros Guerreros Dragón extraían en las minas de sus respectivos clanes.

Su Clan no contaba con mina propia, de todos modos, sería imposible que los guardianes excavaran en busca de este preciado tesoro, debido a su escaso número.

Las piedras no solo servían para obtener el raro metal con el que fabricaban sus espadas flamígeras. Los Guerreros también los utilizaban para adquirir frutas y verduras de sus vecinos lykonianos, que vivían en el otro continente. Estas personas también les construían sus casas y les fabricaban todos los utensilios que necesitaban.

Aaryon no poseía un amplio conocimiento acerca de los habitantes del segundo continente. Solo sabía que eran pequeños y de constitución débil. No compartían nada en común, pero siempre había sido el deber de todos los clanes proteger a Lykon y, por lo tanto, a todos sus habitantes, de cualquier tipo de amenaza.

Se había rumoreado que todos los lykonianos descendían de los mismos antepasados, pero Aaryon no había prestado mayor atención. Simplemente, descartó la posibilidad de compartir cualquier forma de parentesco con esos escuálidos lykonianos del otro lado del mar, que ni siquiera podían blandir una espada.

Sin embargo, si los Guerreros Guardián ahora fuesen compensados por sus servicios con Piedras de Pyron, tendrían la oportunidad de arreglar su asentamiento y regalarse una o dos comodidades pero, todo con la condición de que su disponibilidad operativa no se viera afectada.

Su comandante solo parecía preocuparse en la cantidad de piedras que los clanes iban a concederles, no obstante, había otras preguntas que le quemaban la lengua.

Aaryon se levantó y batió las alas para que los líderes de los clanes presentes le prestaran atención.

— ¿Tienes algo más que agregar? — preguntó el rubio Layk, que estaba compartiendo el liderazgo del Clan y a su pareja con su amigo Oryn, de una forma completamente atípica.

— Sí, quisiera saber qué opina el jefe de todos nosotros sobre esta decisión.

— Para Aaryon era de suma importancia que este curso de acción contara con la aprobación del Gobernante, por encima de todos los clanes.

De ninguna manera, quería que los guardianes actuaran en contra de las órdenes de Hakon, a quien finalmente, todos habían elegido, y tal vez causarían su disgusto.

— Una preocupación válida — replicó Layk. — Pero puedes quedarte tranquilo. Nuestro Gobernante apoya esta decisión. De hecho, él considera que su Clan merece un verdadero líder y que deberían tomar su destino por completo en sus manos, como es su derecho, como miembros de nuestro pueblo.

Estas concesiones sobre su autonomía fueron más amplias de lo que Aaryon esperaba. Pero él quería tener la certeza absoluta.

— ¿Eso significa que a partir de ahora tendremos que luchar por el puesto de líder de Clan, como es costumbre en el resto de los asentamientos?

Layk asintió. — Así mismo. También son libres de establecer las reglas que deseen para su Clan.

El líder del Clan se puso muy serio y añadió. — Sin embargo, no olviden que deberán cumplir con sus obligaciones como de costumbre, cuando se solicite un Guardián. Es decir, todavía tienen prohibido relacionarse con las mujeres.

La severidad de sus palabras, no pasaron desapercibidas para Aaryon, pero él no esperaba que se liberaran completamente de su juramento.

Además, eso no le interesaba; todos los Guerreros Guardián se enorgullecían de la manera con la que controlaban sus impulsos. Esta capacidad les distinguía y les servía como base para reformar sus vidas.

Renunciar a las mujeres y a las aventuras sexuales no les causó a él, ni a sus hermanos ningún disgusto, ni sensación de pérdida.

Mientras reflexionaba, se dio cuenta, de que su comandante le estaba lanzando miradas asesinas, que estuvieron a punto de despedazarlo en el aire. Si los guardianes decidieran luchar por el liderazgo, Roryk, que solo había llegado a ser comandante por sus años de servicio, podría perder su supremacía entre ellos.

El hecho de que este posible futuro no fuera especialmente agradable para él, hizo que Aaryon se regodeara un poco y lo atribuyó como una pequeña venganza, por todos los latigazos que él y todos los demás habían tenido que soportar.

— Entonces, Roryk — oyó, de repente, al líder del Clan continuar. — Como comandante, te enviaremos las piedras una vez al mes. Y tú te encargarás de que se distribuyan equitativamente entre los Guardianes.

Con ésto, los clanes dieron por terminada la reunión del Consejo y Aaryon se dirigió a su casa con sus compañeros de Clan aun totalmente aturdidos.

Mykos, un experimentado Guerrero Guardián que también había sido asignado para custodiar a una mujer que provenía de la Tierra, dirigió su

caballo junto al suyo y le murmuró. — Deberías reclamar el liderazgo del Clan.

Los ojos oscuros bajo su casco centellearon de forma conspirativa. — Nadie está más cualificado que tú. Todos te seguiríamos sin objeción, ya que, eres el mejor entre nosotros.

Aaryon levantó una de las comisuras de su boca burlonamente. — Tus halagos no caen en terreno fértil conmigo, Mykos. No tengo el menor deseo de cargar con semejante responsabilidad.

Mykos resopló decepcionado y espoleó a su caballo para que acelerara el paso.

Le gritó todavía por encima de su hombro. — No puedes rechazar eso, todos cuentan contigo.

Se acercaron a sus viviendas y Aaryon dejó que sus ojos recorrieran las construcciones en ruinas.

Ahora podían solicitar trabajadores que les construyeran minuciosamente las nuevas casas. De esta forma, apilarían los sillares de color marrón brillante, ninguno de los cuales se parecerían entre sí, uno encima del otro para que encajaran perfectamente. Finalmente, encajarían a la perfección y resistirían todas las tormentas.

Encima de cada entrada se colocaría un Dragón forjado, con sus alas formando el marco de la puerta y su boca abierta saludando a los visitantes.



Siguió soñando, también necesitarían una casa de reuniones, un almacén, conductos para canalizar el agua del arroyo al asentamiento, una armería...

Mientras diseñaba en su mente al nuevo asentamiento, así como deseaba que fuera para sus hermanos, el comandante Roryk se puso a su lado y le siseó.

— Quítate de la cabeza el papel de líder. Si sigues con la reclamación, le diré a todo el mundo lo que en verdad te trajo a nosotros.

Aaryon se estremeció y observó la sonrisa burlona de su contraparte.

Una ira abrasadora brotó en su interior. — No sabes nada del verdadero trasfondo — siseó finalmente.

Roryk se rio a carcajadas. — Entonces ¿no es verdad que mataste a un descendiente y que luego solamente habías podido elegir entre servir con los Guerreros Guardián o la muerte?

El sabor amargo de la bilis ardió en la garganta de Aaryon. Las palabras de Roryk no eran una mentira. Lo que nadie sabía, sin embargo, y en ese entonces, nadie le había creído, fue el hecho de que había sido un accidente, cuando él había clavado la espada de entrenamiento en el corazón del muchacho.

No era la primera vez que había querido golpear a un caballo porque no le obedecía. Aaryon que, en ese momento, aún no era un adulto, había agitado su espada con furia para detenerlo, cuando el asustado caballo había lanzado a su domador, haciéndolo chocar literalmente contra su espada.

La violencia sin sentido siempre había sido repugnante para él. Él no había querido matar al chico, pero no podía deshacer lo que había pasado.

Sin embargo, había sido acusado del asesinato a traición y solo, gracias a la inesperada misericordia del líder de Clan no lo habían colgado de la rama más cercana.

Ese mismo día, se había alistado para entrenar como Guerrero Guardián. Aunque era la única salida que le habían ofrecido, no sentía ningún deseo de venganza.

Aaryon siempre había esperado que esa vieja injusticia no lo alcanzara nuevamente, pero como sucede a menudo, el pasado de uno no desaparece tan fácilmente, sino que acecha en secreto detrás de una esquina, para luego sujetarlo a uno por el cuello en el momento más inesperado.

— ¡Cuéntaselo a quien quieras! — Aaryon entrecerró los ojos hasta convertirlos en hendiduras. — Pero no vuelvas a amenazarme — le espetó después, entre dientes.

Ahora le tocó a Roryk hacer una mueca de asombro. No podría enfrentarse a Aaryon en una contienda pública. Llevaba demasiado tiempo disfrutando de su posición de comandante y prácticamente se había saltado los entrenamientos. Así que, por ahora, jugó la última carta que le quedaba.

— ¡Ten cuidado con quién hablas y no olvides tu lugar aquí! — gruñó con arrogancia.

— Por supuesto. — Aaryon desestimó las palabras con un encogimiento de hombros.

Ya había dejado claro que no tenía intención de luchar por el puesto de líder. Solo había dejado que Roryk se desahogara. Siempre y cuando no olvidara sus deberes y dejara de hacer castigos de forma arbitraria.

De todos modos, Aaryon ahora mismo, tenía otros pensamientos en su cabeza. No había ninguna misión para él, así que estaba decidido a ir en busca de esa criatura pelirroja en el bosque.

En este momento, eso parecía ser lo más urgente, todo lo demás podía esperar. Además del semental, tal vez podría llamar a su amiga como otra criatura mágica y no tendría que compartirlo con nadie.

Aunque, pensándolo bien, esta delicada aparición se había vestido claramente de pura feminidad. Tal vez por eso se había sentido tan atraído por ella.

Que una compañera anduviera sola por el bosque iba en contra de todas las reglas. Tal vez, había escapado en secreto de su Guerrero. Entonces había que llevarla devuelta inmediatamente y castigarla.

A pesar de todos los intentos de justificación, Aaryon tuvo que admitir, que tenía la intención de encontrar a esa mujer, si es que lo era, solamente para él.

No sabía cómo explicar porque era tan importante para él y por qué su mente había precedido a su cuerpo en el bosque.

Sus pies lo condujeron, como de costumbre al claro, bañado por el sol donde el semental pastaba tranquilamente. Fue recibido por su relincho ampliamente audible e inmediatamente el animal frotó su cabeza contra su cara.

— Sabes lo que estoy buscando, amigo mío. — Miró a los ojos del sabio semental.

— Guíame.

El caballo movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, como si estuviera confirmando que había entendido. Luego se fue trotando, mirando una y otra vez a su alrededor para asegurarse de que Aaryon le seguía el ritmo.

Se adentraron cada vez más en una zona del bosque que aún no había explorado.

El semental se detuvo y agitó ligeramente las alas. Aaryon lo tomó como una señal de que habían llegado a su destino y miró a través de las frondas de helechos del tamaño de un hombre que bloqueaban su vista.

De un árbol, cuyas ramas se extendían en todas las direcciones, colgaba una escalera de la que alguien estaba descendiendo.

Era ella. Los rizos rojos rebotaban en su espalda y en su trasero deliciosamente redondeado, esta se inclinaba hacia atrás mientras bajaba

con cuidado.

Aaryon caminó hacia la escalera y varias ramas secas se partieron bajo sus botas. La mujer giró la cabeza alertada, al verle, abrió los ojos asustada y trató de volver a subir al árbol lo más rápido posible.

Desapareció en la bifurcación de una rama. Entonces asomó la cabeza por el borde y le gritó. — ¡Aléjate de mí, tú... salvaje!

Ladeó la cabeza y sintió un ligero enfado que crecía en su interior. No había venido al bosque para que le gritaran, ni para irse con las manos vacías.

Se aferró a la rama más baja y con un solo movimiento se subió a la horquilla del árbol donde la mujer estaba resguardada en su campamento hecho de musgos y hierbas.

Tan rápido como un rayo, la sujetó de la muñeca y le espetó. — ¿De qué Clan eres?

— Ouch. — Reprobando, apartó la mano.

— ¿Clan? Ni siquiera sé de qué estás hablando. Toqué esa cosa brillante y, de repente, estaba aquí. — Mientras se frotaba la muñeca, le miró interrogativamente, esperando obviamente una explicación.

Aaryon puso los ojos en blanco. La tonta mujer había tocado la coraza de energía que los Guerreros ponían deliberadamente a su alrededor para viajar por el universo, cuando capturaban a las mujeres de la Tierra. Ésto debió arrastrarla, lo que era poco improbable, pero no imposible.

Estaba a punto de concederle una explicación, cuando inesperadamente miró profundamente a sus ojos verdes.

Todo lo que le rodeaba se desvaneció de golpe y lo único que pudo ver, entonces, era a ella. Su lengua rosada recorría nerviosamente sus labios carnosos, sus pechos subían y bajaban rápidamente, presionándolos contra la extraña bata que se ceñía a su cuerpo.

Pudo ver claramente sus pezones rígidos y erectos, y cómo un delicado rubor subía por su cuello hasta sus mejillas.

Ella se deslizó aún más lejos de él hasta que finalmente no hubo escapatoria. Un ardor recorrió sus entrañas y se abalanzó sobre ella, gruñendo. Él sofocó su grito de miedo apretando sus labios contra los de ella con frenética avidez.

Con una mano le acarició el pecho, pero la tela bajo sus dedos le molestaba. Simplemente la apartó y volvió a poner la mano en uno de sus pechos. Su pezón se sentía bajo la palma de su mano como si quisiera perforarlo, empujando cada vez más fuerte contra él.

Se lo llevó a la boca y lo chupó con firmeza. La mujer que, al principio, había estado rígida como una tabla debajo de él, de repente, empezó a retorcerse y a gemir. — Por favor, no, no hagas eso.

Por un momento, la razón había hablado en su mente. ¿Qué estaba haciendo aquí? Tenía prohibido montar a una mujer. ¿Qué había hecho esta mujer para

que se olvidara de sí mismo así?

En sus desesperados esfuerzos por arrastrarse fuera de él, frotó su abdomen vigorosamente contra su miembro, que ya estaba rígido y abultado, exigiendo ser liberado de su estrecho pantalón de cuero.

Toda duda, toda renuencia se disolvió bruscamente en su interior. Tenía que poseerla, penetrarla, aunque ésto le costaría todo lo que era sagrado para él. Ella pataleó y luchó con vehemencia mientras él le arrancaba el pantalón y al mismo tiempo, se desprendía del suyo.

Sujetando sus nalgas, la acercó de nuevo y la obligó a separar sus piernas. Con un grito de derrota expresando su debilidad, introdujo su pene erecto en ella.

Repentinamente, se detuvo, porque la mujer que tenía debajo empezó a mover su pelvis voluntariamente. Ella gemía suavemente y acariciaba su musculoso trasero.

Asombrado, le devolvió la mirada soterrada, y ahora parecía implorarle que no se apartara de ella.

Sintió que se encendía en su interior un fuego que solo ella era capaz de apagar. En este lugar de musgo y hierba, ya no era Aaryon, el Guerrero Guardián. Era Aaryon, el Dragón que devoraría a esta criatura mágica en cuerpo y alma.

Sus embestidas fueron cada vez más rápidas y la potencia de mil soles, ardía en su interior. Ella lo había encantado y ahora, debía sentir por sí misma lo que había hecho surgir en él.

Su expresión de decepción cuando dejó que su miembro se deslizara fuera de ella, lo tentó a ceder a sus ruegos. Pero la pequeña bruja merecía ser fustigada con el mismo deseo.

Volvió a chupar sus duros pezones y luego trazó un ardiente camino de pequeños mordiscos por su piel, hasta llegar entre sus piernas. De buena gana, ella abrió las piernas mientras él empezaba a lamer, donde su lujuria palpitaba bajo su lengua.

Sus piernas temblaban extasiadas, mientras él le acariciaba el clítoris solo con la punta de su lengua, tan ligera como una pluma. Intentó apretarse más contra él, pero él no la complació, en este delicioso tacto.

Su miembro estaba igualmente ansioso por encontrar satisfacción, y podía sentir como su semen se abría paso con fuerza.

El mero hecho de verla retorciéndose lujuriosamente y estirando su húmeda vagina hacia él, casi lo hizo explotar.

Cuando pensó que no podía aguantar más, ella finalmente gritó. — ¡Oh, te lo ruego, cógeme!

Él rugió de excitación, ante el poder que ella acababa de otorgarle y la penetró profundamente.



Estaba tan húmeda y caliente que pensó que podría fundirse con ella. Durante la última embestida de redención, el vientre de ella, convulsionando por un poderoso orgasmo, palpitó alrededor de su miembro.

Acabó dentro de ella con una ferocidad que parecía regalarle no solo su semen, sino hasta el último ápice de su fuerza vital de cada fibra de su cuerpo.

Aunque no podía entenderlo, Aaryon sabía que aquello no había sido una mera unión sexual ordinaria. Mientras pensaba esto, parecía que una ola invisible se extendía desde ambos, en todas las direcciones, y todos los animales del bosque inclinaban la cabeza ante esta unión mágica.

Sin embargo, de repente, Aaryon volvió a la realidad. Había traicionado a sus hermanos y había violado las reglas de los Guerreros Guardián de la peor manera posible.

Esta mujer le había seducido, pero ¿qué decía eso sobre sus capacidades y su sentido del honor?

Se vistió apresuradamente y miró a la mujer con gesto de desprecio. Ella no tenía la culpa de su fracaso, pero sin ella tampoco habría habido dicha tentación para él.

Rápidamente, saltó del árbol y se alejó corriendo.

— Mantén la distancia, Aaryon. Mantén la distancia — se ordenó a sí mismo en su mente.



## Capítulo 4

Las hojas del árbol que tenía encima susurraban suavemente mientras Cora con la mirada fija en su campamento, seguía sintiendo las ondas de felicidad, que acababa de experimentar, palpitando en sus venas.

Solo poco a poco había sido consciente de la extraordinaria experiencia que acababa de vivir.

En un primer momento, había sentido el impulso de escapar de aquel salvaje, y se había puesto en una situación desesperada con su apresurada huida hacia la horquilla del árbol.

Por supuesto que se había defendido cuando este hombre, cuyo nombre ni siquiera conocía, se había lanzado sobre ella de esa manera. Pero esa actitud defensiva, se dio cuenta, que solo había surgido de su sentido común. Su cuerpo, en cambio, desde el principio había enviado las señales contrarias.

Todavía recordaba con claridad, cómo su barba le había hecho cosquillas en los pechos y lo fuerte que se sentía su cabello corto entre sus dedos.

Cada una de sus caricias la había acogido como un hombre sediento en el desierto que, finalmente había encontrado un oasis con un manantial claro. Aunque se había advertido a sí misma, que debía resistirse a él, esta

resistencia había desaparecido cuando sintió su miembro en lo más profundo de su ser.

Desde entonces, solo el deseo había gobernado sus acciones. Ella lo había deseado tanto que, al final terminó rogando su satisfacción, como si se tratara de una cuestión de supervivencia.

Y al final, no había dudas en su mente, realmente lo era. Si él se hubiera retirado de ella, se habría quemado en este deseo ardiente, como una estrella fugaz en el cielo nocturno.

Si tuviera que expresar este sentimiento con palabras, la palabra predisposición al apareamiento sería probablemente la más acertada.

Cora se abofeteó en la cara. — ¡De verdad! — luego lo regañó. — No soy una vaca a la que hay que montar en el momento adecuado.

Probablemente ya había pasado demasiado tiempo en soledad, por lo que era de esperarse, que estuviese bastante ansiosa por la más mínima, aunque inapropiada, interacción con una criatura inteligente.

Ese pensamiento la llevó a otra consideración. El gigante le había preguntado bruscamente a qué Clan pertenecía. Eso debía significar que no era el único que vivía aquí, y que este planeta tenía algunos habitantes más.

Por supuesto, apenas había intercambiado unas palabras con él, pero se preguntó si todos llevaban alas como él. Ella no había podido ver ninguna de sus alas cuando estuvieron juntos, así que, tal vez, estaban dentro de él. El

semental también los tenía, pero ella no había notado nada similar en ningún otro animal.

En este momento, en su guarida, no estaba obteniendo ninguna respuesta. Era el momento de dejar la seguridad del bosque e ir a aventurarse.

Se ató el pantalón roto y se anudó la blusa de forma improvisada debajo de sus pechos. Mirándose a sí misma, soltó una ligera risa.

— No estoy exactamente presentable. Pero después de todo, no puedo presentarme ante mis nuevos semejantes, desnuda.

Se balanceó sobre el borde de su guarida y a ciegas, asomó el pie para buscar el primer peldaño de la escalera.

De repente, la sujetaron bruscamente por el tobillo y la arrastraron hacia abajo, raspando su vientre descubierto contra la áspera corteza del árbol. Recorrió los últimos metros casi en caída libre y aterrizó en los brazos de su compañero de cama, más o menos, voluntariamente elegido.

Al principio, le sorprendió la facilidad con la que la sostenía, como si ella no pesara nada. Pero, entonces, dio un grito de horror, pues él la soltó sin previo aviso, y solo con suerte, cayó de pie en lugar de hacerlo sobre las hojas húmedas del suelo.

Enfadada, le siseó. — ¡Otra vez tú! Pensé que me había librado de ti para siempre.

Él la miró divertido, pero luego pareció cambiar bruscamente de opinión y le espetó con brusquedad. — ¿Cómo te llamas, mujer?

¡Qué patán más grosero! ¿No sería más educado que él se presentara primero?

— ¿No es un poco tarde para intercambiar formalidades? — replicó ella, poniendo todo el sarcasmo posible en su pregunta.

Sin embargo, su mirada amenazante, le estropeó el goce de su respuesta y murmuró. — Cora.

Luego le miró desafiante a los ojos. — ¿Y cómo te llaman?

A cambio, se ganó una expresión facial, que le decía que su nombre, no le interesaba. El gigante exhaló ligeramente en señal de simpatía, como si estuviera hablando con una persona débil mentalmente y tuviera que demostrar paciencia.

— Aaryon. — Le arrojó su nombre a los pies, como si estuviera dando las sobras de la mesa a un perro callejero.

Cora suspiró, la conversación iba a ser muy aburrida, si él seguía siendo tan cortante y despectivo.

Se dejó caer al suelo y esperó que él hiciera lo mismo.

Como tenía que estirar constantemente el cuello hacia atrás para poder mirarlo a la cara, ya le dolía el cuello. — Entonces, Aaryon, ahora que hemos... um... llegado a conocernos bastante bien, qué tienes...

Con un gesto brusco de la mano, la interrumpió, y una rápida mirada a sus ojos, le dijo que algo le preocupaba. — Sí, pues eso... no hay manera de que se repita — él gruñó.

A Cora le disgustaba este tono de mando. Allí estaba él, actuando como si en su opinión, el sexo solo había tenido lugar por instigación de ella y bajo coacción.

— Claro. — Para burlarse de él y vengarse un poco, añadió con ligereza.

— Pero ¿por qué no?

De repente, sus ojos brillaron como los de un animal desconcertado que tiene que huir para ponerse a salvo de sus depredadores. — Las relaciones físicas con las mujeres están prohibidas.

Cora ladeó la cabeza con asombro, pues aquel razonamiento le parecía más propio de un monje, que de un tipo que, al parecer, había nacido para complacer a una mujer.

Aaryon resopló con frustración, pero luego le proporcionó más palabras explicando. — Soy de la raza de los Guerreros Dragón, pero estoy al servicio de los Guerreros Guardián. Nuestros deberes incluyen la protección y vigilancia de las mujeres cautivas. Renunciamos al placer físico para que no nos distraigan de nuestros deberes.

Cora estuvo tentada de replicar que, entonces, no era muy bueno en su trabajo. Sin embargo, aparentemente, él sentía un gran remordimiento, y una

angustia mental, por sus acciones, y ella comenzó a sentir simpatía.

Pero, entonces, después de haber procesado realmente el significado de todas sus palabras, otra pregunta se le impuso. — ¿Hablas de las mujeres como... cautivas?

Como si acabara de pronunciar la frase más estúpida, Aaryon la miró con una sonrisa irónica. — Por supuesto. Cuando un Guerrero siente la necesidad de una pareja, roba una de la Tierra. Y los guardianes nos aseguramos de que cumpla las leyes, una vez que llegue, aunque él no esté cerca.

Cora se acarició la barbilla y le dirigió una mirada cínica. — Hmm ¿entonces no exigen un trato tan degradante a sus propias mujeres, o cómo debería entenderlo?

— Nuestro pueblo no tiene mujeres — fue la cortante respuesta, que finalmente dejó a Cora con la boca abierta.

— Así es como has acabado aquí — siguió explicando Aaryon. — En una de las incursiones, tocaste la coraza de energía que construimos a nuestro alrededor cuando viajamos entre galaxias. Y te han arrastrado hasta aquí, por así decirlo.

Después de todo lo que ya le había pasado, Cora creía cada palabra que él decía. Solo una cosa la seguía molestando. — Y tú... ¿también tendrás una compañera eventualmente?



Su expresión adoptó un aspecto melancólico, pero enseguida apretó los hombros y la miró con severidad. — No, nunca.

Por lo que parecía, él intentaba con todas sus fuerzas desterrar de su cabeza, ahora y para siempre, el recuerdo de que su unión había tenido lugar, y ella misma también hacía lo posible por seguir su ejemplo.

— Bueno, entonces, prometo no volver a hablar de, ya sabes qué, nunca más. Apenas lo dijo, un extraño sentimiento de tristeza por la pérdida de ese éxtasis que acababa de sentir, la invadió involuntariamente.

Para distraerse, se levantó y caminó alrededor de él, rozando ligeramente su mano sobre su hombro. — Tus alas ¿están ahí? — preguntó mientras observaba las marcas de las alas en su espalda.

— Sí — dijo con dificultad, haciendo una mueca al tocarla como si le hubiera clavado un cuchillo en el costado. De repente, la sujetó por la cintura, se la echó al hombro y se marchó trotando.

Cora se quedó completamente perpleja y durante un momento, su cabeza colgó indefensa en su espalda. Por el amor de Dios, ella había querido mostrarle amabilidad y él la había obligado, arrastrándola como un saco de judías para venderla en el mercado.

— Optimismo — se amonestó en silencio, riéndose para sí misma.

De cualquier modo, había querido buscar a los habitantes. Al fin y al cabo, era mucho más cómodo que la llevaran en brazos, que caminar ella misma,

aunque el hombro de él le presionaba el estómago con cada uno de sus pasos, dificultándole la respiración.

Durante un tiempo, consiguió atribuir este hecho como una conveniencia para ella, pero, entonces, un pensamiento apareció repentinamente en su cabeza. ¿Y si quería deshacerse de ella porque sabía de su fechoría? Con facilidad podría romperle el cuello y enterrarla después en una fosa. Nadie notaría su desaparición, ni la echarían de menos.

Ella comenzó a forcejear violentamente y le mordió el hombro. — ¡Bájame! — rugió, y en el mismo momento, terminó cayendo de espaldas al suelo.

— Puedo caminar — dijo en respuesta, tragándose las lágrimas que habían brotado de sus ojos por el dolor.

Aaryon le puso el dedo índice delante de la nariz, molesto. — Tú...

Respiró profundamente varias veces.

— Te llevaré a mi asentamiento, allí podré controlarte mejor. Mis hermanos, de todos modos, no te hablarán.

Cora parpadeó con ansiedad. Más de su tipo ¡No, gracias!

Apresuradamente, ella luchó por alejarse, arrastrándose, pero él la sujetó por las muñecas y la arrastró tras él.

Mientras la arrastraba por el suelo, las endebles perneras de su pantalón se disolvieron de la nada. Si no se ponía en pie pronto, su blusa correría la misma suerte.

— Detente aquí, iré contigo. — Cora decidió que básicamente no tenía muchas opciones.

El camino a casa seguía bloqueado para ella, y estaba cansada de estar sola. ¿Y quién sabe, las oportunidades que podía ofrecerle el asentamiento de Aaryon? Además, si quería deshacerse de ella, ya había tenido una amplia oportunidad.

El gigante se detuvo un momento y la miró, ahora, con más compostura. Cora no sintió que estuviera en peligro. Así que le asintió y lo siguió, sin dejar de admirar su espalda recta y ancha.

Tras un breve paseo, el semental negro se unió a ellos y a Cora le pareció que aprobaba esta acción. Cada vez que ella tropezaba, él le daba un suave empujón con la cabeza para ayudarla a recuperar el equilibrio.

Ella parpadeó y le susurró. — Pequeño traidor.

Cuando sus piernas ya parecían de plomo y creía que no podría dar un paso más, llegaron al borde del bosque. El semental se retiró silenciosamente entre los árboles, aparentemente sin querer acompañarlos más.

Cora dejó que sus ojos vagaran por el paisaje que se extendía ante ella.

El asentamiento consistía en no más de una docena de edificaciones en ruinas y al instante, se preguntó cómo Aaryon podía vivir así.

En una plaza polvorienta, varios de estos gigantes luchaban con espadas. Cada vez que las cuchillas se encontraban, salían llamas azules. Para su

asombro, todos utilizaban también sus alas para barrer a los demás.

En otro lugar, más Guerreros permanecían inmóviles bajo el sol abrasador, y Cora pensó que, debía hacer más calor que en el propio infierno bajo sus cascos. Pensó que era necesario tener una gran disciplina para no arrancarse el casco y buscar refugio bajo un techo sombreado.

Algunos caballos pastaban en un prado vallado. A diferencia de los sementales del bosque, seguían siendo enormes, pero, por lo demás, eran monturas normales.

No esperaba que hubiera mujeres y niños después de los comentarios de Aaryon, pero ¿dónde estaban las pequeñas cosas agradables que hacían de este asentamiento un hogar?

En general, tuvo la impresión de que había algo desolador en este lugar, y le recordó las fotos amarillentas de los pueblos fantasmas del Salvaje Oeste.

Aaryon pareció darse cuenta de lo consternada que estaba por la visión. Casi a modo de disculpa, levantó la comisura de su boca. — Mejorará, no te preocupes.

Mientras ella seguía preguntándose en silencio, por qué su opinión debía apenarle, él la sujetó con firmeza del codo. Todo un Guerrero Guardián, tal y como lo había descrito antes, sobre su estatus, la condujo hasta los otros hombres con una expresión estoica.

Los Guerreros detuvieron su entrenamiento y miraron en su dirección con sorpresa. Uno de ellos se separó del grupo y se dirigió hacia ellos, con el rostro contorsionado por la ira. En su mano llevaba un látigo enrollado, y Cora frenó involuntariamente, temiendo por su aparición.

— ¡Te atreves a traer a una mujer entre nosotros, Aaryon! — rugió, con la cara roja de ira.

Aaryon la acercó a su lado y respondió, completamente tranquilo. — La encontré en el bosque. ¿Qué crees que debería haber hecho, Roryk? ¿Tirlarla al río?

Una de sus cejas se arqueó hacia arriba mientras miraba ahora agresivamente la cara de su homólogo.

— Me importa un bledo. Llévala de vuelta ¡Es una orden!

Cora llegó a la conclusión de que estaba frente al superior de Aaryon. Los abultados músculos de sus mandíbulas rechinantes también le indicaron, que esperaba que su orden se cumpliera de inmediato y que el sarcasmo de Aaryon no le hacía ninguna gracia.

— No puedo hacer eso — replicó Aaryon con voz firme. — No sobreviviría ni un día allí afuera. Sabes que tenemos que vigilar a las mujeres y protegerlas.

Haciéndose el ignorante, Aaryon fue bastante convincente. Se las había arreglado sola durante semanas, pero eso Roryk no podía saberlo.

— Tal vez se ha escapado de su compañero, en cuyo caso, hay que devolverla y castigarla inmediatamente, dijo Aaryon con razones adicionales, para su negativa a obedecer, que sus compañeros confirmaron con murmullos de aprobación.

Mientras tanto, las venas del comandante ya se hinchaban en sus sienes, ya que obviamente, veía su autoridad socavada, pero no podía hacer nada al respecto.

— ¡Entonces, quítala de mi vista! — gruñó furioso, y giró sobre sus talones.

Expresó su ira golpeando el látigo enrollado contra su pierna a cada paso.

Cora se estremeció un poco, pues parecía haber una humeante enemistad entre Aaryon y Roryk. Esperaba fervientemente no quedarse en la línea de fuego, pues esperaba del comandante cualquier tipo de crueldad. Su mirada penetrante le había calado hasta los huesos.

Aaryon, por su parte, curvó los labios y pareció satisfecho con el resultado.

La condujo a una cabaña alejada que, alguna vez, habrá tenido días mejores.

Con sus paredes de tablas toscas, parecía una casucha más que un refugio. La puerta estaba simplemente atada con unas correas de cuero y las ventanas parecían haber sido recortadas posteriormente. En el interior colgaban algunas tiras de tela, pero en ese estado no servían para nada.

La empujó a través de la puerta y echó un vistazo a su nuevo aposento. Las sillas volcadas se encontraban alrededor, y la mesa con las patas extendidas

en el aire, que también había sido volcada por descuido.

En un rincón había una cama sin colchón. Las estanterías de las paredes estaban cubiertas de una gruesa capa de polvo y las arañas se habían acomodado en cada grieta. Por si fuera poco, se dio cuenta, de que había montones de trastos amontonados contra la pared.

Cora se puso las manos en la cintura y jadeó. — Realmente no estaban preparados para recibir invitados.

Luego miró a Aaryon, que se frotaba las palmas de las manos con cierta timidez. Esto le provocó una sonrisa, ya que este comportamiento contrastaba con su conducta habitual.

Se encogió de hombros. — Bueno, con un poco de trabajo y unas cuantas cubetas de agua, se podría hacer algo.

Cora se dirigió al hueco de la ventana opuesta y se asomó. Este pedazo de terreno, parcialmente ensombrecido por las copas de los árboles cercanos, podría ser perfecto para un jardín de hierbas.

Estaba a punto de llamar la atención de Aaryon, con su descubrimiento, cuando se dio cuenta, de que se había marchado sin decir nada.

Se quedó mirando la puerta vacía, y repentinamente, se sintió increíblemente abandonada.

— Por favor, entonces lárgate de aquí — refunfuñó ella, dando un pisotón que levantó la capa de polvo.

— Puedo arreglármelas sola, no sería la primera vez.



## Capítulo 5

Aaryon miraba desganado la superficie brillante del cauce de agua que abastecía su asentamiento del líquido vital.

Había dejado las dos cubetas de madera a su lado y, en este momento, se rascaba la barba. Cora había afirmado que, con un poco de agua y trabajo, podría convertir la mugrienta choza en un hogar aceptable. Maldición, pero ¿por qué inmediatamente se había sentido obligado a cumplir con su tácita petición?

Como un tonto enamorado, inmediatamente había trotado hacia el arroyo para llenar las cubetas. Sin embargo, él era uno de los poderosos Guerreros Dragón y no se dedicaba a servir a ninguna mujer.

Casi con amargura, pateó una piedra con la punta de su bota. Cuando cayó al agua en una burbuja audible, lo tuvo todo muy claro ¡Él quería complacerla! ¿Cómo había conseguido aquella brujita pelirroja rondar en su mente de esa manera? Se había esforzado mucho por hacerle comprender su desprecio por las mujeres, y había tratado igualmente de borrar de su memoria el encuentro sexual con ella.

Y ahora, cuando creía que lo había conseguido, quería acercarse de nuevo a ella, ahorrándole la tarea de acarrear agua, que le restaría energía.

Nada de esto habría ocurrido si el asentamiento tuviera por fin unas tuberías de agua decentes. ¡Exactamente! Él no tenía ninguna culpa de sus sentimientos confusos, sino que era simplemente una víctima de las circunstancias externas.

Satisfecho con el resultado de sus deliberaciones, recogió el agua en las cubetas y emprendió el camino de vuelta.

Frente a la cabaña de Cora, en un principio, iba a dejar las cubetas en el suelo y marcharse sin decir nada más. Pero, de repente, oyó su voz que atravesaba las paredes de tablas, en tono de charla.

— Sí, sí, lo sé. Esto es realmente una imposición. Pero ahora mismo, no tengo tiempo para discutir contigo sobre eso. Tengo que...

Sonó un bufido frustrado y Aaryon se arriesgó a echar un vistazo a través de las rendijas de la puerta, ardiendo de curiosidad por saber con quién estaba manteniendo esta animada conversación.

En la ventana trasera se había posado un magnífico pájaro, que piaba melodiosamente. Su plumaje azul noche brillaba bajo el sol, y este espectáculo solo era superado por su cola roja y ardiente, que colgaba como un velo de seda, añadiendo un incomparable toque de color al lúgubre interior.

Cora, mientras tanto, sacaba un colchón de la pila de trastos e intentaba desesperadamente levantarlo para colocarlo en el marco de la cama. Su

espectador emplumado comentaba cada uno de sus esfuerzos con un chirrido, como si tratara de darle un consejo.

Aaryon también pudo ver que ella había aprovechado su ausencia para poner algo de orden en la cabaña. La mesa y las sillas se habían enderezado, los montones de trastos se habían clasificado, en artículos rotos y los que todavía eran utilizables, y las estanterías se habían desempolvado de forma improvisada.

Esta mujer estaba convirtiendo esta choza en una morada acogedora, lo que significaba, al mismo tiempo, que pretendía sentirse como en casa.

Aaryon se estremeció hasta la médula ante la perspectiva. Su autocontrol, mantenido con tanto esfuerzo, se derrumbaría como un castillo de naipes, si realmente tuviera que enfrentarse a Cora todos los días. Ella claramente perturbaba su compostura, y considerando su juramento de permanecer sin emociones en todo momento como Guerrero Guardián, se abrió ante él, un abismo insalvable, entre su deseo de saber que ella estaba cerca y sus votos para no distraerse de sus obligaciones.

El hecho de que esta dicotomía hubiera entrado en sus pensamientos y que estuviera merodeando tan sigilosamente frente a su cabaña como un amante secreto esperando su oportunidad, despertó su resistencia. Solo había una solución razonable para su dilema. ¡Cora tenía que desaparecer!

Con una nueva determinación, abrió la puerta de un empujón, ignorando la brillante sonrisa con la que ella lo recibió.

Ella no pareció prestar mucha atención a su expresión pétrea, porque inmediatamente le gritó con entusiasmo. — ¡Justo a tiempo! Puedes ayudarme a sacar toda esta basura. Esto va para la hoguera.

Sus rizos rojos, cubiertos de telarañas, rebotaban alegremente mientras apilaba los primeros trastos en sus brazos.

— No será necesario — refunfuñó. — No te quedarás aquí.

Cora dejó caer su carga al suelo y lo miró con incredulidad. Luego se pasó la mano por la frente, dejando una amplia mancha de suciedad.

— ¿Y qué piensas hacer conmigo? — Puso las manos en la cintura y desde sus ojos verdes, le lanzó una mirada furiosa.

Aaryon encontró bastante agradable verla allí de pie, desaliñada y sucia, pero se llamó así mismo al orden.

— Te llevaré a otro asentamiento a primera hora de la mañana. Allí, un Guerrero te elegirá como pareja, y le darás una descendencia como le corresponde a una mujer.

Esas palabras le picaron, pero con suerte cortarían el tenue vínculo que ella podría haber forjado con él.

— ¡No lo haré! — gritó ella, casi ahogándose de rabia.

Sus mejillas brillaron y dio un paso hacia él de forma amenazante.

— Tu resistencia es conmovedora, pero está fuera de lugar. Sométete a mis órdenes, mujer.

Cora se agachó, tomó una jarra de cerveza rota y se lo lanzó con todas sus fuerzas.

— ¿Cómo puedes? Entonces ¡Volveré al bosque!

La jarra cayó sobre su torso, en donde las marcas de su pecho se convirtieron instintivamente en metal protector ante el impacto. A Cora se le cayó la mandíbula inferior, lo que vio, la había dejado obviamente sin palabras.

Aaryon aprovechó la oportunidad y se acercó a ella. La sujetó por los brazos y le siseó para advertirle. — No se te ocurra escabullirte por la noche o anunciaré a todos los clanes que la cacería ha comenzado. Resígnate a tu destino como todas las anteriores.

Su última frase no se había desvanecido aún, cuando Aaryon se dio cuenta, de que lo mismo se aplicaba a él.

Se apartó de Cora, que tenía lágrimas en los ojos, y salió de la cabaña con las piernas rígidas. Cuando cerró la puerta al salir, respiró profundamente. Lo había dicho todo y ahora, podía volver a cerrar su corazón para siempre. De camino a su propia cabaña, se percató de la llegada del carro con las Piedras de Pyron que les habían prometido. Layk y Oryn habían cumplido

con su palabra y, por el considerable montón, pudo comprobar que habían sido bastante generosos con la carga.

Llegó al carro justo a tiempo para ver cómo el comandante retiraba la lona y observaba la multitud de piedras con total codicia.

Aaryon asintió al Guerrero Dragón que había acompañado el transporte, y luego se dirigió hacia Roryk. — Mañana llevaré a la mujer. Y también podría ordenar a los trabajadores que comiencen con el trabajo necesario.

— Nuevamente estás metiéndote en cosas que no son de tu incumbencia — gruñó Roryk.

— ¿Quién te ha nombrado jefe de obras? Las piedras me fueron entregadas a mí, y yo también decidiré lo que se hará con ellas.

Aaryon recordaba muy bien la decisión que se había tomado en la reunión del Consejo.

— Bueno, eso no fue lo acordado — por tanto, intervino. — Debes distribuir las piedras de manera justa. Lo que hagamos con ellas dependerá enteramente de nosotros.

Obviamente, a Roryk no le gustó que le señalaran esta pequeña diferencia. Sin embargo, con una mirada socarrona, volvió a tirar la lona sobre el carro y respondió cínicamente. — Exactamente. Así que yo decidiré lo que es justo. Yo, como su líder, tengo naturalmente derecho a la mayor parte, después de todo, tengo toda la responsabilidad.

Luego metió la mano en el carro, sacó una piedra y se la puso a Aaryon en la mano.

— Toma, cómprate algo lindo. — Con eso, soltó una risa malvada, agarró al caballo de tiro bruscamente por la brida y lo arrastró detrás de su casa.

Aaryon oyó cómo volcaba las piedras del carro. Una rabia que nunca había conocido se apoderó de él hacia el deshonroso comandante, y cuando reapareció con el carro vacío, lo agarró por el cuello.

— ¡Asqueroso avaro! Dividirás las piedras entre todos nosotros. Te aconsejo que hagas caso a mi sugerencia. De lo contrario, reconsideraré mi pretensión de liderar a nuestros hermanos.

Roryk se liberó de su agarre y se rio a carcajadas.

Luego entrecerró los ojos con astucia. — Hazlo y te prometo que cada uno de tus hermanos sabrá lo que has hecho. Por no hablar de tu dudoso linaje.

Aaryon dio involuntariamente un paso atrás. El comandante tenía los conocimientos y, por lo tanto, todos los medios a la mano para devolverlo a la tierra.

No solo había matado a un descendiente, no, su origen tampoco justificaba, de ninguna manera, la reclamación de la posición de liderazgo.

Fue el resultado de una procreación ilegítima. Un Guerrero Dragón había montado a una mujer del continente vecino y se había apareado ilegalmente con ella. Pero en lugar de hacerla su compañera, la había abandonado. Y

cuando Aaryon nació, fue arrojado en medio de la plaza central de un asentamiento cualquiera, y abandonado a su suerte.

Quiénes eran sus padres, nunca lo sabría, y tampoco quería saberlo.

Básicamente no pertenecía a ningún Clan, y ningún padre le había acompañado en su camino a convertirse en un Guerrero Dragón, solo se había debido a la gracia de las mujeres, el haber recibido un nombre y no haber muerto de hambre.

Ser un Guerrero Guardián era seguramente lo más honorable que tenía a su favor. Esperar más, sería una auténtica falta de respeto a su pueblo. Roryk sabía muy bien que no cruzaría esa línea, aunque solo fuera para fastidiar al comandante.

Aaryon retrocedió, aunque le picaban mucho los dedos y le hubiera gustado golpear a Roryk en la mandíbula. Aunque eso sería extremadamente satisfactorio, no cambiaría el hecho de que no podía dañar al comandante, no, si quisiera mantener su secreto.

Por el momento, tuvo que retroceder e idear otra forma de obligar a Roryk a repartir las piedras.

Agachando la cabeza y perdido en sus pensamientos, chocó de frente con Mykos mientras caminaba.

Este último le sonrió y le puso la mano ancha en el hombro. — ¿Tan pensativo, amigo mío? ¿Acabas de recoger tu parte y ya la estas gastando en



tu mente?

Aaryon resopló con sorna. — Aunque quisiera, ese maldito de Roryk no entregará nada.

— ¿Cómo? — se preguntó Mykos. — Pero si se había acordado que todos recibiríamos nuestra parte justa. Acordamos que todos aportaríamos algo para arreglar nuestro asentamiento.

Luego miró con severidad a los ojos de Aaryon. — ¿No lo ves? *Debes* convertirte en nuestro líder.

Aaryon suspiró y decidió aclarar las cosas de una vez por todas. Después de eso, Mykos seguramente se daría cuenta, de que no era apto para el puesto de líder. También podría costarle el respeto de todos sus hermanos pero, al menos, dejarían de depositar sus esperanzas en él y elegirían a un candidato más digno.

Se llevó a Mykos a un costado y murmuró. — Sería impropio de mi parte reclamar el liderazgo. He hecho cosas...

Mykos le interrumpió con un movimiento de la mano. Luego sonrió con picardía e inclinó la cabeza hacia él. — Aaryon, todos hemos hecho cosas. ¿Crees que alguno de nosotros está realmente aquí por elección?

— Puede ser — respondió Aaryon — pero supongo, que nadie ha sido acusado de asesinato.

Mykos asintió en señal de comprensión. — Esto requiere una jarra de cerveza, y de paso, me contarás toda la historia.

Bajo el dosel de su cabaña, se sentaron en silencio durante un rato, hasta que Aaryon finalmente suspiró y le confesó toda la historia a Mykos.

Mykos dio otro gran trago y luego apoyó los codos en las rodillas. — Tal y como yo lo veo, fue un accidente. Lo que te ocurrió después, seguramente solo se hizo para ponerte fuera del alcance de su padre, cuya visión estaba nublada, en ese momento, por la pérdida de su vástago. Si hubiera sido realmente un asesinato, no estarías sentado aquí conmigo hoy.

Aaryon nunca había visto los acontecimientos de aquella época, de esa forma. Pero, en aquel entonces, era casi un niño y solo recordaba cómo todos le habían gritado, mientras permanecía paralizado con la espada que chorreaba sangre, frente al niño que había asesinado. El líder del Clan finalmente lo había arrastrado lejos de su furioso padre y lo instó a entrenar con los Guerreros Guardián.

Ahora, pensando en ello, le debía al jefe del Clan no solo su vida, sino también la perspectiva de una vida honorable que no se le habría concedido como bastardo en ningún asentamiento.

Mykos también merecía conocer este defecto. Solo entonces, lo entendería todo y podría formarse un juicio definitivo sobre la idoneidad de Aaryon como líder.

— Y eso no es todo — por lo que Aaryon siguió hablando, evitando la mirada de Mykos.

— Mi origen es... digamos... dudoso. No conozco a mi padre, ni a mi madre.

— Hmm — refunfuñó Mykos.

Luego sonrió, como si se le acabara de ocurrir una idea salvadora. — ¿Recuerdas aquel trabajo en el que tuve que vigilar a esa mujer de la Tierra, Marina?

Aaryon sonrió. Mykos les había hablado sobre esa misión en particular cuando había bebido demás y tuvo que soportar las burlas de sus hermanos durante días.

— ¿Te refieres a la que te hizo recoger nueces para su mascota?

— Bueno, sí, eso también. — El rostro de Mykos adquirió un brillo avergonzado, al parecer, ese pequeño paso en falso todavía le molestaba un poco.

— Pero a lo que quiero llegar, es a otra cosa. Su compañero Thyron es un líder de Clan, uno muy bueno, diría yo. Él también fue concebido en desgracia, por así decirlo, pero eso a ningún Guerrero de su Clan, les importó un bledo — él continuó.

Luego giró todo su cuerpo hacia Aaryon y le dijo con un tono de convicción.

— Lo que importa finalmente, después de todo, son tus habilidades, no tu

linaje. Necesitas sacudirte esas cadenas que te impiden cualquier cosa que puedas lograr.

Terminó el resto de su cerveza de una vez y dejó la jarra de un golpe sobre la mesa.

— Como te dije antes, todos te apoyamos. Cuando estés listo, enfréntate a ese odioso de Roryk y llévanos a un futuro mejor.

Aaryon sintió que un enorme peso caía de sus hombros. Por primera vez, se sentía realmente libre de hacer lo que quisiera. Ya no tendría que doblegarse ante el comandante, ni echarse atrás, cada vez que le amenazara con revelar su pasado.

Reclamar el liderazgo del Clan, de repente, ya no pertenecía al reino de la utopía, pensó. Sin embargo, nunca se había planteado la idea y ahora, se preguntaba si era realmente idóneo para ser un líder capaz, y un modelo a seguir para sus hermanos.

Y sin mencionar, que había manchado el honor de los Guerreros Guardián, al haberse acostado con una mujer. Por supuesto, encerraría este incidente en su corazón para toda la eternidad y nunca diría una palabra al respecto. Sin embargo, le remordería la conciencia haber cometido este sacrilegio.

— Necesito pensar en esto, Mykos. Estoy profundamente agradecido contigo por haberme dado una nueva perspectiva de todo.

Mykos se golpeó el pecho con el puño derecho, una señal de respeto y obediencia propia de un comandante. Luego se alejó, con una nueva confianza que parecía acompañarle, ya que, completamente fuera de su carácter, silbó una alegre melodía.

Aaryon decidió pasar la noche al aire libre bajo el toldo. Mañana se llevaría a Cora, la sacaría de su entorno, por así decirlo. Cuanto más lo pensaba, menos le gustaba la idea. Pero tampoco podía quedarse, y necesitaba un compañero en Lykon, si no quería terminar siendo una presa fácil. Solo podía esperar que un Guerrero Dragón la eligiera.

Al recordar su maravilloso cuerpo, al que no había podido resistirse, la idea de que otro pudiera ponerle las manos encima, de repente, lo incomodó.

Un poco consternado, se preguntó si realmente era un pecado tan imperdonable el haberse acostado con una mujer. Eso solo le hacía desearla, incluso ahora. Nadie más podría hacerle perder la cabeza así.

## Capítulo 6

Cora estaba tumbada en su mohoso colchón con los brazos cruzados bajo la cabeza. Llevaba horas cavilando, pero la solución a su situación casi desesperada no llegaba.

— ¿Quién hubiera creído que tocar esa cosa brillante me metería en semejante lío? — refunfuñó en voz baja.

Sin embargo, ella ya se había imaginado todo tan bonito. Unos cuantos trabajos de limpieza, un pequeño jardín detrás de la cabaña y unas cuantas cositas bonitas aquí y allá, con eso, habría cambiado esta vivienda con techo de corteza de árbol pelado, a través del cual, ahora titilaban las estrellas, en un nuevo hogar para ella. Sí, y tal vez, un día ya no viviría sola en ella.

¡Maldición! Realmente tenía una tendencia a desear siempre, exactamente lo que nunca llegaría a suceder. Después de todo, Aaryon había dejado muy claro que, bajo ninguna circunstancia, iba formar un vínculo con ella o con cualquier otra mujer.

Justo cuando se estaba sintiendo cómoda con la idea de cambiar la horquilla de aquel árbol por una cabaña de madera, Aaryon también se la quitó.

Ni siquiera sabía qué era lo que más le molestaba de aquello. El hecho de que le gustara este lugar a pesar de sus defectos y no quisiera abandonarlo, o

cómo este maldito rufián quería venderla.

Él había determinado casi insensiblemente su futuro, sin siquiera considerar, que ella tenía voz en el asunto. Le pareció que había ensayado este pequeño discurso varias veces, para no tener que meterse en una discusión.

¿Cómo se atreve? No era una doncella de la Edad Media que estaba prometida a un viejo verde. Que entonces tenía que darle un hijo, para que pudiera tener un heredero a quien dejarle su patrimonio.

Había estado a punto de enamorarse de esos músculos tan duros como el acero de Aaryon, de su profunda voz y de sus maravillosos ojos. Él negaba cualquier afecto por ella y le decía lo que tenía que hacer, pero a su alrededor ella se sentía segura y lo deseada como nunca antes.

Lo que había construido con su atractivo carisma, lo volvió a derribar con la lengua. ¡Oh, su lengua! Cora quiso borrar el recuerdo de los sentimientos que él había evocado en ella. Tenía que olvidar su tonto impulso, no había forma de evitarlo.

Con un poco de suerte, conseguiría convencer a uno de los Guerreros Dragón para que la llevara de vuelta a la Tierra. Allí podría meterse a trabajar vigorosamente y, al cabo de un tiempo, Aaryon sería solo el producto de su imaginación, que se iría desvaneciendo poco a poco en el olvido.

Gimiendo, dio vueltas y vueltas en la cama. Los sueños la atormentaban, soñando con las manos y los labios de Aaryon sobre su piel ardiente,

prometiéndole delicias supremas. Pero cada vez que se sentía cerca de la plenitud, él no era más que una figura fantasmal y nebulosa, que se alejaba con la siguiente brisa. Extendió las manos hacia él, queriendo abrazarlo con fuerza, pero él, solo se había limitado a sonreírle con pena y desapareció.

Cansada y maltrecha, Cora salió de la cabaña a la mañana siguiente. Por el momento, no le quedaba más remedio que esperar por lo que vendría.

Miró a su alrededor y su mirada se detuvo en las dos cubetas llenas de agua. Una pequeña chispa de esperanza se encendió en su interior. Después de todo, Aaryon no había planeado enviarla lejos, eso era seguro. Sin embargo, la razón por la que había cambiado de opinión seguiría siendo un misterio, ya que justo en ese momento, condujo su caballo frente a su cabaña, sin mostrar ningún signo de emoción.

La miró como si quisiera memorizar esa visión, para toda la eternidad. Luego, sin decir nada más, la subió a la silla de montar y luego él subió detrás de ella.

El ancho lomo del caballo hizo que el paseo fuera agradable, aunque el propósito no era motivo de alegría. Por el momento, Cora trató de hacer las paces con Aaryon, ya que no sabía cuánto tiempo estarían en el camino y, además, no experimentar ningún deseo al sentir su aliento en su cuello. Seguramente solo se le permitiría una charla inocua.



— Si pudieras hacer lo que quisieras ¿qué sería? — divagó, notando que Aaryon se deslizaba de un lado a otro incómodo detrás de ella.

— Oh vamos, debes tener algo más que te apasione, además de tus tareas ¿no es así? — Le dio un golpe juguetón con la nuca.

— Caballos. — No era especialmente comunicativo pero, al menos, había proporcionado un tema de conversación.

— ¿Y qué más? — Cora mantuvo su tono de charla, esperando que él se explayara.

— Me gustaría criar caballos. Si pudiera convencer al semental alado para que me acompañara, engendraría unos potros magníficos. Nuestro asentamiento no sería entonces el lugar para pedir simplemente un Guerrero Guardián, sino que podríamos ser famosos por nuestros caballos extraordinarios.

A Cora le sorprendió este deseo, no la cría de caballos, sino el pensamiento que había detrás. Aaryon parecía haberlo pensado mucho, evidentemente no era un simple pasatiempo para él, al contrario, quería darle más importancia a su pueblo natal.

— Entonces, podrías empezar hoy mismo — respondió ella.

— Por supuesto, necesitarás establos, praderas y yeguas. — Ella se rio. — Bueno, eso sería lo más urgente.

Con eso, ella le provocó una breve sonrisa.

— No es tan sencillo. — Aaryon volvió a adoptar un tono más serio. — Hace muy poco tiempo que se nos ha concedido vivir en nuestras propias condiciones. Has visto lo deteriorado que está nuestro asentamiento. Con el pago que estamos recibiendo ahora, deberíamos tener cosas más importantes que hacer primero.

Cora estaba de acuerdo con él pero, de alguna manera, al decir eso, él sonaba un poco extraño. — Lo dices como si hubiera algo que te detuviera.

— Algo no, alguien — gruñó. — Ese maldito de Roryk no tiene ninguna intención de pagarnos.

La cara del comandante pasó por delante de sus ojos. Lo que le dijo Aaryon coincidía exactamente con la idea que había tenido de Roryk.

— Ese tipo es un bastardo malvado — exclamó ella.

— Créeme, conozco a esa clase de tipos, escurridizo, confabulador y siempre buscando sus propios intereses. Deberían buscarse un nuevo comandante.

Aaryon soltó una risa entrecortada. — Sí, yo sé. Mis hermanos quieren que luche contra él por el liderazgo, como es costumbre, pero...

Chasqueó la lengua y detuvo el caballo. Luego bajó de un salto y lo condujo a un manantial. Allí levantó a Cora de la silla de montar.

— ¿Pero? — Ella quería saber toda la historia.

— No soy digno, por muchas razones pero, sobre todo, porque rompí el mandamiento de la abstinencia.

Cora lo miró con incredulidad. Ella había querido decir que, ya ni siquiera pensaba en los placeres que habían compartido. Pero parecía que le pesaba tanto, que prefería servir bajo el mando de un avaro empedernido, a consecuencia de ello, que ser un mejor líder para sus hermanos.

— Escúchame. Puede que hayas roto una regla. ¿Quién no lo ha hecho? Pero usar eso como excusa y defraudar a tu gente, eso es... eso es... ¡Ser un cobarde!

Levantó la barbilla y le tendió el puño cerrado. — ¡Si realmente quieres algo, lucha por ello!

Al principio, Aaryon se puso pálido como una sábana pero luego el color volvió a su rostro. Se acercó a ella, le rodeó la cintura con un brazo y la besó ardientemente en los labios.

Luego se dejó caer al suelo, dejando que ella se deslizara sobre él. Mientras le apretaba el trasero dolorosamente y presionaba su abdomen, contra el evidente bulto que había entre sus piernas, el mundo empezó a girar alrededor de Cora. De repente, todo carecía de sentido, si él la deseaba, en ese momento, ella abriría sus piernas sin dudarlo.

Toda su piel se estremeció de deseo cuando él liberó sus pechos de la blusa, su cuerpo se estiró hacia arriba y tomó sus pezones alternadamente en su

boca.

No había palabras para lo que le estaba sucediendo. Se sentía débil y, sin embargo, un poder corría por sus venas, que le hacía creer que solo tenía que chasquear los dedos y todos sus deseos se harían realidad.

Su punto más sensible palpitaba de lujuria y sentía el deseo húmedo entre sus piernas. Ansiaba su tacto, pero al mirarle a los ojos llenos de lujuria, percibió un vacío que envolvió su corazón como el hielo.

Estaba reconstruyendo el muro que siempre había intentado utilizar para aislarse de ella. Cora casi podía ver cómo apilaba las piedras unas sobre otras. Lo que lo había movido para derribar brevemente su fortaleza, había desaparecido.

— No puedo — le espetó, mientras la apartaba de él con fuerza.

Se puso de pie, dándole la espalda, con las alas extendidas temblando ligeramente.

Cora se estremeció de igual forma. Pero no fue la ira o la decepción lo que la hizo temblar. Era esa sensación, que tuvo en su sueño la noche anterior, Aaryon se desvanecía ante sus ojos hasta que finalmente desaparecía por completo, solo que hoy era real.

Sintió la imperiosa necesidad de dar salida a su frustración. Cora se alejó unos pasos.

— ¡Aaaahhhh! — Su agudo grito resonó entre los árboles.

Hubo un silencio absoluto durante unos segundos pero, luego todos los habitantes del bosque parecieron responderle.

Hubo rugidos, aullidos y chillidos ensordecedores, incluso los insectos parecían zumbiar tan fuerte que, a Cora le pareció como si cientos de aviones estuvieran despegando junto a ella.

Asustada, se tapó la boca. Sí, ya se había dado cuenta de que en Lykon había desarrollado un talento especial para hablar con los animales, de tal forma, que la escuchaban y no le hacían daño. Pero, en este momento, parecía que realmente entendían sus sentimientos.

Volteó y sorprendió a Aaryon mirándola de pies a cabeza, consternado.

— ¿Qué... fue eso? — preguntó.

Se encogió de hombros. — ¿Y eso qué te importa? Acabemos con esto y así te librarás de mí para siempre.

Decidida, se dirigió al caballo y esperó a que Aaryon la ayudara a subir.

Todo estaba dicho entre ellos. Aunque todavía quedaban cosas sin decirse.

Cora estaba segura de que Aaryon finalmente no se había decidido por ella.

Las lágrimas ardían en las esquinas de sus ojos pero, aun así, enderezó los hombros mientras él volvía a montar. ¡Antes muerta que mostrarle sus sentimientos!

Las siguientes horas se prolongaron mientras Cora reflexionaba sobre cómo podría hacer para no acabar al lado de algún Guerrero Dragón, y ser

recipiente para su descendencia.

Después de descartar la milésima idea, Aaryon frenó el caballo. Llegando a su destino, Cora vio el asentamiento de un Clan de Guerreros Dragón por primera vez, desde su involuntaria llegada.

Ante sus ojos había casas de piedras bien cuidadas y en el centro del asentamiento descubrió una enorme edificación en la que estaba entronizado un Dragón.

Decenas de Guerreros la miraban con curiosidad y también llenos de lujuria, por lo que inmediatamente se sintió como si estuviera desnuda.

Aaryon la condujo a una de las casas, de la que salía un Guerrero, cuyos rizos oscuros le caían hasta los hombros.

— Ryak. — Aaryon se golpeó el pecho con el puño derecho en señal de saludo.

El Guerrero le dedicó una cortante inclinación de cabeza, y luego la miró escrutadoramente. Luego sonrió. — Hermosa, pero como sabes, ya tengo una compañera.

Aaryon le apretó los dedos en la parte superior del brazo con tanta fuerza que pensó que en cualquier momento el hueso se rompería.

— Encontré a esta mujer en el bosque. Llegó aquí siguiendo la estela de otro Guerrero. Esperaba que pudieras encontrar un compañero adecuado para ella.

Justo cuando Ryak volvió a mirarla, la puerta de su casa se abrió nuevamente.

— ¡Rolon, diablillo! — una mujer dio un pequeño chillido.

La puerta se estrelló contra la pared y una bestia negra se precipitó hacia Cora con la lengua fuera. La bestia se detuvo derrapando justo delante de ella y movió sus puntiagudas orejas, de cuyas puntas, salía un mechón de pelo dorado.

Cora lo miró a los ojos y el animal se recostó a su lado, frotó la cabeza contra sus piernas y le rodeó los pies con su cola, que terminaba en forma de garrote. Al hacerlo, emitió ruidos casi como un ronroneo, como si tratara de engatusarla.

— Qué inusual para un Wyr — comentó Ryak sobre la reacción de su mascota.

— Suele atropellar primeramente a todos.

En ese momento, una mujer apareció detrás de él, llevando a un niño pequeño de la mano. Le dio un golpecito a Ryak en el antebrazo, con un ligero reproche en su mirada.

— ¿Dónde están tus modales, mi querido compañero? Haz pasar a nuestros invitados a la casa y continuaremos hablando adentro.

Luego, apretó un beso en la mejilla de Aaryon. — Qué bueno verte de nuevo. Hace mucho tiempo que no nos visitas. Tengo curiosidad por saber qué

tienes para contarnos — dijo con afecto, dirigiendo una mirada significativa primero a Aaryon y luego a Cora.

— Ya has oído a Lilly — se rio Ryak.

Dio una palmada en el hombro de Aaryon y luego levantó a su hijo en brazos. Con la otra rodeó a su compañera y le indicó a Cora que lo siguiera. Había una agradable frescura en la casa y Cora miró a su alrededor con interés. Todo parecía impecable, cada asiento estaba tapizado con suaves pieles e incluso observó estanterías en las paredes. Por las cosas tan ordenadas, Cora concluyó que Lilly debía ser de la Tierra. Tal vez podría pedirle ayuda.

Aaryon volvió a describir su petición, mientras Cora se sentía totalmente desubicada. A ella le parecía que los dos Guerreros estaban hablando de alguien completamente diferente. Todavía no podía imaginarse lo que estaban planeando para ella. Su cerebro parecía consistir solamente en una masa blanda que no podía formar un pensamiento sensato.

Estaba mirando un punto invisible en la pared de enfrente, cuando Lilly la tomó de la mano y la llevó como a una persona gravemente enferma a otra habitación.

Allí se sentó en un banco y condujo a Cora a su lado.

— No estoy ciega, Cora — ella comenzó — ¿no me dirás qué es lo que realmente te preocupa?



No le dijo ni una palabra a Lilly sobre sus sentimientos contradictorios, y menos aún, sobre el paso en falso de Aaryon. Ella se lo había prometido y por muy mal que él estuviera haciendo ahora, ella cumpliría su promesa.

En cambio, le suplicó a Lilly. — ¿Podrías ayudarme? Tal vez un Guerrero Dragón podría llevarme de vuelta a la Tierra.

Lilly sonrió. — Qué tontería. Puedo ver que perteneces a este lugar. Dime ¿qué es exactamente lo que dejaste atrás en tu antigua vida?

Cora se quedó perpleja, sí ¿qué tenía? Un consultorio en donde casi nadie acudía porque la mayoría de la gente pensaba que era demasiado joven para tener el conocimiento necesario. Una montaña de deudas porque no podía pagar los gastos de funcionamiento debido a ello. Un aquelarre en el que casi nadie la echaría de menos. Familia y amigos, ninguno.

Lilly la miró con comprensión. — Aha, me lo imaginaba.

— Sabes, yo sentí lo mismo cuando Ryak me trajo aquí. Sentí que él quería un trofeo de la Tierra, no admitió sus verdaderos sentimientos durante mucho tiempo. Aun así, no habido querido regresar. Lykon es perfecto para mujeres como nosotras.

Le guiñó un ojo a Cora. — Nuestros Guerreros son testarudos y les gusta presumir acerca de lo poco que consideran a las mujeres. Pero cuando han elegido una pareja, son leales y la protegerán con cualquier medio que este a su alcance.

Cora resopló y trató de no escuchar las palabras de Lilly. Se secó los ojos con el dorso de la mano para evitar que se le salieran las lágrimas.

— Realmente ¿sería tan malo abrir tu corazón a uno de los Guerreros Dragón y enriquecer tu vida con un niño? — Lilly le acarició la cabeza y la miró una vez más, profundamente a los ojos.

— ¿O acaso ya te has comprometido con uno? — susurró al oído de Cora.

Esta mujer parecía poder leerla como a un libro. Pero independientemente de lo que creyera ver, ese camino estaba bloqueado para Cora.

Pero finalmente cedió ante su pena y lloró en el hombro de Lilly pero, sin decirle la verdadera razón.

## Capítulo 7

Nunca nada había sido tan difícil para él. Cuando Aaryon dejó atrás el asentamiento de Ryak, y con él a Cora, pensó que con cada metro que se alejaba, perdía un poco de su valor para enfrentarse a la vida.

Cora le había dicho que debía luchar por lo que realmente quería. Pero no importaba cómo lo torciera, no se le permitiría librar esa batalla.

Por un momento, se había olvidado brevemente de sí mismo, cuando ella se plantó ante él tan beligerante. Solo una vez más, había querido besar sus labios suaves, solo una vez más, había querido acariciar su suave y aterciopelada piel. Pero una cosa había llevado a la otra, y apenas, cuando él había presionado el cuerpo de ella contra su poderosa erección, su conciencia, ya cargada de culpa, habló.

En esa fracción de segundo, su deseo había vuelto a subordinar a su sentido del deber, y así seguiría siendo el resto de sus días.

El grito frustrado de Cora había sido una señal de que ella había aceptado, aunque quizás no abrazado, su decisión. Simplemente no entendía que él quería lo mejor para ella, y eso no lo incluía a él.

Sin embargo, lo que su reacción había provocado entre las criaturas del bosque había sido algo totalmente distinto. Él se había preguntado todo el

tiempo, cómo ella se las había arreglado para librarse de los depredadores de Lykon. En un bosque en el que casi todos los animales quisieran comerte, o al menos, hacerte daño, ella se las había arreglado para no acabar como un bocadillo exquisito. Ella tenía un don extraordinario, pero él nunca sabría qué hacer con él.

Era el momento de mirar hacia adelante. Le esperaban muchas tareas en el asentamiento. Primero, tenía que conseguir que Roryk diera a los guardianes sus respectivas partes de las Piedras de Pyron. Solo entonces, podrían él y sus hermanos sentarse a discutir sobre qué obras debían abordarse con mayor urgencia.

A mitad de camino se encontró con su semental alado que, al parecer, quería acompañarlo un poco. Pero su propio caballo de montar comenzó a corcovear y rechazó los avances amistosos del semental negro, arremetiendo contra él con fuerza.

Cuando el semental se retiró, Aaryon lo miró con tristeza. También tenía que enterrar el deseo de establecer su propio criadero con este maravilloso caballo. Si los otros caballos eran agresivos con el negro, Aaryon no tendría ninguna posibilidad. A diferencia de él, el semental no podía contar con el perdón de sus congéneres por su alteridad.

Ahora, instó al caballo a un ritmo más rápido, para llegar a casa lo antes posible. No podía malgastar su energía lamentando lo que nunca podría ser.

Después de llegar a los límites del asentamiento, Aaryon se sorprendió del silencio absoluto que lo recibió. No oyó el tintineo de espadas que normalmente llenaba el ambiente, cuando los Guerreros Guardián realizaban su entrenamiento diario.

En su lugar, escuchó el zumbido penetrante del látigo y el sonido repugnante de éste, golpeando un cuerpo y agrietando la piel.

Apresuradamente, ató el caballo a un poste y corrió junto a las cabañas hasta la plaza central. En el tronco enterrado que normalmente utilizaban para practicar varios golpes de espada, vio a Mykos. Las manos del Guerrero estaban extendidas por encima de su cabeza, encadenadas a la madera. Su espalda estaba cubierta de verdugones sangrantes, pero no se oía ningún sonido de dolor.

— ¡Esto es lo que les espera si alguno de ustedes, vuelve a manipular las piedras sin mi permiso! — rugió el comandante, blandiendo de nuevo el látigo de cuero.

El extremo anudado volvió a golpear la espalda de Mykos, desgarrando una herida ya abierta en su carne.

Una y otra vez golpeó, y parecía que no iba a detenerse hasta haber convertido la espalda del Guerrero en una sola masa sanguinolenta.

La ira que sintió Aaryon fue más allá de todo lo que había sentido antes. Sea lo que sea, que hubiera hecho Mykos, ninguno de los guardianes merecía tal

castigo. Ni una sola infracción justificaba que los hermanos fueran castigados físicamente.

Los Guerreros obedecían al pie de la letra a su comandante, tal y como exigía su juramento. Incluso, en este momento, no se atrevían a contradecirlo, aunque Aaryon podía ver claramente lo disgustados que estaban por las acciones de Roryk.

Anteriormente, varias veces, este vil gusano se había aprovechado de la devoción de los guardianes a su juramento. Aaryon ahora estaba muy decidido a aumentar sus pecados transgrediendo también este mandamiento. Con las alas desplegadas, se puso con las piernas abiertas frente a Mykos, cuya única evidencia del dolor que sufría, eran unos cuantos músculos crispados.

Roryk bajó el látigo y frunció las cejas con furia.

Entonces, una sombra de rencor se instaló en sus rasgos. — ¿Miren a quién tenemos aquí? Hazte a un lado ¡Me ocuparé de ti más tarde!

En eso, apuntó con su látigo a Aaryon. — ¡Diez latigazos por interrumpir mi castigo!

Aaryon se cruzó de brazos despreocupadamente y le sonrió con ironía. — ¡No!

Podía ver literalmente, cómo funcionaba la cabeza de Roryk mientras sopesaba sus opciones. Sus hermanos, en cambio, observaban con interés,

como si sintieran en sus huesos que su futuro estaba a punto de decidirse ante sus ojos.

— ¡Apártate, te digo! — La voz de Roryk se quebró, mientras intentaba mantenerse firme, temblando de rabia.

— ¡Y yo dije que no! — Aaryon levantó la barbilla desafiantemente.

No se movería ni un centímetro, y Roryk lo sabía, cuando él pudo observar las miradas desesperadas que le dirigieron sus hermanos, casi buscando ayuda.

— ¡Agárrenlo! — gritó Roryk a la multitud.

Aun así, contaba con que los guardianes le obedecerían.

Algunos parecían indecisos, pero cuando el primero expresó su negativa a obedecer la orden, cruzando también los brazos de forma desafiante, todos los demás hicieron lo mismo.

Roryk levantó su látigo sugerentemente una última vez, pero luego tuvo que aceptar la derrota. Estaba perdido frente a los veinte Guerreros Guardián entrenados, y Aaryon vio un atisbo de miedo en su rostro.

No les dio más importancia, y mientras el comandante abandonó la plaza a regañadientes, soltó las cadenas de las manos de Mykos.

— ¿Puedes ponerte de pie, amigo mío? — Metió la mano bajo las axilas de Mykos y examinó las heridas que había sufrido el Guardián.

— Oh, solo son rasguños — dijo Mykos con una sonrisa. — Y cada uno de ellos valió la pena.

Aaryon lo miró interrogativamente. — ¿Qué has hecho para que Roryk tome una medida tan drástica?

Con las rodillas temblorosas, Mykos se enderezó y respiró profundamente.

— Te lo explicaré, pero ¿podríamos sentarnos primero en algún sitio? — jadeó mientras empujaba su deforme espalda.

Junto con los demás guardianes, corrieron bajo el toldo de la cabaña más cercana y se instalaron en un círculo en el suelo.

Tensamente, Aaryon repitió su pregunta sobre el motivo del castigo.

— Bueno. — Mykos apoyó los brazos sobre sus piernas dobladas. — Has reportado que Roryk no tenía intención de pagarnos. Así que pensé en probar suerte yo mismo.

— Entonces me acerqué a él y le pedí amablemente mi parte. Y fue tal y como me habías dicho. — Mykos se rio de manera reprimida, ya que en el fondo esperaba que Aaryon estuviera equivocado.

— Me gritó, que me creía yo. Me dijo que él estaba a cargo y, por lo tanto, tenía derecho a todas las piedras.

Mykos golpeó el polvo con su puño. — No pude contenerme, así que fui detrás de su casa y tomé un puñado de piedras.



Los demás Guerreros asintieron con la cabeza, algunos divertidos por la impetuosidad de sus acciones, ya que, por lo general, esto no sentaban bien en un Guerrero Guardián.

Por supuesto, me persiguió y luego me condenó a veinte latigazos por mi insolencia.

Aaryon pudo seguirlo hasta aquí, pero aún quedaba una duda. — ¿Y cómo acabaste en ese tronco? No me digas que Roryk te arrastró hasta allí.

En ese momento, rozó con sus ojos la enorme parte superior de los brazos de Mykos.

— No, por supuesto que no. — Mykos se rio ante la idea.

— Fui por voluntad propia.

— ¿Qué? Y eso ¿por qué? — Los ojos de Aaryon se abrieron de golpe.

No podía creer que Mykos hubiera redescubierto repentinamente su obediencia, en ese momento, cuando momentos antes se había mostrado tan rebelde.

— Bueno, confiaba firmemente en que volverías mientras duraran los azotes. Esperaba que esa visión te liberara finalmente de toda duda y ocuparas tu verdadero lugar entre nosotros.

Obviamente, Mykos pensó que era un zorro muy astuto, ya que ahora le sonreía con mucha picardía. Sin embargo, su plan podía haber fracasado

fácilmente y en este momento, estaría sufriendo boca abajo en su campamento con la espalda completamente destrozada.

— Estás loco si crees que me voy a dejar manipular así — le recriminó al Guerrero con una sonrisa de satisfacción.

Luego le susurró detrás de su mano. — Ya te he explicado por qué no he reclamado el liderazgo. Puede que no sea un problema para ti, pero ¿qué pasa con los demás?

— Mis hermanos de armas — Mykos se dirigió inesperadamente hacia los Guerreros sentados a su alrededor. — ¡Quieren informar a este testarudo de que no nos importa que sea de dudosa descendencia y que haya sido acusado falsamente de asesinato!

— No me importa.

— No me interesa.

— ¡Me importa un bledo!

De todos lados, las palabras de apoyo hacia Aaryon sonaron de los Guerreros.

Con una mirada de reojo a Mykos, que sonreía maliciosamente de oreja a oreja, Aaryon murmuró. — Qué astuto.

El experimentado Guardián tuvo que aprovechar su ausencia para que todos se sumaran a la pretensión de Aaryon. Para quitarle el viento a las velas, también les había contado a sus hermanos acerca de sus escrúpulos.

Ahora dependía totalmente de él, si desafiaría a Roryk o no. Sin embargo, para estar seguro, tuvo que hacer otra confesión. No podía permitir que los guardianes depositaran su confianza en él y que luego se sintieran amargamente decepcionados si su fechoría se hacía pública.

He montado a una mujer. Deberían saber eso.

El silencio consternado se apoderó de todos los Guerreros hasta que, uno se puso rojo como el fuego y levantó cautelosamente el dedo índice. — Yo también.

Miró a la izquierda y a la derecha, como si esperara comentarios maliciosos. Un Guardián mayor dio un agudo silbido y, poco después, un Wyr se asomó por la esquina de la casa, con sus dorados mechones en las orejas que ya mostraban canas.

— Lo encontré en el bosque cuando era un cachorro y lo críe. Las mascotas están prohibidas para nosotros, así que le enseñé a no mostrarse.

Otro sacó un fajo de papel enrollado de su cintura y les mostró sus elaborados diseños de pomos de espada y cascos.

— Siempre me escapo a dibujar cuando hay luna llena — tartamudeó tímidamente.

Poco a poco, todos revelaron qué prohibición habían ignorado en secreto.

— ¡Quizás somos un grupo deshonesto! — espetó uno, y los Guerreros dieron un bufido contenido.

El Guardián más viejo interrumpió las risas silenciosas.

— ¡Eres un tonto! — le reprendió. — Siempre hemos mantenido nuestro honor y siempre hemos cumplido fielmente con nuestro deber.

Con la mano señaló al Guardián que también se había unido a una mujer.

— Tú. ¿No dijiste que la última mujer que debías custodiar se te echó encima? ¿Te has rendido ante ella? ¡No! — Juntó las palmas de las manos, pensativo.

La cuestión es que, durante todos estos años, siempre hemos mantenido la fachada y hemos negado nuestra verdadera naturaleza. No hemos hecho absolutamente nada malo y siempre hemos cumplido con las expectativas de los clanes.

Miró a su alrededor con atención. — Ahora les pregunto ¿quién estableció realmente las reglas del Clan de los Guerreros Guardián? ¿Alguno de ustedes ha visto alguna vez un texto legal donde se establezcan? ¿O es que nos sometemos a las determinaciones arbitrarias de los líderes de los clanes, cuyos cuerpos hace tiempo se han convertido en polvo y cenizas?

A pocos, se les habría ocurrido hacer preguntas tan provocativas. Pero Aaryon tuvo que estar de acuerdo con el viejo Guerrero. Él mismo, nunca se había cuestionado el origen de las normas. Se habían transmitido de generación en generación, pero nunca se había comprobado su veracidad.

Sin embargo, todo el mundo sabía que las tradiciones orales podían adornarse y cambiarse a voluntad.

Frunció los labios y luego gruñó. — ¿Tal vez deberíamos enviar un mensajero a la casa del Gobernante y exigir una copia del proyecto de ley?

— No podemos — replicó Mykos, alargando significativamente la primera palabra.

— Solo nuestro líder puede hacerlo, y ciertamente Roryk no debe tener ningún interés en hacerlo.

— Aaryon ¡Haz el desafío! — le instaron los Guerreros.

— ¡Haz de nosotros un verdadero Clan, al que trates con respeto y no solo lo utilices para tus propios fines! — añadió el Guardián mayor.

Aaryon se levantó y se sacudió la suciedad del pantalón. Luego sonrió y dijo despreocupadamente. — Vamos a darle una lección a nuestro comandante y a mostrarle quiénes somos realmente.

Uno de los guardianes estrechó un ojo en dirección a Aaryon. — Cabalgaré y pediré a algunos Guerreros del asentamiento más cercano que se unan a nosotros. Testigos, entiendes. Para que luego no se nos pueda acusar de que la pelea no fue legal.

Aaryon asintió. Se podía confiar en que Roryk iniciaría este rumor para salvar su cuello. Echó una última mirada a sus hermanos y luego se dirigió a

la vivienda de Roryk. Golpeó la puerta con el puño varias veces, antes de que el comandante se dignara a abrirla.

— Reclamo el liderazgo del Clan — soltó sin pelos en la lengua. — ¿Aceptas el reto?

— Imprudente como siempre — replicó Roryk con la nariz arrugada. — Acepto.

— Entonces, mañana — le dijo Aaryon mientras el comandante cerraba la puerta con un portazo de victoria.

Esa noche, Aaryon soñó que Cora le ponía su pequeño puño bajo la nariz. — Lucha, por lo que quieres. Debes luchar.

Intentó alcanzarla, pero ella giró a su alrededor como un torbellino y siguió eludiendo su alcance. — No te esfuerzas lo suficiente — susurró con tristeza, y desapareció en una creciente nube de niebla. Quiso correr tras ella, pero las densas franjas blancas lo envolvieron y le quitaron todo sentido de la orientación.

Por la mañana se despertó con las pieles completamente arrugadas. Hoy lucharía, pero esta no era la lucha a la que Cora se había referido. De eso estaba seguro.

Aaryon se colgó la espada a la espalda, envió una rápida plegaria al cielo y se dirigió al campo de batalla con amplias zancadas.

Los guardianes ya se habían puesto en fila y el que había salido en busca de testigos también ya estaba preparado. Flanqueándole había varios Guerreros Dragón de un asentamiento vecino e incluso el líder de su Clan los había acompañado.

Aaryon se puso de pie bajo el sol ya abrasador y esperó. Como retador no podía determinar la hora del combate y como Roryk no se presentó, ni siquiera después de dos horas, parecía que quería desgastar a Aaryon de antemano, haciéndole esperar en el calor abrasador.

Los Guerreros Dragón que iban a presenciar el resultado de la contienda comenzaron a susurrar entre ellos.

Su líder se adelantó impaciente y rugió. — ¿Qué clase de escoria cobarde evita un desafío?

La insinuación detrás de esta pregunta no había dejado de tener su efecto, pues finalmente el comandante entró a la plaza.

Ignorando el decoro habitual antes de una pelea de esta naturaleza, se abalanzó inmediatamente sobre Aaryon. Aaryon esquivó sus golpes con facilidad y lanzó una estocada con su ala que hizo que Roryk se estrellara contra el suelo.

Roryk aulló, pero Aaryon no pudo saber si era por dolor o por miedo. Al acercarse al comandante acurrucado, le lanzó un puñado de polvo a los ojos, haciéndole retroceder momentáneamente.

Limpiándose los ojos y parpadeando varias veces, se dio cuenta, de que Roryk se había levantado y se acercaba de nuevo a él.

Aunque sus ojos que ardían le nublaban la vista, era una lucha desigual. Ni siquiera tuvo que esforzarse mucho para mantener alejada la espada de Roryk. El comandante luchó como un vástago que acaba de recibir su primera espada de práctica y la agitaba sin rumbo.

Una mirada a los visitantes del Clan vecino, que sacudían la cabeza, le confirmó que ellos también estaban horrorizados por las inexistentes habilidades de Roryk. Seguro que se preguntaban cómo un Guerrero tan bueno para nada, había sido capaz de liderar a los Guerreros Guardián durante años.

A estas alturas, Roryk tenía las dos manos agarradas alrededor del pomo de la espada y se esforzaba visiblemente por seguir golpeando. Cuando volvió a levantar la espada, ésta lo sacudió y cayó miserablemente de espaldas al suelo.

Aaryon no pudo evitar reírse. ¡Verdaderamente patético!

Sin embargo, Roryk aún no había terminado. Aaryon pudo notar por su expresión que ahora estaba listo para desempacar el arma, que estaba convencido que tenía un poder destructivo.

Triunfante, el comandante levantó los brazos y gritó. —¡Realmente van a dejarse dirigir! ¿Por un bastardo y un asesino?



Cuando sus gritos no surtieron el efecto deseado, continuó gritando. —  
¡Manada de estúpidos! ¿No me han escuchado?

Uno de los Guerreros Dragón gritó a Aaryon. — Te lo ruego, terminalo. El  
griterío de este lamento me hace daño a los oídos.

Con un poderoso golpe de su puño, Aaryon envió al comandante al olvido.  
Miró al hombre inconsciente y no sintió ninguna emoción de victoria.

Este combate había sido una mera formalidad, pero ahora podía tomar el  
liderazgo en pleno derecho.

Aceptó las felicitaciones de sus hermanos, y el jefe del Clan vecino le dio  
una fuerte palmada en el hombro. — Has hecho bien en lanzar el reto. Nadie  
podría haber adivinado que su comandante era tan débil. Seremos testigos de  
que tu reclamo fue peleado de manera justa.

Entonces estalló en una estruendosa carcajada. — Incluso mi compañera  
hubiera podido derrotar a ese gusano.

Aaryon mantuvo su cara al sol mientras los visitantes se alejaban riendo.  
Hoy lo celebraría con sus hermanos pero mañana a primera hora comenzaría  
su nueva tarea.

## Capítulo 8

— No tiene sentido revolcarse en la autocompasión — repitió Cora por millonésima vez, desde que Aaryon la había literalmente arrojado aquí. Lloraba la idea de una vida a su lado, incluso echaba de menos su forma taciturna, por no hablar de su impresionante cuerpo.

Siempre se había reído de las mujeres que decían haber encontrado su alma gemela tras un breve encuentro con un hombre. Ahora ella misma se había dado cuenta, y no importaba lo que hiciera, a este hombre en particular, ella ya lo había perdido.

Ahora se establecería en el asentamiento de Ryak, su anfitrión. En varias conversaciones, prácticamente le había rogado a Lilly que la ayudara a convencer a uno de los Guerreros Dragón para que la llevara de vuelta a la Tierra.

Lilly la había visto poco convincente en su petición y simplemente sonrió con conocimiento de causa.

— Cora — fueron sus palabras. — Incluso si pudiera creer en lo que me estás diciendo, ningún Guerrero se encargaría de dicha tarea. Solo estás en Lykon por demasiada casualidad, pero tienes que confiar en que estaba destinado a ser así. Nada sucede sin una razón.

Por supuesto, Lilly no pudo decirle la razón. Tal vez podría haberse convertido en la compañera de Aaryon, pero el destino aparentemente había planeado otra cosa.

Tomó otra flor y arrancó sus pétalos mientras reflexionaba sobre qué hacer.

Ryak le había dicho, por supuesto, sin escuchar sus objeciones, que haría correr la voz de que necesitaba una pareja. Desde aquel día, decenas de Guerreros habían aparecido en el Clan, mirándola con ojos de lince y algunos incluso habían tenido la osadía de palpar su cuerpo, como si quisieran probar su idoneidad para dar a luz a una fuerte descendencia.

Lo único que faltaba era que alguien le examinara los dientes para determinar su edad, pensó con brusquedad.

Siendo sincera, los demás habían sido bastante respetuosos. La habían mirado, asintieron con aprecio y volvieron a seguir su camino.

Desgraciadamente, eso no cambió el hecho de que se sintiera como un objeto de exposición que se vendería al mejor postor en la siguiente subasta.

A consecuencia de esto, ya no se atrevió a deambular por el asentamiento. Solo encontró paz en el jardín detrás de la casa de Ryak, donde se había acomodado y apoyó la espalda contra la pared de la casa. Rolon, la mascota de gran tamaño de Ryak, yacía roncando tranquilamente a su lado.

Lilly tenía toda la razón, este planeta le daba esa sensación de hogar que nunca había sentido en la Tierra. Aparte de los musculosos Guerreros

Dragón que la acechaban, se sentía esencialmente libre.

Un suave crujido en la hierba había anunciado que la compañera de Ryak se había posado en el suelo junto a ella.

Lilly acarició la cabeza del Wyr, que refunfuñaba suavemente, y solo había advertido de su llegada golpeando brevemente la pared de la casa con el extremo de su cola en forma de garrote.

— Sabes — dijo ella — desde que llegaste a nosotros, este bribón no ha tumbado a nadie más. ¿Cómo puedes explicar eso?

Cora sonrió. — Le dije lo indecoroso que era ese comportamiento y que podría herir a alguien.

— ¿Se *lo has dicho*? — Lilly le miró a la cara con asombro, pero no con escepticismo.

— Sí. — Cora le susurró al oído a Rolon.

— Ve y tráeme ese palo de ahí. — Señaló con la cabeza una pequeña rama que estaba en medio del patio.

Rolon, que estaba tumbado de espaldas, se puso sobre sus cuatro patas y se alejó obedientemente. Se dirigió con decisión hacia el palo, lo tomó con la boca y lo arrojó al regazo de Cora. Jadeando felizmente, recibió un masaje en la oreja como recompensa y luego continuó su siesta.

— Tengo la capacidad de hacer eso desde que aterricé en Lykon — murmuró Cora.

— Yo misma no podía creerlo hasta que le pedí a Rolon que no me mordiera los zapatos. Lo dejó de hacer inmediatamente, y desde entonces lo he intentado varias veces. Y cada vez, ha hecho lo que le he pedido.

— ¿Crees que soy rara? — susurró Cora con una mirada de reojo que delataba su inseguridad, a Lilly.

Lilly sonrió. — Vivo lejos de la Tierra con un compañero que tiene alas y cuyas marcas en el pecho se convierten en metal. Créeme, nada puede sorprenderme tan fácilmente.

Puso una mano en el antebrazo de Cora y le dio un apretón, animándola. — Qué regalo tan maravilloso, alguna vez, deberías darle un uso provechoso.

Lilly se puso seria. — ¿Y cómo te sientes? ¿Te sientes cómoda con la idea de vivir aquí con un compañero?

— ¿Acaso tengo opción? — suspiró Cora. — No puedo salir de aquí y...

Lilly le acarició el cabello. — No es tan malo como se podría pensar. Una vez que un Guerrero Dragón ha elegido a su pareja, solo existe ella. No tendrías que renunciar a nada. Muchas mujeres tienen ocupaciones aquí que las llenan. Y ninguna volvería a renunciar a su pareja, aunque al principio, se resistieron a ello.

Se rio. — Toma a Sonya como ejemplo. Lanzó todo lo que pudo encontrar en la cocina a su compañero. El estruendo se podía escuchar en todo el asentamiento. En el proceso, descubrió su talento para la alfarería, después

de no encontrar ninguna taza utilizable. Y hoy en día, es la persona más cariñosa que te puedas imaginar y no pierde de vista a su hijo ni un segundo.

Cora había conocido a Sonya en la casa de baños. Esta mujer, después de tres años, seguía tan enamorada de su compañero, que sus ojos se iluminaban como las estrellas del cielo nocturno, a cada vez mención de su nombre.

Quizás, dentro de unos años podrían decir lo mismo sobre ella. Tal vez solo recordaría vagamente de quién se estuviera hablando cuando alguien pronuncie el nombre de Aaryon.

Cora apoyó la parte posterior de su cabeza contra la pared y luego la golpeó brevemente contra ella.

— En la Tierra, tenía un consultorio de curación. Conozco las hierbas medicinales. Pero aquí no hay plantas similares. Así que, aunque me gustaría investigar, necesito que alguien me ayude.

Lilly asintió, aparentemente tomando sus palabras como el primer paso en la dirección correcta.

Cora tragó saliva y añadió con voz ronca. — Si es necesario, búscame un compañero.

Su anfitriona pareció finalmente satisfecha, se levantó y se limpió las briznas de hierbas secas de su vestido.

— Muy bien. Preguntaré por ahí, puede que tengamos un experto en plantas entre los vecinos lykonianos que vienen aquí para trabajar.

Cora permaneció sentada en su escondite hasta el anochecer. Sencillamente, no tenía ganas de enfrentarse a la realidad. Con el tiempo se le presentaría un Guerrero Dragón con el que tendría que pasar su vida y darle una descendencia.

Ella estaba deseando que llegara el niño, al fin y al cabo, no sería solo suyo. Y a su manera, todos los Guerreros Dragón eran guapos. Al menos, no tenía que lidiar que la emparejaran con un viejo gordo y calvo.

Debió admitir que nada de esto sonaba ideal pero, de alguna manera, lo aceptaría.

Estaba a punto de entrar, cuando escuchó voces que venían del interior. Se sintió un poco pícara pero, no pudo evitarlo y escuchó la conversación entre Lilly y su compañero.

— ¿Recuerdas lo que te dije una vez? — llegó la voz acampanada de Lilly.

— ¿Cómo van a saber lo que están protegiendo si no llegan a experimentarlo por sí mismos?

— Hm. — Ryak se limitó a refunfuñar, sin parecer muy emocionado de que su compañera sacara a relucir el tema.

— ¡Tienes que hacérselo saber! — exigió Lilly con firmeza.

— Mujer, habrá todo un alboroto si realmente se presenta y quiere competir.

— Ryak sonaba un poco exasperado.

Posiblemente no era la primera discusión que su compañera se ganaba con su primera frase.

— ¿Y qué? Este es tu Clan, tú decides cuáles son las reglas aquí. Nos ocuparemos de todo lo demás cuando llegue el momento.

Ryak suspiró rendido. — Bien, como quieras.

No pudo distinguir de quiénes hablaban. Lo único que estaba claro, es que habría una inminente competición pero, pronto descubriría de qué se trataba exactamente.

Entonces escuchó una leve risita de Lilly mientras Ryak gritaba con voz suave.

— Ahora ven aquí. Aprovechemos el tiempo en que nuestra invitada está fuera de la casa. Estoy sediento de un ardiente pasatiempo.

Pronto se oyeron gemidos ansiosos, pequeños gritos agudos y el sonido de los cuerpos chocando en un apresurado éxtasis.

Cora se tapó los oídos al notar la humedad entre sus piernas y deseó que Aaryon le penetrara con su abultado miembro. — Vete, déjame tranquila — dijo en silencio mientras las lágrimas no dejaban de rodar por sus mejillas.

Ella gimoteó y luego se secó la cara con una esquina de la blusa. Aunque no quedaba mucho de ella.

Mientras se esforzaba por respirar con más calma y recuperar la compostura, resolvió pedirle a Lilly un vestido. Si vas a hacerlo, hazlo bien. Era el



momento de despojarse de los últimos restos que le quedaban de la Tierra y eliminar, de esta manera, el rastro del olor de Aaryon que aún quedaba en ellos.

Cuando pensó que ya había dado a la pareja tiempo suficiente para hacer el amor, entró a la casa. Lilly estaba sirviendo a su compañero una jarra de cerveza con las mejillas sonrojadas y los labios ligeramente temblorosos, mientras Ryak se estiraba en un banco con los ojos semicerrados y miraba a Cora con gran satisfacción.

Cora se sintió un poco avergonzada. Por suerte, los dos no se habían percatado de que ella los había escuchado.

Ryak la hizo sentar nuevamente y entrelazó los dedos.

— El asunto está resuelto, Cora — se dirigió a ella como si solo quisiera informarle de que el cristal roto de la ventana había sido reparado.

— En tres días, todos los pretendientes pelearán por ti.

— ¿Pelear por mí? — Los ojos de Cora se abrieron de golpe.

Así que de esto se había tratado su conversación.

— Así es como resolvemos nuestras disputas — explicó Ryak sus intenciones.

— Muchos Guerreros Dragón te consideran apta para concebir su descendencia. Y solo el más fuertes podrá emparejarse contigo.

¡Maravilloso! Cora puso los ojos en blanco. Ahora también se sentaría en la tribuna como una damisela y esperaría al ganador del torneo para mostrar su simpatía.

De todos modos, no le importaba a qué Guerrero se le concedía finalmente.

¡Que luchen!

— Bien, en tres días.

Miró a Ryak un poco desafiante. — ¿Por qué no mañana mismo? — Es mejor que acabe esto cuanto antes.

Ryak lanzó una mirada a su compañera, que ella devolvió con una pequeña y traviesa sonrisa. — Hay algo de lo que tengo que ocuparme primero — respondió Ryak sin sentido.

Cora les deseó a ambos las buenas noches y se metió entre sus pieles. Su destino estaba sellado y los tres días de indulto no cambiarían nada.

Cora se martirizó durante esos tres días, como si estuviera esperando la ejecución. Pasaba horas tumbada e inmóvil en la fresca piscina de la casa de baños, contemplando los azulejos pintados a mano.

De vez en cuando, otras mujeres se unían a ella, charlando alegremente y dándole consejos o describiendo los méritos de cada pretendiente. Pero parecían tomar sus respuestas taciturnas como una anticipación muda, más que como indiferencia, y Cora siempre se sentía culpable cuando daba un suspiro de alivio al marcharse.

La espera terminó, cuando el sol de la mañana anunció el día en que formaría un vínculo de por vida con un Guerrero Dragón.

Todo el asentamiento estaba ya en pie cuando Cora se levantó rígidamente de la cama.

Lilly le había prestado un vestido verde musgo sin mangas que se ceñía suavemente a su cuerpo, sin acentuar demasiado sus curvas. El dobladillo le rozaba los tobillos y estaba ricamente bordado con piedras brillantes. Se puso el cinturón, igualmente adornado, alrededor de la cintura.

Se miró en el espejo.

El escote de encaje del vestido dejaba entrever la base bien redondeada de sus pechos y el color acentuaba sus ojos que brillaban en un verde intenso como los bosques de Lykon. Sus rizos rojos ofrecían un agradable contraste a ellos.

Cora asintió a su reflejo. — Bastante pasable. — No pudo evitar una risita.

Difícilmente uno podría ser conducido a la horca tan bien vestido.

Lilly aplaudió con entusiasmo cuando Cora salió por la puerta.

— Oh, eres tan bonita. ¡Los Guerreros quedarán asombrados!

Cora luchó contra una sonrisa irónica. Lilly solo tenía buenas intenciones y quería quitarle el miedo. Ella había encontrado su felicidad y seguramente, suponía que Cora también estaba camino a encontrarla.

Había una gran multitud en la plaza central del asentamiento. Las competiciones de esta naturaleza eran poco frecuentes y todo el mundo quería formar parte del espectáculo. La última vez que los miembros del Clan habían visto una pelea, había sido cuando Ryak había peleado en la batalla por el liderazgo.

Además de los contendientes, también habían aparecido todos los demás Guerreros, mujeres, descendientes e incluso los trabajadores lykonianos del continente vecino que se encontraban allí.

Se habían previsto asientos para el jefe del Clan, su compañera y para ella. Lilly tomó asiento e invitó a Cora para que hiciera lo mismo con un gesto de su mano.

Ryak tomó la palabra, agitando enérgicamente sus alas para que el público hiciera silencio.

— Hoy lucharán por esta mujer. — Inclino la cabeza en su dirección.

— Todos ya conocen el procedimiento. Los ganadores de los primeros duelos se enfrentarán en la siguiente ronda y así sucesivamente, hasta que solo quede uno en pie. La pelea se considera perdida si cualquiera de los dos contendientes se rinde o permanece en el suelo.

— ¡O muerto porque no estaba prestando atención y podía pensar solamente en aparearse! — rugió la multitud.

Los Guerreros comenzaron a gritar y a batir sus alas.

La idea de perder la vida en este combate no parecía asustarles, pensó Cora. Los candidatos desfilaron frente a Ryak. Cada uno se golpeó el pecho con el puño derecho y se presentó.

— Hayron del Clan de Thyron.

— Malyk, líder del Clan del Este.

— Shayk del Clan Gobernante Hakon.

Los nombres eran solo ruido para Cora. Miró a cada uno de los Guerreros, sin mirarlos realmente. Se limitó a mantener la apariencia de candidata embelesada mientras Lilly, a su lado, giraba la cabeza de un lado a otro, como si esperara a alguien más.

Guerrero tras guerrero presentaron sus respetos, debían ser al menos cincuenta, pero quién llevaba la cuenta ya, pensó Cora.

La cola se fue acortando, hasta que solo pudo ver un par de botas con los párpados de Cora puestos hacia abajo.

— Aaryon, líder del Clan de los Guerreros Guardián.

Su cabeza se levantó de golpe. Un par de ojos oscuros se clavaron en su mirada y alcanzaron su alma.

— Gracias a Dios — respiró Lilly a su lado, apretando una mano contra su pecho.

Cora solo lo vio a él, y el estruendoso balbuceo de voces que se alzó de golpe, pasó junto a ella como el zumbido de algún insecto.

Ryak saltó de su silla y, se interpuso entre ella y Aaryon. Con voz estruendosa, anunció. — ¡Las mujeres están prohibidas para los Guerreros Guardián!

Aaryon sacó su espada y se apartó de él. Con la punta de su espada, describió un semicírculo, señalando a los Guerreros presentes.

— ¡Muéstrenme la ley, que nos prohíbe una compañera, y bajaré mi espada de inmediato! — rugió.

Se dirigió directamente a algunos Guerreros Dragón.

— ¿Puedes?

— ¿O quizás tú?

Se puso de nuevo delante de Ryak y se estiró con orgullo. — Nadie puede, porque esta ley ni siquiera existe. Hakon, nuestro Gobernante, lo ha confirmado con esta carta.

Le entregó un pergamino a Ryak, que el líder del Clan miró con el ceño fruncido.

Luego le devolvió el pergamino a Aaryon, bajó la cabeza y Cora creyó ver que sonreía.

Sin embargo, de inmediato, levantó de nuevo la cabeza y dirigió sus ojos, ahora severos y casi helados, que no admitían contradicciones, hacia la ronda.

— El sello es auténtico, de eso no hay duda. Si Hakon confirma que esta ley no existe, entonces Aaryon luchará hoy como todos los demás.

Aaryon presentó sus respetos una vez más, y luego se mezcló con los contendientes sin mirar de nuevo a Cora.

Dos viejos Guerreros dijeron los nombres de los hombres que se enfrentarían en el primer duelo.

Ryak dio la señal para que comenzara la competencia.

Cuando los rivales empezaron a levantar sus espadas uno contra otro, Cora cerró los ojos.

## Capítulo 9

Por dos razones, deliberadamente Aaryon se había abstenido de ponerse el casco cuando se dispuso a competir.

En primer lugar, lo odiaba, ya que con el casco siempre se lo tildaba de marginado. Y, por otro lado, los Guerreros Dragón seguramente no le habrían dejado llegar hasta Ryak si lo reconocían inmediatamente por su indumentaria como uno de los miembros del Clan de los Guerreros Guardián.

Había llegado justo a tiempo y fue el último en unirse a la fila de Guerreros que lucharían por Cora.

Su decisión de convertirse finalmente en un verdadero líder de Clan tomando una pareja se veía precedida por tiempos turbulentos.

Al día siguiente de haber sustituido a Roryk, un joven Guardián fue enviado junto al Gobernante. Como habían acordado entre ellos, exigieron copias de todos los textos legales que regulaban las normas para los Guerreros Guardián.

Todos tenían claro que este viaje duraría unos días pero, de todos modos, no había prisa. Como siempre cumplirían con su deber y no se desviarían ni un centímetro de sus obligaciones.



Una vez hecho esto, Aaryon se había dirigido a la cabaña de Roryk. Puede que este ya no fuera el comandante, pero seguía siendo un Guardián, y Aaryon había tenido la intención de tratarlo como tal.

Encontró la cabaña vacía, lo que al principio le sorprendió. ¿A dónde querría ir el antiguo líder? Desde luego, no a su Clan de origen, porque allí solo sería recibido con vergüenza y deshonra.

Por supuesto, no pensó más en ello, pues no echarían de menos a Roryk.

En los días siguientes, Aaryon y sus hermanos planearon la larga y esperada reconstrucción de su asentamiento. Solicitaron algunos obreros y se le encargó al único Guerrero que había mostrado su talento para los dibujos, que creara los diseños necesarios. Estos debían servir como patrones para los trabajadores que, con suerte, llegarían pronto.

También distribuyó las Piedras de Pyron, sintiéndose por dentro inmensamente orgulloso de su gente, ya que todos se quedaron solo con una parte de lo que les correspondía. El resto debía ser utilizado por Aaryon para llevar a cabo el trabajo en curso. No había que escatimar en nada, ya que durante tanto tiempo se habían tenido que conformar con lo mínimo.

Por supuesto, también había que seguir con las prácticas de entrenamiento diarias. Con o sin prohibiciones, todos los Guerreros Guardián debían estar en excelente forma.

También había una cosa que Aaryon no quería dejar de hacer. La estaca en la que él y sus hermanos habían sido azotados, la hizo arder en secreto una noche.

El resto carbonizado, que todavía humeaba levemente a la mañana siguiente, había sido desenterrado por sus hermanos y arrastrado entre fuertes burlas.

En un determinado momento, había llegado un mensajero y le había dado un mensaje de Lilly. Sintió una breve opresión en el pecho, temiendo que Cora se hubiera fugado o que hubiera sido víctima de un depredador.

Se apresuró a desenrollar el breve mensaje.

*Mi fiel amigo,*

*dentro de tres días habrá una competencia y  
el ganador reclamará a Cora como su pareja.*

*No dejes que ninguna regla tonta te detenga.*

*No te preocupes, Ryak está de acuerdo con esto.*

*Lilly*

La compañera de Ryak debió darse cuenta de cómo estaba él cuando había entregado a Cora. Pero por mucho que apreciara su apoyo, hasta que no tuviera las leyes a la mano, no había manera de que se apuntara como participante.

A partir de ese momento, la espera de las transcripciones de la casa del Gobernante se hizo interminable. Cada minuto se convertía en horas y su

impaciencia seguía creciendo. A esta preocupación se le sumaba la incertidumbre de no saber si Cora estaría dispuesta a vivir con él como su compañera y a darle una descendencia.

Finalmente, estaba tan irritado que había gritado a sus hermanos como un loco durante la práctica de espadas.

— Son unos incompetentes y unos vagos, maldición. Cualquier descendiente podría derrotarlos.

Mientras los Guerreros bajaban sus espadas y lo miraban perplejos, Mykos se retorció de risa y se sujetó el estómago. — ¡La presión en tus entrañas debe ser realmente descomunal para que te olvides de ti mismo de esa forma!

Aaryon le había dicho que, si la ley lo permitía, recuperaría a Cora. Ahora estaba un poco arrepentido realmente por haberle confesado sus pretensiones.

En medio de las risas cada vez más crecientes, las marcas de su pecho empezaron a parpadear furiosamente, y con un grito frustrado, había clavado su espada en el tronco del árbol más cercano.

En la víspera de la competencia estaba dispuesto a partirse el cráneo con un hacha. La luna roja, la cual había salido de forma fulgurante, parecía burlarse de él, recordándole los rizos ardientes de Cora.

Con la mirada perdida, casi no se había percatado que el joven Guerrero que había sido enviado, entró a su cabaña. Solo cuando el Guerrero se puso directamente frente a él, se levantó de un salto, sobresaltado, y al hacerlo estrelló su silla contra la pared.

— ¡No lo vas a creer! — había gritado el joven Guardián, al mismo tiempo que le arrebatava las transcripciones de las manos.

Uno a uno, los otros guardianes habían entrado, mientras él hojeaba página tras página de forma acelerada.

Al final, estaba claro, allí estaban escritas claramente, una tras otra, las obligaciones que debía cumplir un Guerrero Guardián. Iban desde la vigilancia de mujeres hasta el mantenimiento del orden en la casa de reuniones, y mantenerse junto al Gobernante en todo momento, incluso cuando éste convocara a las armas. También se mencionaba que no se les permitía tener contacto sexual con aquellas mujeres que estuvieran bajo su vigilancia y que debían reprimir sus impulsos naturales en público.

Aparte de eso, Aaryon no leyó ni una palabra respecto a las prohibiciones. Básicamente, nada estaba prohibido para ellos, siempre y cuando no interfiriera con su servicio.

Con ambos puños, había golpeado los papeles que yacían allí y se había reído. — Eso es todo, mis hermanos.

Apresuradamente, se había puesto la espada al hombro y les había gritado al mismo tiempo sin dejar de correr — ¡Ahora voy a buscar a mi compañera!

Y en este momento estaba aquí, demostrando a todos los presentes que él también tenía derecho a esta pelea.

Había buscado fervientemente en la mirada de Cora algún signo de alegría, pero solo había encontrado el horror ante su repentina aparición. Este mismo día, ella se convertiría en suya, y como a cualquier otro Guerrero Dragón, no debería importarle su actitud al respecto.

Adoptó una postura de combate y extendió su espada hacia su oponente con una mueca. Este hizo lo mismo, una maniobra habitual para indicar a su rival que no dudaba de su propia victoria.

Aaryon utilizó estos segundos para evaluar a su oponente. Ante él, se encontraba un verdadero gigante, que le superaba en altura. Llevaba la cabeza afeitada por los lados y el resto de su cabello blanco plateado estaba recogido en una gruesa trenza que le colgaba hasta la cintura. Definitivamente pertenecía a los clanes de las montañas nevadas. Estos Guerreros Dragón eran famosos por su gran fuerza, sin embargo, no tenían mucha resistencia y no estaban acostumbrados a las altas temperaturas de las tierras bajas.

Tenía que mantenerlo alejado de él, un solo golpe de ese puño mortífero podría mandarlo al suelo. Sin embargo, si prolongaba el combate, la ventaja

estaría de su parte.

Ryak dio la señal y se inició la competencia.

Como Aaryon había previsto, su oponente intentó derribarlo inmediatamente. Consiguió esquivar sus poderosos golpes una y otra vez, teniendo que parar solo ocasionalmente su espada. El tiempo pasó y el Guerrero se ralentizó. El sudor le caía por los ojos y le bajaba por el pecho, su respiración estaba acelerada. Solo unos minutos después, se puso rojo y se tambaleó. Soltó la espada y dobló la rodilla ante Aaryon. Sus alas seguían abiertas, señal de que reconocía la victoria de su oponente, pero que también lucharía hasta la muerte, si éste lo exigiera.

Aaryon le tendió la mano y lo levantó. — Una gran pelea, tuve suerte de que tus fuertes puños no me golpearan.

El hombre derrotado se limpió la frente y gruñó. — ¡Maldita sea, hace tanto calor como en la Cueva de las Llamas aquí! Probablemente la mujer habría muerto congelada con nosotros en las montañas. — Guiñó un ojo a Aaryon, le deseó éxito y abandonó la arena.

Sin pausa, los duelos continuaron y Aaryon consiguió ganar uno tras otro.

Él y todos los que seguían en la lucha empezaron a mostrar signos de agotamiento. Sin embargo, la competición no concluiría hasta que se determinara el ganador.

La noche sustituyó al día y se encendieron antorchas alrededor del campo de batalla. Los contendientes respiraron aliviados, el aire fresco les trajo algo de alivio y nuevos ánimos.

Tras dos combates más, se definieron los finalistas, él y un Guerrero llamado Rhys.

Su piel bronceada y sus piernas increíblemente robustas atestiguaban su pertenencia al Clan ecuestre de las áridas llanuras del centro del continente. Pasaban prácticamente la mitad de su vida montados sobre un caballo. Luchadores resistentes y de gran seriedad pero, de todos modos, Aaryon tenía claro que no iba a subirse al ruedo, precisamente con un loco entumecido como Roryk.

Este tal Rhys lo miró, y luego pronunció con desprecio. — Guerrero Guardián ¿eh? No deberías estar aquí.

Exactamente, él era un Guerrero Guardián, y precisamente por eso, no se le podía provocar a una acción irreflexiva con tales comentarios.

Sonrió cínicamente a Rhys. — Puedes montar a caballo, pero ¿y a una mujer?

El Guerrero se abalanzó sobre él, resoplando de rabia pero, tropezó y su espada se le escurrió de las manos. Rhys no estaba incapacitado, pero ahora la lucha sería totalmente con los puños y las alas.

Aaryon arrojó también su espada a un lado y apretó los puños. Se golpearon como Berserkers y Aaryon sentía como la parte superior de sus brazos se cansaban lentamente.

Una de sus cejas se le había abierto y sangraba profusamente, mientras que el ojo izquierdo de su oponente ya estaba completamente hinchado.

Las piernas de Rhys no se movían de su sitio, el Guerrero no se tambaleaba en lo más mínimo. De repente, Aaryon se dio cuenta, que sus piernas endurecidas por la equitación, mantendrían su cuerpo erguido durante horas. Podía golpearlo tan fuerte como quisiera, y el Guerrero no caería a menos que le arrancara la cabeza.

Por el rabillo del ojo, vio que Cora se levantó de un salto, se mordía los labios y observaba la pelea con los ojos muy abiertos. No podía saber si su expectación estaba dirigida a él o a ese miserable de Rhys.

Solo le quedaba una maniobra para ganar finalmente ventaja. Tenía que arreglárselas para poner a su oponente fuera de equilibrio.

Cuando Rhys se lanzó con un nuevo golpe directo a la barbilla, Aaryon se zafó de su puño. En un instante, se dobló y rodó por el suelo hasta llegar a la espalda de su adversario. Allí estampó el duro borde superior de su ala contra la parte trasera de su rodilla, agarrando a Rhys completamente desprevenido.



Sus piernas se flexionaron estrepitosamente y Aaryon aprovechó la situación, se levantó de un salto y le sujetó el cuello con un brazo.

Finalmente lo había tirado al suelo y adicionalmente rodeó el torso de Rhys con sus piernas.

Apretó tan fuerte que pensó que todos sus tendones y fibras musculares estaban a punto de romperse en un estallido.

— ¡No... te... sueltes! — se ordenó a sí mismo en su interior, mientras su corazón bombeaba toda la energía que le quedaba en sus brazos y piernas.

Rhys no estaba dispuesto a admitir todavía su derrota. Dobló las piernas y trató con todas sus fuerzas de impulsarse hacia arriba con Aaryon a cuestas.

Casi lo había conseguido pero, en ese momento, Aaryon recordó el implacable entrenamiento al que se había sometido. Sin importar lo que pasara, no lo soltaría. Todas esas horas bajo el sol abrasador le habían enseñado una cosa, siempre se puede aguantar un minuto más, aunque se esté convencido de lo contrario y se piense que el cerebro está a punto de fundirse.

Había borrado todo sonido y cualquier dolor, por mínimo que fuese. Con todas sus fuerzas se concentró en mantener a su adversario en el suelo.

Con Cora en su mente, Aaryon apretó las piernas, por última vez, con una fuerza despiadada y, con un claro chasquido, el húmero de su oponente se quebró, y éste aulló de dolor.

— Suficiente, suficiente. ¡Me rindo!

Respirando con fuerza, Aaryon soltó al hombre derrotado, se levantó y miró a su alrededor.

Todos quedaron paralizados como pilares de sal y entonces uno hizo un rugido inicial.

— ¡Aaryon es el vencedor! — Se oyeron silbidos de reconocimiento, aplaudieron y se batieron las alas con entusiasmo, pero sus ojos solo la buscaban a ella.

Inmóvil y pálida, permaneció de pie entre la multitud que la aclamaba, hasta que finalmente le hizo un gesto con la cabeza y se limpió las lágrimas de la cara. Una sonrisa tímida se dibujó alrededor de sus labios mientras se sentaba de nuevo.

Rhys, mientras tanto, se había levantado con dificultad y se sujetaba el brazo roto, que colgaba indefenso en su costado.

— Espero que nunca te enfrentes a mí como enemigo — admitió. — Ha sido un honor.

Luego soltó una pequeña carcajada. — Te presentaría mis respetos pero, como puedes ver, mi brazo derecho, aunque esté dispuesto, estará inutilizable durante un tiempo.

Aaryon solo podía pensar una cosa en ese momento. — ¡Está hecho!

Se despidió de Rhys con la cabeza y se acercó a Ryak para recibir su premio.

Lilly, la compañera de Ryak, apenas podía contener su emoción.

Ella dio un salto mientras aplaudía y exclamaba. — ¡Oh, estuviste increíble, casi se me para el corazón!

El líder del Clan estaba bastante tranquilo, a diferencia de ella. — Impresionante. Has sido un orgullo para tu Clan.

— Una cosa más — le amonestó lo suficientemente alto como para que los presentes lo oyeran.

— La ley exige que te aparees con tu pareja y produzcas una descendencia para tu Clan. Recuérdalo.

— Conozco la ley — confirmó Aaryon con voz firme.

Se puso delante de Cora, le rodeó el trasero con un brazo y la levantó. Ella chilló horrorizada cuando él se la echó al hombro y la llevó hasta su caballo en medio de griteríos, que ahora volvían a estar salpicados de comentarios ambiguos.

Aunque sentía que sus piernas estaban a punto de ceder por el cansancio —o tal vez era la felicidad exacerbada— la llevaría a su asentamiento esta noche.

No quería tener la oportunidad de volver a cruzarse con otro pretendiente al que ella podría haber preferido.

Cora ahora era toda suya, más le valía acostumbrarse a ello inmediatamente. La subió al lomo del caballo y estaba a punto de subirse a la silla de montar detrás de ella, cuando oyó la suave voz de Lilly, que vino corriendo a toda prisa.

Colocó una pequeña bolsa en la palma de su mano y cerró los dedos alrededor de ella.

— Necesitarás esto. — Luego le sonrió alegremente a Cora.

— Espero que te traiga suerte... Cora de la casa de Aaryon.

Los saludó una vez más y corrió hacia su compañero, que la esperaba un poco más allá, sonriendo.

Después de haber cabalgado un poco, Cora comenzó a deslizarse hacia adelante y hacia atrás, delante de él. Hasta ese momento, no había dicho ni una palabra, pero finalmente pareció haber encontrado su voz de nuevo.

— ¿Has venido solo por mí? — murmuró.

— Hmm. — Tarareó, a propósito, desinteresadamente.

Aaryon no pudo confesarle que, no había sido capaz de olvidarla. Esos sentimientos significaban debilidad, y él no le daría un arma para intimidarlo.

— Pero dijiste que no podías tomar una compañera — indagó más.

— Partí de suposiciones equivocadas. — De forma objetiva y sin mostrar sus sentimientos, respondió a su reproche.

— ¿Ahora quieres un hijo mío? — susurró Cora, casi inaudible.

— La ley lo exige. — Ignoró deliberadamente la verdadera pregunta que había detrás de sus palabras.

— Pero ¿qué pasa si no quiero tener un hijo? — Su voz se redujo a un suspiro y Aaryon sintió que estaba a punto de llorar.

— Tus deseos no importan.

Lloró en silencio, sin sollozos, ni mocos audibles. Pero los hombros de ella se estremecieron ligeramente contra su pecho y Aaryon se convenció finalmente de que ella no lo quería.

## Capítulo 10

Cora nunca había esperado que Aaryon se presentara para las competiciones. La había dejado sin palabras cuando se había puesto delante de ella.

Ella siguió cada uno de los duelos retorciéndose las manos y le hubiera gustado arrancarse el cabello del nerviosismo.

En la última pelea, su contención había desaparecido. Se levantó de un salto y estaba a punto de gritar vítores por toda la plaza.

Cuando Rhys seguía sin ceder, estuvo a punto de desmayarse. La sangre se había drenado de todas sus extremidades, y se había reunido alrededor de su corazón, comprimiéndolo en un pequeño bulto.

La fuerza casi sobrenatural que Aaryon había utilizado contra su oponente hizo el resto. Las venas de su cuello se habían hinchado como un dedo y sus músculos estaban tan tensos hasta el punto de ruptura.

Él había sido proclamado vencedor, pero ella aún estaba demasiado asustada para reaccionar con alegría. En esos últimos segundos de la pelea, lo único que ella podía pensar era en lo cruel que sería, si él no lo lograra, y su esperanza, brevemente recuperada, se esfumaría una vez más como una hoja seca en una tormenta.

Ahora ella estaba sentada frente a él encima del caballo y, sin embargo, vio defraudadas sus altas expectativas. Sin el más mínimo movimiento o, al menos, una palabra de entusiasmo, le indicó que había llegado a tal extremo por ella.

Quería una compañera y con ella una descendencia. Pero como ella se sentía, en ese momento, cualquier otra mujer también le habría parecido bien.

Su resistencia se agitó ¡Los hombres, son todos iguales! En el arenero peleaban de niños por un juguete y de grandes por una mujer. Una vez que obtienen su trofeo, pierden el interés en él y buscan la siguiente pelea.

Pero ¿por qué estaba tan molesta? Había conseguido lo que quería.

Estar con un compañero al que ella no le importaba para nada, era el precio de poder establecer su vida en Lykon. Solo se sumaba a la multitud de mujeres que habían hecho lo mismo antes que ella para sobrevivir.

Ella misma era la culpable de su situación. ¿Por qué tenía que sentirse tan atraída por él? En todos esos años en la Tierra, no había perdido su corazón por ningún hombre y ahora, de todos esos tiempos, se lo regalaba al pedrusco más insensible que el universo ha producido. ¡Maldición!

La perspectiva de tardar años en deshacerse de este estúpido enamoramiento la hizo llorar en silencio.

El viaje pareció eternizarse pero, finalmente llegaron al asentamiento de Aaryon, que Cora ya había elegido antes como su hogar adoptivo.

Él se detuvo frente a una cabaña a la que probablemente llamaba hogar. Era una choza tan ruínosa como aquella en la que había pasado su primera noche aquí.

Aaryon la condujo al interior y luego parecía no saber qué hacer con ella. Debía estar totalmente fatigado después de un largo día lleno de combates y del viaje de vuelta a casa.

— Puedes dormir en la cama. Yo... bueno... dormiré afuera en algún sitio.

Esperaba que se abalanzara inmediatamente sobre ella y engendrara su descendencia, aunque seguramente le llevaría varios intentos, porque difícilmente se podía esperar que el primer intento se viera inmediatamente coronado por el éxito.

¿La tomaría con tanta fuerza y pasión, como lo había hecho en la horquilla del aquel árbol? Inmediatamente sintió esa exigente pesadez en su abdomen y se regañó a sí misma por ser una tonta.

¡No, no lo haría! El acto sería puramente comercial y frío, simplemente para llegar a donde quería. Su primera unión había sido algo prohibido para él, por eso la había saboreado tanto. Pues, todos los niños saben que un melocotón robado sabe mejor que uno comprado.

Aaryon le dirigió una última mirada y salió de la cabaña con pasos pesados. Toda la excitación y todos los sentimientos encontrados ahora estaban haciendo tributo en Cora. Bostezó con ganas y se acurrucó en la cama de



Aaryon. Se enroscó como una bola y se apretó una de las pieles contra la cara.

Olía a bosque, a pura masculinidad, fresca y a la vez hogareña, olía a él y a hogar.

El aroma le proporcionó un sueño sorprendentemente agradable y vigorizante, y solo se despertó cuando el sol brilló a través de las grietas de la cabaña, haciéndole cosquillas en las pestañas con sus brillantes rayos.

Ella estaba recostada cómodamente, se frotó los ojos y se sentó. Aún vestida, se había arrojado sobre las pieles y arruinó el hermoso vestido de Lilly. Intentó suavizarlo, pues, en ese momento, no tenía otra cosa.

En ese preciso momento, la puerta de la cabaña se abrió de un tirón. La silueta de Aaryon ocupaba todo el encuadre, mientras permanecía indeciso, antes de acercarse finalmente a ella.

Sin saludarla, sin más preámbulos, le exclamó. — Ahora somos un verdadero Clan y yo soy el líder. Siguiendo la tradición, llevarás esto hasta que tu apareamiento haya terminado.

Le tendió la pequeña bolsa que Lilly había estado tan ansiosa por entregarle la noche anterior.

— ¿Qué es esto? — Cora le quitó la bolsa y escuchó un delicado tintineo.

No podía ser una prenda de vestir, parecía más bien una joya.

Con cuidado, quitó el contenido sobre su palma abierta. Una multitud de pequeñas cadenas increíblemente delicadas se vertieron en su mano.

Ella tomó uno entre el pulgar y el índice y lo levantó. Esta estructura constaba de dos partes, solo que ¿para qué servía?

— Este es tu Shiro. A partir de hoy, no irás a ninguna parte sin él.

Aaryon extendió su mano.

— Dámelo. Te ayudaré a ponértelo. Pero primero... ¡Quítate el vestido! — le exigió.

— ¿Qué, ahora? — La cara de Cora se puso muy caliente y sintió como surgía el pánico dentro de ella.

— ¡Pero si es pleno día y yo...!

Aaryon arqueó las cejas y la miró con severidad. — ¡Obedece, mujer!

Cuando él dio un paso amenazante hacia ella, se quitó apresuradamente el vestido y lo dobló lenta y cuidadosamente. De este modo, ganó un poco más de tiempo para calmar sus temblorosos nervios.

Había llegado el momento. Ella abriría sus piernas para él, recibiendo ansiosamente cada una de sus embestidas, mientras él solo se esforzaría por llegar al orgasmo lo más rápido posible, para plantar su semilla dentro de ella.

Pero no ocurrió nada de eso. Aaryon se colocó detrás de ella y le ajustó una de las piezas al cuello. Con la otra rodeó sus caderas y enganchó el brillante

cierre.

Para su asombro, él apoyó brevemente su frente en la nuca de ella, haciéndole sentir su aliento agitado rozando su piel desnuda. Con las manos aún en la cintura de ella, apretó su palpitante miembro contra su trasero y murmuró algo ininteligible.

Su corazón retumbaba como un mazo contra sus costillas. En donde sus labios se movían suavemente, la piel de ella hormigueaba. Involuntariamente, ella comenzó a frotar su trasero contra él y, en ese instante, él se puso rígido.

Dejó caer sus manos y le dio la vuelta.

— Como te estaba diciendo. Llevarás el Shiro a partir de hoy. Demuestra que eres mía y solo mía.

Aaryon retrocedió unos pasos, dándole la oportunidad de mirarse a sí misma.

Cadenas y cadenas colgaban en un arco sobre sus pechos. Entre cada eslabón de plata brillaba una piedra verde del color de sus ojos. Esto se repitió sobre su pubis y sus nalgas.

Cada movimiento silencioso desencadenaba un timbre melódico que anunciaba a todos el destino del Shiro, la alegre noticia de que se esperaba una descendencia.

Sin duda, esta obra de arte demostraba la maestría de un talentoso artesano. Pero apenas podría salir por la puerta así. Un giro equivocado y sus grandes pechos estarían a la vista de todos. La forma en que las piedrecitas se burlaban de sus pezones, en este momento, hizo que sobresalieran con fuerza entre las cadenas.

— Hay que reconocer que es precioso, pero no puedo salir afuera así — le regañó en voz baja.

— No pretenderás que me deje mirar por todo el mundo ¿verdad? — añadió ahora, más desafiante.

— Nadie se atreverá a mirarte así. Ese es el propósito de un Shiro. — Aaryon no parecía compartir de ninguna forma su preocupación.

Un poco más complaciente, añadió. — El Shiro evitará que todos quieran montarte. Sin él, estás desprotegida y a disposición de todos.

Evidentemente, confiaba mucho en el efecto de unas cadenas. A ella, en cambio, le parecía un poco ilógico. Como ofrecer un filete a un hombre hambriento, y luego prohibirle que se lo coma.

— ¡Como quieras! — refunfuñó finalmente.

Ya vería luego, lo que conseguiría dejándola que paseara afuera medio desnuda.

Resopló, como si no necesitara su consentimiento.

Después de que la dejara sola nuevamente, se le ocurrió que si uno de los Guerreros se aprovechaba de ella, no sería él quien sufriría el daño, sino ella.

Era realmente enloquecedor, porque cuando él estaba cerca de ella o la tocaba, no podía pensar con claridad.

Por el momento, se limitaría a confiar en su palabra, finalmente ¿qué otra opción tenía?

Decidida a mirar hacia adelante y comenzar su jornada de trabajo, sea cual fuere, salió de la cabaña.

Su entusiasmo terminó ahí, porque ahora realmente no sabía qué hacer.

No le interesaba participar en el entrenamiento de armas en curso, que su compañero vigilaba con ojos de lince.

Tal vez debería limpiar la cabaña, pero qué pasaría si Aaryon no lo aceptara.

Estaba a punto de volver cuando alguien le dio un empujón en el brazo. Sus ojos se posaron en una mujer joven y de buen aspecto, que movía sus ojos grandes con expectación.

— ¿Eres Cora? — preguntó con una voz que halagaba sus oídos como una suave brisa de verano.

Cora asintió y tomó de la mujer, aún sonriente, un cesto lleno hasta el borde de pequeños manojos de hierbas.

— Soy Derys. Lilly me envió para enseñarte las hierbas locales. — Al oírlo, se mostró un poco escéptica, como si se preguntara por qué alguien se interesaría por sus conocimientos.

— ¡Oh, perfecto! — Su exclamación hizo que Derys sonriera aún más, ahora que tenía la confirmación de que no era un error.

— ¿Por qué no entras? Me alegro mucho de que quieras compartir tus conocimientos conmigo.

Cora la condujo al interior de la cabaña. Se sintió un poco avergonzada porque podía ofrecer a Derys solo una de esas sillas desvencijadas, pero a ella no pareció importarle en absoluto.

Derys tomó asiento y cruzó las manos amablemente en su regazo. Luego se sonrojó y preguntó. — Sinceramente, me sorprendió que la compañera de un líder de Clan se interesara por mis conocimientos.

— ¿Por qué? — Cora no podía imaginarse que no hubiera una sola herbolaria entre las mujeres de los clanes.

— ¡Bueno, eso es sencillo! Lo que puedo enseñarte solo ayudará a los de mi pueblo en el continente vecino. No tendrá ningún efecto sobre los Guerreros Dragón, después de todo, no somos de la misma especie.

— Ah, entiendo. — Pero a ella no le importaba, porque ella seguía queriendo aprender todo lo que pudiera.

Si ella había oído bien, esperaban a muchos trabajadores en el asentamiento y posiblemente alguno necesitaría su ayuda.

Derys se inclinó hacia ella y le susurró en tono de conspiración. — He oído decir que los Guerreros Dragón y los habitantes de mi continente comparten ancestros comunes. ¿Lo puedes creer?

Ante esto, puso los ojos en blanco y soltó una risita nerviosa, como si le hubiera confiado un secreto de suma importancia.

¿Y qué si lo hago? — murmuró Cora despreocupadamente, porque no veía nada dramático en ello.

— ¿Y qué? — A Derys casi se le salen los ojos de la cabeza. — Sabes, eso podría significar la guerra.

— ¿Guerra? ¿No estás exagerando un poco? — Cora sacudió la cabeza.

Entonces, de todos modos, preguntó por la razón del sombrío temor de Derys.

— Muchos no lo aceptarían. Los Guerreros Dragón y mi gente... bueno, ambos bandos están convencidos de su absoluta singularidad, y tal afirmación, podría ser interpretada por algunos, como un intento de cuestionamiento sobre sus respectivas creencias. Aunque eso fuera verdad.

Cora podía entender muy bien este argumento. La fe siempre ha estado muy arraigada en las personas y ha dividido no solo a las familias, sino a regiones enteras. ¿Cuántas personas en la Tierra han perdido la vida por

rechazar tal o cual fe? Solo esperaba que Derys no estuviera bien informada y que solamente estuviera trasmitiendo chismes que había recogido en una esquina.

— Pero tú y yo... no estamos en guerra entre nosotras ¿verdad? — Le guiñó un ojo a la joven para animarla.

Levantó un ramo de flores secas amarillas. — Entonces ¿para qué sirve ésto?

Derys se rio mucho hasta que se le salieron las lágrimas. — ¡Realmente no necesitas eso! — Le hizo tanta gracia que se atragantó varias veces al hablar. Luego, todavía riendo, explicó. — Eso es para mejorar la virilidad. Una flor en la comida de un hombre, y dormir ya no será una opción para ti, mujer.

Tomó el ramo de Cora y lo devolvió a la cesta.

— Los Guerreros Guardián realmente no necesitan ésto. Debería saberlo, porque después de todo... — Se tapó la boca con la mano y empezó a tartamudear. — No sé nada. Solo estoy balbuceando. Yo... yo...

Cora no pudo evitar sonreír. La bella Derys probablemente había tenido una experiencia similar a la suya. Lo que significaba que Aaryon no había sido el único en transgredir un mandamiento, que obviamente ya no se aplicaba.

Puso una mano en el antebrazo de Derys y le dio un suave apretón. La joven estaba completamente fuera de sí y boqueando como un pez fuera del agua.



— No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. Entonces ¿puede que no hayas venido solamente para darme lecciones de herbología?

Bajo sus pestañas caídas, Derys la miró con recelo. — Pensé que, tal vez, si pudiera hablar con él, ya que el líder del Clan ahora tiene una compañera, entonces... bueno, no sé.

— Desde luego, no me interpondré en tu camino — le aseguró Cora.

Sentada ante ella con las mejillas sonrojadas, parecía estar muy enamorada. Le dolió en el alma, pero Derys tenía que darse cuenta, por sí misma, de que no había encontrado lo que buscaba en un Guerrero Dragón. En su condición, no le creería ni una palabra a Cora.

Cuando volvieron a hablar de las hierbas, Cora apenas pudo ocultar su admiración por los amplios conocimientos de Derys. Por cada manojo, le describió dónde podía encontrar las hierbas, cuándo era mejor recogerlas, cómo usarlas y a qué dosis produciría el efecto deseado.

A última hora de la tarde, la cabeza le zumbaba por toda la información que Derys le había proporcionado. Además, incluso había sacado unos deliciosos pasteles de su cesta, y Cora estaba profundamente agradecida por no haber tenido que pasar el día en un aburrimiento sin sentido.

Después de que Derys se despidiera, volvió a repasar todo lo que recordaba. Necesitaba desesperadamente algo en que escribir, porque era simplemente imposible recordar todos los detalles en su mente.

Mientras golpeaba con el dedo los distintos manojos, recitando cómo funcionaba cada uno, Aaryon entró en silencio.

Sin decir una palabra, se sentó en la silla ahora vacía y se frotó la frente. La herida de la ceja, que había sufrido durante las competencias, volvió a abrirse de nuevo y sangraba profusamente.

Disgustado, frunció el ceño al ver la sangre en el dorso de su mano.

Cora tuvo una idea. Probaría en Aaryon las hojas para la curación de heridas que Derys le había descrito.

Derys también le había afirmado que las hojas machacadas harían efecto en minutos, pero le había dejado claro, en repetidas ocasiones, que nada de eso funcionaría en un Guerrero Dragón. Pero, después de todo, no había nada malo con intentarlo.

Se levantó de un salto y, sin pensarlo más, puso un ligero tono de mando.

— ¡Siéntate aquí y no te muevas!

Limpio la herida con un paño húmedo y luego frotó una de las hojas alargadas de color verde menta entre sus manos. A continuación, espolvoreó las migas de hoja en la hendidura abierta.

— ¿Qué pretendes, mujer? — refunfuñó Aaryon, tratando de agarrar su ceja.

Le dio un golpecito en los dedos. — ¡Quédate quieto, he dicho!

Sus ojos se abrieron de par en par, ya que con cada segundo que pasaba, la hemorragia se hacía más lenta, a medida que las migas de las hojas hacían

espuma, silbando suavemente. Poco a poco, los bordes de la herida se fueron tensando hasta que solo quedó una línea apenas perceptible y un ligero enrojecimiento.

— ¡No puedo creerlo! — gritó ella, y apretó un sonoro beso en los labios de Aaryon, que respondió con un resoplido de desconcierto.

## Capítulo 11

A Aaryon le había parecido bastante inapropiado, que su ceja estropeada fuera motivo de alegría de su compañera. Entonces ¿cantaría también una eufórica canción de júbilo ante la herida de un corte de espada?

Estaba tan molesto por eso que solo después, se había percatado, que la herida ya no le dolía, como si alguien estuviese hurgando en ella.

Cuando juntó las cejas tímidamente, sintió como si todo hubiera sanado. Con mucho cuidado, pasó la punta del dedo índice por el sitio y solo sintió un abultamiento apenas perceptible.

— ¿Qué has hecho? ¿Cómo? — Curioso por su explicación, miró los ojos brillantes de Cora, que resplandecían de alegría por su éxito curativo.

Durante todo el día, había estado ocupado distrayéndose de la idea de que la realización de todos sus deseos la esperaba en la cabaña. Ahora estaba allí, todo lo que tenía que hacer era tomarla.

Con toda su fuerza de voluntad barrió ese deseo. ¿Qué clase de compañero sería si copulara con ella en su gastado colchón? Que para colmo, ni siquiera era lo suficientemente grande como para entregarse a un prolongado acto amoroso.

Era imprescindible que ella se entregara a él llena de deseo, de lo contrario, no se produciría la fecundación. Como Cora no le había dado la impresión de que estuviese deseando tener una descendencia, él tenía que excitarla tanto, antes de depositar su semen en ella, que olvidó todo lo demás en el proceso. La sola idea de que lo haría con ella, hizo que su hombría se hinchara dolorosamente.

Cora le había dado la explicación sobre la rápida desaparición de su herida, pero él solamente había mirado sus labios y obviando completamente lo que ella estaba diciendo.

— ¿Me has escuchado? — preguntó ahora su compañera, ladeando la cabeza.

— Um, la verdad, no, es que estaba repasando de nuevo en mi mente los materiales de construcción que estoy esperando. — Los carros, fuertemente cargados, habían llegado esta mañana, pero su carga estaba almacenada en el otro extremo del asentamiento.

Aaryon se felicitó a sí mismo en silencio por su hábil excusa. Probablemente la habría impactado profundamente si le hubiera descrito las delicias que planeaba para ella.

— Ahora, te escucho. — le prestó toda su atención, ya que estaba realmente interesado en cómo había cerrado la herida.

Los Guerreros Dragón se curan rápidamente, pero acelerar este proceso aún más, en algunas circunstancias, podría ser muy beneficioso.

— Te dije que usé la hierba que trajo Derys. Supongo que sabes quién es ¿verdad?

Aaryon asintió brevemente. La pequeña mujer se había puesto en contacto con él y le había entregado la carta de recomendación de Lilly. Aunque pensaba que toda la historia de las hierbas era una completa tontería, no había querido negarle a su compañera este pasatiempo.

Sin embargo, era evidente que el pasatiempo de Cora era mucho más importante de lo que él esperaba.

— ¿Te das cuenta de lo que esto significa? — exclamó ella, agitando las manos con entusiasmo delante de su cara.

— Derys me había dicho que nada de esto funcionaría con los Guerreros Dragón, pero ahora ¡Mírate!

Luego se tranquilizó y continuó con más calma. — Sus vecinos y ustedes tienen más en común de lo que parece.

Aaryon golpeó con su puño la mesa con tanta fuerza, que ésta salió volando por el aire en el lado opuesto.

— Mujer, solo voy a decir esto una vez. ¡Guarda para ti esas afirmaciones!

Cora dio un pequeño salto hacia atrás, asustada, pero luego entrecerró los ojos y siseó. — ¿Qué? ¿También eres uno de esos fanáticos que rechaza de

plano cualquier conocimiento nuevo?

En ese momento, se dio cuenta, que después de todo lo que le había pasado a su Clan, debería ser más abierto de mente. Al fin y al cabo, muchos clanes no se habían opuesto a pagar a los Guerreros Guardián, ni él había sido rechazado por su pueblo a causa de su pasado. Además —y esto ciertamente había provocado la resistencia de muchos Guerreros al principio— se le permitió a él y a los suyos elegir una pareja, en contra de las tradiciones convencionales.

— No, no es eso — le admitió, ahora. — Pero no te das cuenta de las consecuencias que podría tener, si ese hecho se difunde de manera descuidada.

— Una palabra llevaría a otra y los ánimos de los miembros del Clan se calentarían rápidamente. Se volverían unos contra otros, como es nuestra costumbre. Esto podría convertirse en una conflagración que se extendería por todo nuestro continente.

Cora se sentó en ese momento en su silla, puso los codos en la mesa y apoyó la barbilla sobre sus manos.

— Hmm, creo que tienes razón. El cambio lleva tiempo, no se puede imponer así una nueva mentalidad a la gente.

Aaryon suspiró. — Esperemos que no se llegue a eso. Nuestro Gobernante Hakon debería tomar entonces una posición firme, y si la guerra estalla,

seríamos convocados a su lado.

La idea de tener que actuar contra los suyos, justificada o no, le hacía sentir casi espiritualmente incómodo.

Y algo más se le pasó por la cabeza, era bastante comfortable compartir sus ideas, aunque no fueran enriquecedores, con su compañera.

Cora parecía disfrutar también de su compañía, pues le sonrió y sacó un tema totalmente distinto.

— Por cierto ¿qué pasará con el semental? Sé que tienes muchas cosas en la cabeza, pero ¿sigues pensando en dedicarte a la cría de caballos?

Aaryon sonrió, su compañera tenía obviamente una excelente memoria.

Él le había hablado de esta ilusión, pero no esperaba que lo recordara. — Créeme, me encantaría. Pero es que los caballos lykonianos no aceptan a nuestro amigo alado como uno de los suyos. Entonces ¿cómo cumpliría con su deber como semental si las yeguas lo rechazan?

Le dirigió una mirada escrutadora, ya que su relato, también describía su propia situación con gran detalle.

La insinuación parecía haber sido recibida. Sus mejillas comenzaron a relucir y tragó saliva varias veces.

Jugó con las cadenas de su Shiro y le sonrió con picardía.

— Sabes, si me lo permites, todo saldrá bien. — Ella hizo una pausa y le miró expectante a los ojos.



Aaryon simplemente no entendió lo que ella estaba tratando de expresar.

— Permitir... ¿qué?

— Lo que quiero decir es que, si realmente quieres hacer ésto, tráeme una yegua y le presentaré al semental.

Aaryon arqueó una ceja. Ella parecía verdaderamente convencida de que podía hacer realidad su pretensión.

— Confía en mí — ella continuó.

— He estado practicando esto con Rolon. Conoces al Wyr de Ryak ¿verdad? No escucha a nadie, más que a sus amos y, sin embargo, he conseguido que abandone algunos de sus malos hábitos.

— ¿Lo convenciste de no hacerlo?

Cora parpadeó con fuerza ante su pregunta.

— Sí, no sé cómo funciona. Pero si me concentro en el animal y le hablo, entiende exactamente lo que quiero.

Aaryon se frotó la nuca. Si su compañera poseía este don, solo añadiría otro toque a su seductora singularidad. De repente, ella le había parecido como un collar de gemas engarzadas, en el que constantemente descubría una nueva. ¡Si tan solo le pusiera esa joya alrededor el cuello!

— Está bien, no está de más intentarlo — decidió.

Él extendió la mano. — Debes tener hambre. Vamos a comer algo.

Ella le devolvió el pequeño gesto de afecto de forma dubitativa, y solo después de que él bajara la cabeza que había puesto de forma demandante, puso su pequeña mano en la de él.

Junto a la cocina comunal, los Guerreros Guardián estaban sentados charlando, sirviéndose su cena. No era diferente a todas las comidas anteriores, raíces de Faroq demasiado cocidas, con la carne todavía cruda por dentro o ya quemada por fuera, y a veces incluso ambas cosas.

Puede que sus hermanos tuvieran muchas habilidades destacadas, pero la cocina no era una de ellas. Siempre había alguien que se apiadaba de ellos y les preparaba la comida, pero aun así, tenían que ocuparse de esa condición tan miserable.

Cuando tomó asiento en el extremo largo de la mesa, todas las cabezas voltearon hacia su compañera y eso no le gustó para nada. Amenazante, frunció el ceño, pero eso no había sido necesario, ya que todos tenían los ojos puestos solo en sus platos, que los había llenado.

Salvo uno, el joven Guerrero que llevaba la comida a su boca, este mantenía la mirada fija en Derys, que estaba sentada en otra mesa con la cabeza agachada.

Aaryon sonrió, pues, de repente, le vino una idea a la cabeza. Ya no se permitía secuestrar a las mujeres de sus vecinos, pero si la bella Derys decidía quedarse voluntariamente, seguramente no habría nada malo en ello.

Y a juzgar por su tímida expresión, podía deducir claramente que debía ser ella, con la que el joven Guerrero, había confesado su unión.

Sus deberes como líder del Clan no incluían ciertamente la búsqueda de pareja, pero sí la contratación de una cocinera decente.

— ¡Entonces, Derys! — La joven se sobresaltó tan violentamente que se levantó de un salto y tiró su plato de la mesa en forma de arco.

— ¿Sabes cocinar? — Sus rizos castaños cayeron sobre su rostro mientras se ponía muy roja y asentía.

— Si quieres, la cocina es tuya, te pagaríamos como es debido. ¿Qué dices? Derys estrujó los pliegues de su vestido entre las manos, pero respondió. — Sí, me gustaría.

Ante esto, ella envió una pequeña sonrisa al joven Guardián, que se quedó con la boca abierta, agarrando su cuchara con una mano hasta que ésta se rompió.

Mientras sus hermanos celebraban burlonamente la incorporación de Derys, éste sintió la mano de Cora en su antebrazo.

— No tenía ni idea de que pudieras ser tan astuto, mi compañero. — Le sonrió con un guiño.

Ella pudo haberle llamado bufón, pero lo único que había escuchado eran las dos palabras más significativas de todas, *mi compañero*.

De repente, la dura carne se deshizo en su boca como el más tierno de los asados y esperó que sus hermanos no lo vieran sonreír estúpidamente para sí mismo.

Cuando el crepúsculo se posó sobre el asentamiento, Cora se despidió de ellos y desapareció apresuradamente en la cabaña.

Miró por un momento la puerta cerrada, que parecía alzarse ante él como un muro de roca. El pequeño momento en el que ella había aceptado su destino, se había ido tan rápido como había aparecido.

Detrás de la cabaña, Aaryon se tumbó en la hierba y cruzó los brazos bajo la cabeza. Masticó una brizna de hierba. Tal vez, ahora, no podía estar con ella, pero al menos, se aseguraría de que durmiera a salvo.

\*\*\*

Día tras día, las viviendas fueron tomando forma. Los Guerreros Guardián, que no tenían trabajo que hacer, participaban en el trabajo pesado sin refunfuñar. Acarreaban las pesadas piedras y levantaban los postes, sobre los que se colocarían los troncos ahuecados que llevarían el agua del arroyo al asentamiento.

Aaryon estaba muy satisfecho con el progreso, y observaba cada pequeño detalle con ojo aguzado.

Hoy finalmente había llegado el herrero que haría los dragones para las entradas de las casas.

El edificio redondo para la casa de reuniones también estaba listo. Sin embargo, el herrero tardaría semanas en fabricar el Dragón gigante que eventualmente cubriría el edificio.

Bajo un techo levantado de forma improvisada, otros obreros trabajaban en la fabricación de mesas, sillas y armarios.

Su pequeño asentamiento era como una colmena de abejas pero, por encima de todo, estaba la alegría y, ante todo, el orgullo de construir un hogar para un Clan ya genuino que pudiera resistir la prueba del tiempo.

Cora y Derys cultivaron un jardín de hierbas y, plantaron flores y arbustos que, previamente habían desenterraron en el bosque, charlando en cada minuto libre.

Además, Aaryon había encargado la preparación de una casa de baños para las mujeres. Por el momento, solo estaba Cora, pero seguramente más guardianes elegirían una compañera. Desde ese punto de vista, la casa con sus distintos estanques era una necesidad absoluta, ningún Guerrero Dragón que se precie, enviaría a su pareja a bañarse en un arroyo.

Con los brazos cruzados, y las piernas abiertas se colocó en medio del alboroto. Habían logrado mucho en tan poco tiempo. Entonces, quizás ¿era demasiado pedir un poco más?

Su pueblo no lo había cuestionado cuando dispuso más pasturas con cercas. Además, se había construido un establo para caballos. Los obreros se mostraron un poco desconcertados cuando les pidió que las casetas fueran tres veces más anchas de lo habitual, pero finalmente terminaron ejecutando sus ideas.

Ahora dependía totalmente de su compañera que el negro alado retozara con sus yeguas en el nuevo prado. También esperaba que el semental pudiera verdaderamente transmitir sus alas a sus potros.

La descendencia de los Guerreros Dragón solo heredaba los rasgos de su padre, posiblemente el semental lo conseguiría del mismo modo.

Aaryon resopló. Finalmente si no se arriesgaba con la yegua y se queda ahí cavilando, nunca lo sabría.

Había adquirido una yegua a su altura por unas cuantas Piedras de Pyron en el asentamiento vecino. El Guerrero que la había ofrecido a la venta, le había señalado varias veces, que se trataba de la yegua más terca de todo Lykon, pero también la más fuerte.

Tras llevarla al asentamiento, causó bastante asombro y todos querían saber, qué pensaba hacer con el obstinado animal. Aaryon solo se había encogido de hombros, mientras Mykos se había burlado de él con una carcajada, una mujer obstinada seguramente no le serviría.

Mykos había recibido entonces un fuerte puñetazo en la boca del estómago y todos habían emprendido una rápida huida. Aaryon era un Guerrero Guardián como ellos, pero también era el jefe del Clan, ante él, era mejor abstenerse de hacer bromas estúpidas, eso lo había dejado claro, aunque Mykos desgraciadamente había dado en el clavo.

Pero, si Cora cumpliera con su palabra, seguirían burlándose de él.

Cogió las riendas y se dirigió junto Cora, que estaba preparando una de sus infusiones con Derys en la cocina.

Sus rizos rojos se ondulaban humedecidos frente a su cara mientras removía la olla humeante y olfateaba el brebaje. Hasta ahora, las dos mujeres solo habían tenido que demostrar sus habilidades con los obreros lykonianos, curando numerosos cortes, magulladuras y dolores de cabeza, causados por el trabajo en el calor del mediodía.

Cora se había tomado muy en serio su conversación y no había ofrecido su ayuda en el cuidado de las heridas a ninguno de los Guerreros Guardián.

Aaryon le tocó el codo y le tendió las riendas sin decir una palabra. Como tantas veces últimamente, se limitó a asentir, como si pudiera leer su mente.

Después de que Derys le asegurara que se encargaría de que su brebaje no se desbordara, Cora salió con él de la acalorada cocina.

Como si supiera que algo pasaba, la yegua corcoveó, al principio, pero se calmó rápidamente luego de que Cora le susurrara unas palabras.

Se dirigieron al claro donde se habían encontrado por primera vez.

Desde la distancia, ya fue saludada por los relinchos excitados de su amigo alado, que se acercó inmediatamente trotando. Al verle, la yegua empezó a tirar violentamente de las riendas. Sus ojos abiertos de par en par y sus esfuerzos por alejarse del semental demostraron que tenía miedo y quería huir instintivamente.

Aaryon hizo todo lo posible por sujetar al caballo todo alborotado y se apoyó con ambas piernas firmemente en el suelo del bosque. Aunque no duraría mucho.

Cora se acercó sin miedo a la yegua y la sujetó por el ronzal, en un momento, en el que ésta no estaba sobre sus patas traseras.

Aaryon apenas quiso creer que el caballo se detuviera repentinamente y apuntara sus orejas hacia adelante con atención.

Cora apoyó su frente en la de la yegua y le habló brevemente. Entonces le quitó el ronzal, le acarició el cuello amistosamente y le gritó. —¡Ahora corre hacia él!

Al principio, la yegua puso una pezuña delante de la otra con cautela, pero cuando el semental negro agitó ligeramente sus alas, se lanzó hacia él como si fuera un amigo perdido desde hace mucho tiempo.

— Vamos a darles un poco de tiempo para que se conozcan — susurró con una sonrisa.



Aaryon sonrió con ironía. Su casa estaba terminada y el tiempo para conocerse había terminado, al menos, para Cora. Él tenía que engendrar su descendencia, aunque ella todavía no estuviese preparada.

## Capítulo 12

Para Cora, los últimos días habían pasado volando. Había constantes heridas que atender, Derys seguía instruyéndola en cuanto a las plantas medicinales lykonianas y, por supuesto, amueblaba la nueva casa de Aaryon a su gusto.

Al principio se había quedado un poco abandonada entre sus futuras cuatro paredes, que Aaryon le había presentado con orgullo.

A ella le gustaba como estaba construida y si fuera su casa, sabría exactamente cómo convertirla en un verdadero hogar.

Al parecer, su compañero se había dado cuenta de su vacilación, entonces puso un brazo sobre su hombro y bajó la cabeza hasta su oído.

— La casa es el dominio de la mujer. Dependerá exclusivamente de ti cómo se verá finalmente.

A partir de ese momento, él solo se había asomado de vez en cuando para observar sus progresos. No lo mencionó pero, Cora había reconocido, por su ceño fruncido, que él se había percatado, de que ella había pospuesto la preparación del dormitorio hasta el final.

Entonces, una mañana, aparecieron los trabajadores lykonianos y empezaron a levantar la enorme cabecera de madera para su cama. Le hubiera gustado

ahuyentarlos, pero eso probablemente acabaría con la paciencia de Aaryon para siempre.

Sin embargo, había una cosa que no podía negar. Su compañero no era simplemente el más fuerte y capaz de los Guerreros Guardián, sino que era un líder nato. Sus instrucciones eran siempre claras y precisas, y durante todo el día seguía con atención la evolución de todo el trabajo. Y cada tanto, no perdía la oportunidad de ayudar él mismo.

Su gente lo trataba con respeto amistoso, bromeaban con él y le expresaban su satisfacción por la nueva vida que ahora llevaban.

Sencillamente no pudo evitar añadir una profunda admiración a sus confusos sentimientos por Aaryon. En el fondo, nada había cambiado, lo deseaba tanto que casi le dolía. Excepto que ella quería todo de él, no solo su cuerpo y el placer que le daría. El vástago sería un hijo en común con él. La idea de proporcionarle el recipiente para su heredero la hacía sentir como un mal necesario.

Pero, al menos, le había demostrado que había algo más en ella, a parte de su capacidad para tener una descendencia. Solo esperaba que Aaryon también lo apreciara.

Observó cómo los dos caballos retozaban por el claro y sonrió, aunque sintió ganas de llorar. ¡Si tan solo fueran suficientes unas pocas palabras con su compañero, para hacerle saber lo que realmente deseaba!

Luego sintió que la rodeaba con sus brazos y la acercaba.

Un tono suave y desconocido rodeó sus siguientes palabras. — Es maravilloso observar esto. — Luego la hizo girar por los hombros y le clavó la mirada en los ojos.

— Eres maravillosa. — Sus labios temblaron ligeramente, como si le hubiera costado un gran esfuerzo revelar una mínima parte de lo que sentía.

En un instante, sus labios estaban sobre los de ella, y empujó su lengua hambrienta dentro de su boca.

Le arqueó el torso hacia atrás y le trazó una pista de besos ardientes por el cuello. Sintió que su cuerpo se apretaba voluntariamente contra sus labios, aunque su mente le decía lo contrario.

Su respiración se aceleró con cada beso y en un momento dado, cuando ella pensó que cada lugar que tocaba ardía, él murmuró con excitación. — ¡No puedo esperar!

Este era el momento que ella había temido y a la vez anhelado. Tras una última sugestión, golpeó con sus puños los hombros de él para expresar su resistencia.

— ¡No quiero, suéltame! — gritó desesperada, aunque ya podía sentir la reveladora humedad entre sus piernas.

Aaryon la sujetó de las muñecas con una mano y con la otra le quitó el Shiro sin miramientos.

Con avidez, miró sus pezones erectos y curvó los labios. Luego puso la mano extendida sobre su vientre y la dejó deslizar hacia abajo hasta que sus dedos se sumergieron entre los pliegues de su feminidad.

Él la acercó aún más, acariciando brevemente su punto más sensible, murmurando. — Es demasiado tarde para huir.

Se sintió atrapada y su resistencia flaqueó, cuando él le acarició triunfante con sus ojos brillantes. — Me deseas y no importa lo que digas o hagas, tu cuerpo habla un lenguaje diferente.

Con eso, se hundió en la suave hierba y tirando de ella sin piedad. Cada una de sus palabras hacía que el deseo corriera aún más por sus venas. Su profunda voz vibraba en su piel, avivando tanto su anhelo, como sus dedos lo habían hecho hace un momento.

Le estiró los brazos por encima de la cabeza y le chupó los pezones hasta que finalmente no quedó otra salida más que rendirse a su lujuria, que ahogaba cualquier otro pensamiento.

Creyó que estaba a punto de estallar, si él no la besaba pronto donde su lujuria palpitaba ferozmente.

Aaryon estaba ahora arrodillado entre sus piernas. Gimiendo, levantó la pelvis, esperando que su lengua calmara su insoportable tormento. Pero, en lugar de eso, continuó acariciando sus pechos con los dedos y lamiendo cada centímetro de su vientre.

Tomó uno de sus muslos y con pequeños mordiscos jugueteó con la parte interna desde su rodilla hasta su pubis, esperando ansiosamente su liberación.

Todo su cuerpo se retorció y tenía espasmos mientras esperaba el tacto prometedor. Aaryon, mientras tanto, repitió su juego ardiente en su otro muslo.

Una ligera brisa rozó su cuerpo, y ella esperaba que enfriara sus acaloradas terminaciones nerviosas. Pero, en cambio, aquella delicada brisa le punteó la piel, como un hábil músico que puntea las cuerdas de su violín, haciendo que todo su cuerpo, de repente, pareciera zumbar.

Inmediatamente después, esa sensación aumentó hasta convertirse en un frenesí, cuando la boca de Aaryon se acercó finalmente a su crispada feminidad. La tocó brevemente con su lengua y luego se detuvo.

Ella levantó la cabeza y miró sus ojos llenos de deseo, que él dirigía de manera alternada entre su cara y su entrepierna. Cada mirada acariciaba su clítoris y llevaba su locura hasta alturas inimaginables.

Involuntariamente su mano se deslizó hacia abajo. No pudo aguantar más y tenía que poner fin a esa agonía insatisfecha.

Aaryon rodeó suavemente su muñeca y ella sintió que su mente se separaba de su cuerpo, mientras él soplaba suavemente sobre su clítoris.

— Esta vez, yo pondré las reglas, mi amor.

Y finalmente, hizo lo que ella tanto ansiaba. Con su lengua exploró cada pliegue, y lamió las gotas de placer de su pubis. Acarició su punto más lujurioso, a veces con suavidad, y a veces con fuerza. Se zambulló en su vagina demasiado preparada y la hizo exigir aún más.

Cora pensó que estaba flotando, lejos de cualquier realidad, solamente quedaba una cosa, su cuerpo encabritado, que sin el toque de Aaryon primero se marchitaría y luego perecería.

Ella solamente le pertenecía a él, él era el virtuoso y ella el instrumento. Evocaba los deseos más profundos de ella y solo él podía darle la satisfacción que se había negado durante tanto tiempo.

Su mente nublada apenas había registrado cuando él se quitó el pantalón de cuero y se arrodilló nuevamente entre sus piernas.

Ella lo miró mientras él comenzaba a acariciar su clítoris, deslizándolo en su cálida abertura. Una vez más la condujo al umbral donde podría liberar su lujuria.

Pero no era suficiente, nada ayudaría, a menos que él...

Un gemido agudo salió de su garganta mientras devoraba con la mirada su miembro duro como el acero, y esa erección le prometía su plenitud.

— Aaryon... por favor... quiero...

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Una tormenta brillaba en ellos, preparándose para consumirla.

— ¿Qué quieres? Dilo.

Él lo sabía, pero aun así exigió las palabras con las que se comprometería con él para siempre.

— ¡Quiero que me cojas! — le gritó ella, exigiendo.

Mientras lo hacía, un pensamiento se formó en su mente. No era solo la lujuria física lo que la había llevado a rogarle. En ese momento, ella le daría su alma.

Aaryon le puso los antebrazos bajo las rodillas y le separó las piernas. Con un grito victorioso la penetró violenta y profundamente.

El mundo entero de Cora consistió solamente en su eje de empuje hacia su abdomen. En la distancia, una ola se construía, ganando altura con cada empuje.

El calor brotaba de cada uno de sus poros y parecía envolverlos a ambos como un manto. Más rápido, y más exigente, ella empujó su pelvis hacia él.

Apenas pudo notar cómo ella gritaba su nombre, mientras él acariciaba su clítoris por última vez, y la ola se abatía sobre ella. Su abdomen pareció contraerse primero y luego explotar como una supernova. Llegó como el rugido de una tormenta, y sus rayos golpearon todas sus células.

Instintivamente, ella se aferró a su firme trasero, cuyos músculos se contrajeron en una última y dura embestida. Presionó su pene dentro de ella con todas sus fuerzas, y abrió sus ojos de golpe, cuando sus alas se abrieron



repentinamente y vertió su semen dentro de ella, rugiendo como si hubiera ganado una batalla. Su vagina, aún temblorosa, succionaba con avidez su hombría como si no quisiera desperdiciar ni una gota de aquel precioso elixir.

Los brazos de Aaryon, sobre los que se apoyaba, temblaban mientras se echaba la cabeza hacia atrás, riendo. Su piel brillaba de sudor y había una mirada de profunda paz en su rostro. Cora pensó que nunca había visto nada más hermoso, ni había vivido un momento que tuviera tanta magia.

Se acostó junto a ella y le acarició el vientre con el dorso de la mano.

— Está hecho — susurró con cariño.

— ¿Hecho? ¿Qué cosa? — Cora tenía que preguntar, aunque las chispas de su experiencia lujuriosa seguían zumbando en su cabeza como miles de luciérnagas en una cálida noche de verano, haciéndole difícil volver a la realidad.

Aaryon se llevó una mano a la mejilla. — Llevas mi descendencia.

Ahora ella tuvo que reírse. Su compañero estaba diciendo tonterías, probablemente su mente estaba tan ausente como la de ella.

— ¿Cómo puedes saber eso? Estoy segura de que tendremos que repetir esto muchas veces antes de... bueno, ya sabes. — Ella le sonrió significativamente.

Aaryon se rio rotundamente. — Podemos repetirlo tantas veces como quieras. Pero eso no cambiaría el hecho de que el apareamiento fue exitoso.

Cora se puso de lado y apoyó la cabeza en una mano.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro? — susurró ella, colocando su mano libre sobre su vientre aún plano.

— Porque nosotros, los Guerreros Dragón, determinamos por nosotros mismos cuándo dará fruto nuestra semilla. Nuestras alas se extienden y proclaman el éxito.

— ¿Quieres decir que vamos a tener un hijo? — Todavía incrédula, se tumbó de espaldas y contempló las nubes que pasaban.

— Sí, mi amor, vamos a tener un hijo.

Una sonrisa soñadora se dibujó en sus labios, que pronto se convirtió en una risa entusiasta. Un niño y, solo en ese momento se dio cuenta, de lo mucho que lo había deseado. Y había algo más. Parpadeó un par de veces y luego escuchó con claridad en su cabeza lo que él le había dicho antes, *mi amor*.

Miró a su alrededor y se sorprendió de lo que estas palabras provocaron en ella. La hierba era mucho más verde, el cielo brillaba de un azul intenso, las abejas zumbaban una alegre melodía y ella misma, finalmente, ya no se sentía incompleta con la vida que había elegido.

Se acurrucó contra el pecho de Aaryon, sintiendo la necesidad de ronronear mientras su barba le hacía cosquillas en la frente.

Con un dedo, trazó las líneas de las marcas de su pecho. — ¿Podemos repetir esto tantas veces como queramos, mi amor? — preguntó ella, levantando la mirada.

Sus párpados cerrados se movieron ligeramente, mientras una risa reprimida vibraba en su pecho. — Tan a menudo como quieras. Para ello, soy tu humilde servidor.

Entonces sus ojos se abrieron y la miró con franqueza. — Eres mi compañera. Mi amada para siempre. Es mi deber hacerte feliz.

Por un segundo, Cora tuvo la sensación de que el planeta dejaría de girar alrededor de su sol azulado. Aaryon nunca desperdiciaba muchas palabras, ni parloteaba a la ligera. Pero finalmente había hablado, lo que suavizó las olas en su interior. Puede que no lo volviera a repetir, pero ahora sabía que ella también le importaba.

Podría estar tumbada en la hierba con él así durante horas, ella había pensado, cuando Aaryon después de un rato, se levantó.

— Deberíamos ir a ver a los caballos — dijo en voz baja, ayudándola a levantarse.

Uno al lado del otro, los dos pastaban tranquilamente, y Aaryon silbó al semental. Levantó las orejas y vino trotando junto con la yegua.

Justo delante de ellos, se levantó sobre sus patas traseras y batió las alas violentamente, como si quisiera comunicar algo importante.

Aaryon se rio. — Yo también me alegro de verte.

Cora, mientras tanto, acariciaba a la yegua entre las orejas, esta había apoyado la cabeza en su hombro.

Se rio. — No estás escuchando, mi compañero. Desea informarte de que él también ha engendrado su descendencia.

De un momento a otro, Aaryon se volvió completamente loco. La agarró por la cintura, la levantó en el aire y le besó el ombligo.

— Gracias, muchas gracias.

— Dios mío — ella lo regañó en broma. — Parece que estás más emocionado por el potro que por tu propia descendencia.

La miró preocupado. — Por supuesto que no, es solo que... desde que te descubrí en el bosque, todo ha mejorado.

Después de ponerla de nuevo en pie, Cora se agachó y recogió las partes de su Shiro, que afortunadamente habían sobrevivido indemnes al duro trato de Aaryon.

Se lo pondría una vez más y, en la mañana cuando se pusiera un vestido, todos en el asentamiento se enterarían de su embarazo.

Esta idea no le molestó en lo más mínimo. De todos modos, estaba firmemente convencida de que su felicidad estaba escrita en su rostro.

Además, la noticia se extendería, lo que reforzaría la posición de Aaryon entre los líderes del Clan. Derys le había explicado que un líder sin

descendencia no era tenido en alta estima y podía ser considerado incapaz para aparearse con su pareja, según la ley.

Mientras tanto, Aaryon le puso el ronzal a la yegua y la condujo hacia el asentamiento. Para la felicidad de Cora, esta vez, el semental no se había quedado atrás. Se puso a brincar tras ellos, como si hubiera recorrido este camino por milésima vez.

Cuando llegaron al asentamiento, el semental que batía las alas causó gran asombro entre los Guerreros Guardián.

Con orgullo, giró sobre sus pezuñas traseras, agitando las alas como si quisiera presentarse como un nuevo y digno miembro del Clan.

Aaryon apenas pudo responder a todas las preguntas sobre el origen del extraordinario semental. Recién cuando él también batió las alas, volvió la calma.

— Escuchen, señores. Este semental ahora nos pertenece. Su manada lo ha expulsado, al igual que a muchos de nosotros. Pero ¡Mírenlo! ¿Han visto alguna vez un caballo más noble? ¿Han visto alguna vez un animal con las marcas del Dragón?

Su compañero siguió hablando sin inmutarse. — ¡Le daremos un Clan y sus potros harán famoso a nuestro asentamiento por todos lados!

Como si se tratara de una confirmación, el semental movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, provocando la risa entre todos.

— ¡Deberíamos ponerle un nombre! — gritó uno de los Guerreros más jóvenes, y Cora pudo comprobar que se había enamorado perdidamente del caballo.

Aaryon asintió y le indicó que se acercara a su lado.

— Mi compañera le pondrá nombre, porque fue ella la que lo trajo. — Sabía que le estaba dando un gran honor delante de todos, y de repente, el nombre que había estado buscando desde que conoció al semental, estaba en la punta de su lengua.

— Zephyr — anunció en voz alta. — El viento del oeste.

Todos los Guerreros asintieron mientras uno de ellos repetía el nombre en voz alta.

— Zephyr, es un buen nombre.

Al semental también pareció gustarle su nombre, pues cuando el joven Guerrero Guardián lo llamó, pisó con fuerza sus pezuñas y lo siguió de buena gana hasta el prado.

Cora se aferró al brazo de Aaryon. — Vamos a casa.

Justo antes de quedarse dormida, pensó que aquel era el final perfecto para un día impresionante, cuando repentinamente tuvo la sensación de que una sombra ominosa se posaba sobre el dormitorio de Aaryon y el suyo.

Se sobresaltó brevemente, pero se recostó tranquila al ver que el pecho de Aaryon subía y bajaba de manera uniforme.

## Capítulo 13

— Qué día tan glorioso ¿verdad? — Aaryon dio una palmada en el hombro de Mykos desde atrás con tanto entusiasmo, que este cayó brevemente de rodillas.

— ¿Tienes algo que compartir con nosotros? — le preguntó. Se hizo el tonto ante Aaryon, pero le sonrió con picardía.

— Eso no es de tu incumbencia. — Aaryon le devolvió una sonrisa descarada.

Hoy no había nada que pudiera estropear su estado de ánimo.

Hay que reconocer que solo se había despertado, cuando los golpes de martillo del herrero habían ingresado a través de su ventana abierta. Los trabajadores ya estaban ocupados con su trabajo del día, antes de que él pudiera separarse del lado de Cora.

Su compañera se había acurrucado junto a él y le había insistido en que tenían que repetir esa cosa nuevamente, nada más para estar seguros, claro. Además, ella había dicho que, de todos modos, ambos tenían que inaugurar la cama nueva. Por supuesto, él había accedido a su petición, por lo que, en ese momento, ya era casi la hora del almuerzo.

Su estómago se anunció, en el mismo momento, con un gruñido demasiado claro. Dirigió sus pasos hacia la cocina para encontrar algo comestible.

Derys no había exagerado cuando dijo que sabía cocinar. Desde que asumió su labor, de repente, las comidas ya no eran solo una medida necesaria para mantener las fuerzas. Ahora había alegría, en la larga mesa cuando los guardianes se reunían allí para comer y exigían a gritos sus raciones.

Cuando vio que no había nadie sentado frente a la cocina, quiso entrar. Por el delicioso aroma, se dio cuenta, de que Derys ya estaba trabajando duro.

Desde el interior, oyó murmullos silenciosos y se preguntó, quién le haría compañía a Derys mientras cocinaba.

Cuando empujó la puerta, ésta se abrió con un gemido reacio. Se escuchó un chillido sorpresivo y, con un último tirón, finalmente abrió la puerta.

Pudo ver cómo Derys y su joven pretendiente se separaron de un salto, sorprendidos. Se rio, por dentro, de los labios temblorosos de la mujer y de las brillantes marcas en el pecho del joven Guardián, avergonzados. Hoy estaba realmente de humor para bromear, así que los miró a ambos de forma punitiva y cruzó los brazos delante del pecho.

— ¿Qué está pasando aquí? — Señaló con su dedo índice al Guerrero, que pareció encogerse bajo su mirada. — ¿No tienes nada que hacer?

El pobre chico tartamudeaba, mientras tiraba de Derys tras él para protegerla.



— Yo... bueno... nosotros...

— ¿Sí? — Aaryon impulsó su juego un poco más, y dio un paso hacia él.

El Guardián perdió toda la timidez y finalmente demostró su valor.

Se puso de pie como un rayo y respiró profundamente. — La deseo como compañera. ¿Me das tu permiso?

Aaryon ya no pudo contener su diversión. Riendo, golpeó con su puño el pecho del joven Guerrero y gritó. — Eres un Guerrero Dragón, mi joven amigo. ¿La quieres? Entonces ¡Tómala! No necesitas mi permiso.

El Guardián parpadeó emocionado, luego rodeó la cintura de Derys con el brazo y la echó por encima de su hombro, mientras la misma reía y pateaba con sus piernas.

Estaba a punto de salir corriendo con su nueva compañera, cuando Aaryon lo agarró por el codo.

Le guiñó un ojo al Guerrero. — Tal vez, es mejor que esperes hasta después de la cena. No queremos arriesgarnos a un motín entre nuestros hermanos.

Su contraparte se puso rojo, mientras Derys se ponía de pie.

— Sí, claro. — Señaló con la cabeza a Derys.

— Me voy entonces... — No pudo deshacerse en absoluto de su alegre sonrisa mientras salía de la cocina para reanudar sus tareas.

Aaryon aprovechó el breve momento en que Derys aún parecía un poco avergonzada y no se movía. — Entonces, dime. ¿Realmente quieres a este

hombre?

Sería bastante grave que Derys no quisiera vivir con el Guerrero por su propia voluntad.

Amasó los pliegues de su vestido como solía hacer a menudo, pero luego lo miró firmemente a los ojos. — Conozco el tratado. Ninguna mujer de mi pueblo debe ser tomada. Pero te aseguro que lo hago por mi propia voluntad, y si no dejas que me quede, entonces... voy a... — Sollozó con fuerza, y se limpió desafiantemente algunas lágrimas de sus mejillas.

Aaryon asintió, pues quién más que él, sabía lo fuerte que podía llegar a ser los sentimientos entre un Guerrero y su pareja.

— Solo tenía que asegurarme. — Le dedicó una sonrisa tranquilizadora, tomó un muslo de pollo asado, y se dio la vuelta para marcharse, mordiéndolo con avidez.

Su siguiente camino lo llevó hasta el herrero, que estaba sudando mientras trabajaba en el cuerpo del Dragón, que sería entronizado en la casa de reuniones cuando estuviera terminado. El herrero avanzó rápidamente y el Dragón ya daba una impresión realmente temible, aunque sus alas aún esperaban en la distancia a su dueño.

Parecía que no había nada que hacer aquí, así que se dirigió nuevamente a su casa.

Cora estaba en cuclillas frente a la casa, ocupándose de un parterre que, según le había asegurado, era imprescindible para embellecer la entrada.

— ¿Has vuelto? — Se quitó la suciedad de las manos y se unió a él bajo el colgadizo.

— Acabo de conseguirle a Derys un compañero, quizá no sea una gran hazaña.

Cora irradiaba confianza mientras le sonreía.

— Lo estás haciendo muy bien, mi querido compañero. Ser un líder, también significa ocuparse de las necesidades emocionales de su gente. Aunque no tengas que blandir una espada para hacerlo.

Aaryon puso su mano sobre la de Cora. — Tienes razón. Los dos producirán una descendencia. Nuestro Clan crecerá, y también daremos la bienvenida a cualquier Guerrero dispuesto a seguir nuestras reglas.

El momento de reflexión se vio interrumpido cuando un jinete entró a toda velocidad en el asentamiento, haciendo que su caballo se detuviera derrapando frente a la casa de Aaryon.

Sin siquiera desmontar, gritó. — ¿Eres el líder del Clan?

Aaryon asintió, momento en el que, el jinete le lanzó un pergamino e inmediatamente volvió a galopar.

Curioso, Aaryon leyó el mensaje con el sello del Gobernante Hakon. El pergamino se le escapó de la mano abierta, mientras se frotaba la frente

suspirando.

— ¿Qué pasa? — Cora lo miró con ansiedad. — ¿Malas noticias?

— Podría decirse que sí. — Se golpeó la pierna con el puño. Como si lo hubiera adivinado, algo tenía que pasar, para que la suerte no se le subiera a la cabeza.

— Estamos llamados a las armas. Aquí no dice en qué conflicto estaremos involucrados. Pero sospecho fuertemente, que tiene que ver con esa desagradable historia referente a los ancestros comunes.

Se pellizcó el puente de la nariz. — ¡Maldición! No puedo rechazar la orden, pero tampoco quiero dejarte aquí sola con Derys.

Cora tragó saliva con fuerza. — ¡Claro que puedes y lo harás! No podemos dejar todo aquí.

Aaryon resopló y solo pudo sacudir la cabeza. — ¡Pero si estás esperando un hijo!

— Sí ¿y qué? El trabajo debe continuar y alguien debe cuidar de Zephyr. Derys me ayudará. Tenemos muchos trabajadores aquí, no estaré sola. ¡Volverás antes de que pueda dejar de moverme!

Él no estaba tan seguro acerca de ello, pero Cora parecía bastante testaruda y definitivamente no le perdonaría que la enviara a otro Clan.

Además, tenía toda la razón. No podían dejar el asentamiento completamente deshabitado con las construcciones a medio terminar, que quedarían a

merced del clima y de todo tipo de animales salvajes.

— Está bien, lo haremos así. Pero prométeme que te irás, si ocurre algo inesperado. Sin el tratado podré vivir, pero sin ti...

Le puso una mano en la mejilla. — No te preocupes. Aquí te estaré esperando.

Aaryon le estrechó la mano y le besó brevemente los dedos. — Entonces iré ahora a dar las malas noticias a los otros Guerreros.

Cuando todos se reunieron en la plaza central, Aaryon juntó las manos en la espalda y se paseaba de un lado a otro frente a sus Guerreros.

— Hemos sido llamados a las armas. Se espera que lleguemos a la casa del Gobernante en dos días. Afilen sus espadas y hagan las paces con sus ancestros, porque puede que no todos regresemos.

Eso fue todo lo que pudo decir al respecto. Ninguno de ellos temía la muerte en la batalla, así que tampoco les daría un discurso ferviente sobre gloria y victoria.

Él ya les había dado las órdenes y se preparaban para salir.

Antes de que su pequeño grupo se pusiera en marcha a la mañana siguiente, Aaryon apoyó su frente contra la de su compañera. — Si no vuelvo... quiero que sepas...

Le puso un dedo en los labios y lo miró fijamente. — Yo lo sé. Claro que volverás a mí.

Su confianza lo reconfortó. Si hubiera llorado y lamentado su partida, le habría costado muchas fuerzas, que sin duda necesitaría en la batalla que le esperaba.

Esa misma noche llegaron al asentamiento de Hakon en el estrecho del continente vecino. Aparte de las tropas del Gobernante, no había ningún otro Guerrero del Clan en el lugar, y Aaryon comenzó a preguntarse contra quién se suponía que debían luchar.

Sin demorarse mucho, se dirigió a Hakon, que estaba sentado, pensativo, en los escalones que conducían a su trono.

Se golpeó el pecho y el Gobernante finalmente levantó la cabeza.

— Tú eres Aaryon, nuevo líder de los Guerreros Guardián, si no me equivoco. Siéntate conmigo.

Aaryon hizo lo que le dijo.

— Estoy seguro de que te preguntas por qué te he convocado aquí con tus Guerreros. Si embargo, en primer lugar, quiero agradecerte por mantenerte fiel a tu juramento a pesar de todos los cambios en tu Clan.

Mientras el Gobernante lo miraba expectante, Aaryon respondió. — Nunca hemos cuestionado nuestros deberes, Hakon. Solo las prohibiciones que las acompañan.

Hakon se rio. — Sí, fue muy astuto de tu parte pedir las copias de los textos legales. Yo tampoco nunca he dudado de la legalidad de sus mandatos.

Continuó sin pausa. — Ahora que eso está resuelto... ¿Qué te parece el hecho de que nuestros vecinos y nosotros descendamos del mismo pueblo?

Abruptamente, Aaryon se percató, de que ni siquiera conocía la opinión del Gobernante sobre ese tema. Entonces, era mejor que se contuviera por el momento.

— No importa lo que yo piense. Nos has llamado, y aquí estamos. Mis opiniones personales no tienen importancia.

Hakon sonrió y entrecerró un ojo. — Muy buena respuesta. Digno de un Guerrero Guardián. Sin embargo, no has respondido a mi pregunta.

Aaryon guardó silencio. Había respondido al llamado del Gobernante y no había mentido cuando aseguró que su opinión era irrelevante.

— ¿Te he dejado sin palabras? — El Gobernante soltó una risa entrecortada.

— Entonces bien. Fui yo quien hizo rodar esa piedra. Hice el tratado con nuestros vecinos lykonianos. Y si no lo acatamos, dejarán de existir. Cuantas más mujeres les robemos, cada vez serán menos. ¿Entiendes lo que eso significa?

Era evidente. — Por supuesto que lo entiendo. Después de todo, si tenemos ancestros comunes, exterminaremos a nuestra propia gente.

Además, no hacía falta ser un gran erudito para seguir el hilo. Los Guerreros Dragón no tenían que depender de las mujeres lykonianas, gracias a su capacidad de viajar a través del universo. No tenían que preocuparse por lo

que les pudiera ocurrir a sus vecinos. A menos que aceptaran el hecho de que, de esa manera, estarían destruyendo a su propio pueblo.

De repente, se le ocurrió otra cosa.

— Estoy seguro que, de ahí viene la ley no escrita de que los Guerreros Dragón debemos proteger a la gente de Lykon, a todos. ¿De dónde más vendría este acuerdo silencioso? Si no ¿por qué, los Guerreros Dragón han puesto su destreza en la lucha y los vecinos lykonianos sus hábiles artesanos y agricultores, a disposición de los demás desde un pasado lejano, si su vínculo no se extendía mucho más allá de una fructífera simbiosis?

El Gobernante asintió. — Estoy de acuerdo, solo que no hemos encontrado ninguna prueba. Aunque la lógica no sugiere otra conclusión.

— ¿No nos has llamado para encargarnos de hacer circular esta noticia? — Aaryon encontró la conversación con su jefe muy agradable, solo que no había venido a charlar.

Hakon se dio una palmada en las piernas y se levantó. — Ciertamente no, he dejado esa tarea a otros Guerreros Dragón. Desgraciadamente, mi plan no funcionó como esperaba.

— No te aburriré con los detalles, pero hace algún tiempo, hubo una gran reunión del Consejo. Se presentaron todas las pruebas y he tenido que admitir mi postura frente a los clanes. Así que hice lo único que creí



correcto y admití públicamente lo que pensaba, que eso no era una teoría, sino la verdad.

Arrugó la cara, molesto. — Como puedes imaginar, me encontré con cierto rechazo al respecto, pero la mayoría de los clanes me han asegurado que respetarán, de todos modos, las cláusulas del tratado.

Hakon era ahora imparable y siguió hablando sin interrupción.

— Excepto un Clan. Han vuelto a robar a las mujeres de allí, y no son precisamente aprensivos con ello. En el continente vecino, las peticiones de represalias se acumulan. Aunque, estas personas no piensen como tú y yo, temen por su existencia. Y no creas que no son rivales para nosotros. Estoy en estrecho contacto con su Alto Consejo, y observan con creciente preocupación cómo algunas ciudades están poniendo toda su energía en el desarrollo de armas que podrían ser peligrosas para nosotros.

Finalmente, el Gobernante se tomó un tiempo para respirar.

Aaryon comprendió su preocupación. Había que detener a este Clan, o provocaría un incendio imposible de contener.

Se levantó. — No hay mucho más que hablar, Hakon. ¿Cuándo llegarán los otros clanes?

— No vendrán, Aaryon. Todos ellos están ejerciendo su derecho de mantenerse al margen de las discordias de nuestro pueblo.

En efecto, Hakon parecía un poco descontento con sus palabras. Al parecer, esperaba más apoyo.

— No tenemos ese derecho. Pero, de cualquier manera, te aseguro que puedes contar con nosotros. Estaba claro que los otros clanes se mantenían al margen de este conflicto. Indudablemente, las opiniones estaban divididas incluso dentro de los asentamientos individuales, y ningún líder de Clan se arriesgaría a librar esta batalla.

Pero recordó las palabras de su compañera, que debía luchar por lo que quisiera, y esa lucha impediría una guerra. En caso de que su gente lo considerara no apto por su actitud posterior, no rechazaría un desafío.

— ¿Contra qué Clan iremos? — Esa era la única pregunta que importaba.

— Es uno de los clanes de las montañas.

Aaryon no le gustaba la idea de atravesar las cumbres nevadas durante días, y que se encontraran agotados para enfrentarse así a una fuerza superior, contra los Guerreros de las montañas sedientos de poder. Después de todo, a diferencia de los duelos en el asentamiento de Ryak, no podía confiar en el sol abrasador. En las laderas rocosas de las montañas de Lykon, que solo eran de fácil acceso para los conocedores de la zona, tendría que enfrentarse al enemigo en su propio terreno.

— ¿Cuántos hombres me podrías proporcionar? — él quiso saber.

— Veinte, mi guardia personal.

Aaryon frunció el ceño. — Diles que traigan hachas para cortar madera. Tengo una idea al respecto.

Hakon lo miró con un poco de desconfianza, pero no hizo un gran drama por el hecho de que, de repente, Aaryon diera las órdenes.

Al día siguiente, los cuarenta Guerreros partieron hacia las montañas, acompañados por su propio jefe. El ascenso resultó exactamente como Aaryon había temido. La nieve les llegaba hasta las rodillas y les resultaba difícil avanzar.

No fue hasta la tarde siguiente que llegaron hasta un barranco, y en el lado opuesto se encontraba el asentamiento de los renegados.

Los agotados hombres descansaron pero, Aaryon tenía que obtener una visión general del terreno antes de poder utilizar su artimaña.

Por los comentarios cínicos que se gritaban al otro lado del barranco, no era difícil oír que contaban con al menos cien Guerreros. Pero eso no importaba, dejémosles que tengan un falso sentido de seguridad.

Volvió y les explicó su plan.

— Escuchen. Inmediatamente comenzarán a cortar árboles y a construir un puente. Hagan todo el ruido posible, y dejen que los vean, tan a menudo, como sea posible, y llámenlos con nombres viles.

Mykos se rio. — Aaryon, eso no tiene sentido. Una vez que hayamos construido lo suficiente, podrían atacarnos o simplemente derribar el puente.

Él sonrió. — Justamente queremos que piensen que somos estúpidos, amigo mío. No se trata, en absoluto, de terminar el puente.

Mientras señalaba el barranco, siguió hablando. — Ustedes estarán construyendo pero, al mismo tiempo, Hakon y yo estaremos buscando un camino a través del desfiladero y encontraremos al líder.

Chasqueó los dedos. — Creen que todos queremos ir allí y no cuentan con solo dos Guerreros. Además, sus insultos los harán enfadar, y así centrarán toda su atención solo en ustedes.

— Es un buen plan, vamos a cortar la cabeza de la serpiente. — Hakon buscó su espada.

— Esperemos hasta que oscurezca y luego partiremos.

## Capítulo 14

Con los ojos cerrados, Cora dejó que sus dedos se deslizaran sobre la cabeza del Dragón forjado. Bajo las yemas de sus dedos sintió las escamas individuales y sus sinuosos cuernos. En la desgarrada boca abierta, el herrero había elaborado cada uno de los dientes y había hecho la lengua tan realista que, Cora pensó que estaba a punto de enroscarse alrededor de su mano.

Sin la ayuda de los Guerreros sería difícil colocar el cuerpo sobre la casa de reuniones y después colocarle las alas, le había explicado el herrero un poco antes.

— Pero ¿es posible? — Cora deseaba desesperadamente que la casa de reuniones estuviera terminada cuando Aaryon volviera, para que pudiera estar orgulloso de sus progresos.

El herrero asintió. — Sí, es posible, pero primero tenemos que construir aparejos y montar algunos andamios. Y, por supuesto, necesitaremos Piedras de Pyron para alimentar los dispositivos de elevación.

Ella lo rechazó. — Estamos perfectamente equipados. No te preocupes.

Luego le sonrió. — Lo siento, no quería ser tan dura. Es que...

El anciano le devolvió la sonrisa. — Está bien, muchacha. El peso de la responsabilidad, de vez en cuando pesa bastante.

— ¿Tienes noticias de tu compañero? — le preguntó cuando estaba por marcharse.

No se dio la vuelta, pero murmuró. — Nada, ni una palabra desde hace dos semanas.

No era nada fácil, dejar de imaginarse lo que podía ocurrirle, y de las formas más horripilantes. Después de todo, ni siquiera sabía dónde se alojaba Aaryon. Todas las noches daba vueltas en la cama fría, antes de caer en un sueño intranquilo.

A la mañana siguiente, siempre le llevaba algo de tiempo poner una expresión alegre antes de salir de la casa. Con una expresión lamentable, después de todo, difícilmente causaría una impresión de confianza en los obreros a los que tenía que asignar sus tareas diarias.

Lo mismo ocurría con Derys, que no dejaba de atosigar a Cora con preguntas que no podía responder.

Justo, en ese momento, la joven llegó corriendo hacia ella con una mirada tensa.

Cora suspiró, ya que aquello sería como todos los días anteriores.

— ¿Tienes noticias de nuestros compañeros? — Derys movió los párpados con entusiasmo, obviamente esperando que hoy fuera diferente.

— No, nada.

Derys agachó la cabeza, decepcionada, y dio una patada al suelo con un pie.

— Pero si están heridos. — Abrió los ojos de golpe. — ¡O muertos!

Cora trató de mantener la compostura. — ¡No están muertos, cómo puedes pensar eso!

— Tal vez sus cuerpos estén tirados en algún lugar, al lado del camino y los buitres les estén sacando los ojos a picotazos. — Derys se estremeció al pensar en ello y comenzó a llorar.

— ¿Y si no los volvemos a ver?

A Cora le caía muy bien Derys pero, en este mismo momento, le hubiera gustado abofetearla. Además, toda esta especulación no las llevaría a ninguna parte y, no podían permitirse sentarse a llorar en un rincón.

Agarró a Derys por la parte superior de los brazos y le dio una rápida sacudida. — No están muertos y volverán. Deja de volverte loca.

— Pero... — Derys resopló.

— Pero nada. ¿Cocinaste para todos y recogiste las hojas para curar las heridas en el bosque? ¿Y nuestros suministros? ¿Pediste los suministros como te dije? Después de todo, nuestros trabajadores necesitan comer.

Miró con severidad a la joven, que resopló aún más y susurró entre lágrimas.

— No.

Cora le acarició los hombros. — Entonces, tienes mucho que hacer. ¡Shoo, shoo, entonces vete! No querrás que tu compañero encuentre solamente el caos cuando vuelva.

Derys parpadeó sus ojos marrones y la miró, sobresaltada. — Sí, tienes razón. Oh, vaya, ni siquiera he terminado de decorar nuestra casa. — Con esas palabras, se alejó apresuradamente.

Cora respiró profundamente. Había distraído a Derys de sus sombríos pensamientos por hoy, pero tendría que idear algo nuevo para mañana.

— Solo han pasado quince días — se tranquilizó. Además, no tenía ni idea, de adónde lo habían enviado, ni de cuánto tiempo podía durar una misión como ésta. Aaryon no había dicho nada al respecto. Al final, no había podido hacerlo, ya que solamente él había tenido en la mano el llamamiento, que les ordenaba a él y a sus hombres ir a la casa del Gobernante.

Sus pasos la condujeron al prado, donde Zephyr la recibió alegremente y le presentó con orgullo, su creciente manada de yeguas.

Cora tuvo que reírse. ¡Que afortunado! Había dado Piedras de Pyron a cada trabajador que salía del asentamiento para hacer recados, con el fin de conseguir más yeguas. Así que finalmente había conseguido aumentar la pequeña manada que, al principio, solo constaba de dos caballos, ahora tenían doce animales.



Con un poco de suerte, habría más potros en unos meses. Y Aaryon estaría ciertamente feliz por ello.

El hecho de que ella misma estuviera esperando un hijo, siempre la ponía de buen humor. En su mente, a menudo, veía a su compañero llevando a su hijo sobre sus hombros. El pequeño Dragón se aferraba al cabello negro de Aaryon y chillaba con entusiasmo.

Otros días, sin embargo, un velo gris, a veces, cubría esta imagen. Luego rezó para que su compañero volviera entero y sano. Simplemente no podía soportar la idea de que él nunca conociera a su hijo.

Esta incertidumbre y el miedo subyacente se clavaron cada vez más en su mente con sus afiladas garras. Aunque hacía sus recados diarios sin pausa, se sentía condenada a la inactividad.

Pero ¿qué podía hacer? Cora se golpeó la frente varias veces con la palma de la mano pero, sin embargo, había un vacío enorme en su cerebro. No ayudaría a nadie si saliera precipitadamente en busca de su compañero. ¿Dónde se suponía que iría? El continente de los Guerreros Dragón era enorme, según las historias; podía tardar meses o incluso años en recorrerlo, y ella no disponía de tanto tiempo antes de que naciera su hijo.

Pasaron unas semanas más. Los trabajadores proporcionaban a Cora toda la información que recogían en sus viajes de ida y vuelta al asentamiento.

Hasta el momento, había podido averiguar que Aaryon y sus hombres, y el propio Gobernante, debían luchar contra un Clan de rebeldes en las montañas. Y que se habían marchado inmediatamente después de la llegada de Aaryon pero, desde entonces, nadie había oído nada nuevo.

Fue una locura. Nadie parecía saber ningún detalle, pero Cora sospechaba que se limitaban a tirar fragmentos a los trabajadores lykonianos, en lugar de responder a sus preguntas con detalle.

Finalmente ella había tenido suficiente. Era la compañera de Aaryon, el líder de los Guerreros Guardián, y no se dejaría engañar con migajas.

— ¡Derys! — Gritó a través de la plaza del asentamiento a la joven, que solo era la sombra de lo que había sido.

Pálida y desganada, Derys salió de la cocina y se acercó a ella arrastrando los pies.

— En este momento, iré a la casa de Lilly y Ryak. Y te juro, por todo lo que considero sagrado, que no descansaré hasta que finalmente me digan dónde está nuestra gente.

Repentinamente, Derys se animó.

— Te acompañaré — sugirió ella, mirándola suplicante a los ojos.

— No, no lo harás. Quédate aquí y encárgate de todo.

Cora le dio un beso en la mejilla y murmuró. — Cuento contigo.

Se subió a un tocón de árbol y luego al caballo, que uno de los trabajadores le había sujetado. Menos mal que últimamente había practicado equitación, pues de lo contrario, ahora, le hubiera costado mucho lidiar con el enorme animal.

El camino hacia el asentamiento de Ryak le resultaba familiar. Sonrió involuntariamente, al pensar en la montaña rusa de emociones que ya había experimentado, en este camino, a través del bosque. Además, se alegró de que su peso era como el de una mosca para el caballo, ya que éste, en poco tiempo la llevó a su destino.

Frente a la casa de Ryak, se bajó apresuradamente del lomo del caballo y tamborileó en la puerta, ante las miradas que, en parte eran de asombro y en parte, miradas de castigo, por parte de los miembros del Clan que pasaban por allí. Sin embargo, poco le importaba, si pensaban que estaba loca o que era una desobediente.

Se escucharon pasos apresurados desde el interior y Lilly abrió, desconcertada.

— Cora, qué te trae...

— No hay tiempo para cortesías. — Empujó a Lilly.

— Necesito hablar con tu compañero.

Lilly intentó detenerla, pero Cora luchó contra ella. — ¡Ryak! ¡Ryak! ¿Dónde está nuestra gente?

Irrumpió en la sala de estar de la casa, donde el líder del Clan ya venía hacia ella.

Lilly se puso a su lado y se encogió de hombros confundida.

Ryak juntó las cejas. — ¿No lo sabes?

De repente, sintió que hervía por dentro, pues la expresión del rostro del hombre no presagiaba nada bueno.

— ¡Dime! — exigió Cora.

Sea lo que fuera, que él tenía para informarle, ella encontraría una solución.

— Tu compañero está muerto.

— ¡¿Muerto?! — Ella cayó contra la pared y se desplomó.

Eso no podía ser cierto, Ryak tenía que estar mintiendo. Ella sabría si la vida de Aaryon se hubiera apagado ¿no es así?

Por un breve momento, una mano de hierro sujetó su corazón y lo apretó hasta que el dolor se apoderó de cada rincón de su cuerpo. Pero aún no estaba dispuesta a dar por sentado sus palabras.

— ¡Cuéntame todo!

Ryak se acarició la nuca y se sentó, mientras Lilly permanecía de pie retorciéndose las manos.

— Hace unos días nos llegó un mensaje de Hakon. Les habían tendido una emboscada, fue lo que escribió. Él y Aaryon cayeron prisioneros. Más tarde,

a él lo liberaron, ya que seguía siendo nuestro Gobernante. Pero Aaryon, fue ejecutado.

Un grito atormentado salió de su garganta. — ¿Y los demás? Mykos... ¿Y el compañero de Derys...?

— No escribió nada sobre ellos, pero sospecho que todos cayeron.

Ryak inclinó la cabeza hacia un lado. — ¿Por qué no sabías nada sobre esto? El mensajero me aseguró personalmente que también tenía un mensaje para ti.

— No ha ido ninguno mensajero. — Cora apenas pudo emitir un graznido, mientras martirizaba su cerebro sobre cómo proceder ahora.

Había escuchado las palabras de Ryak, pero algo no estaba bien. El dolor devastador no había surgido, todavía se sentía completa. Su alma no estaba partida en dos, ni lloraba desesperadamente por su mitad perdida. Aaryon no estaba muerto.

Se puso en pie con dificultad.

— Necesito llegar a ese asentamiento en las montañas. ¿Me ayudarás?

Ryak negó con la cabeza. — No puedo ayudarte, aunque quisiera. No me arriesgaré a enemistarme con los clanes de las montañas. Ya tengo suficientes problemas en mi propio asentamiento.

Él suspiró. — Hakon tuvo suerte de que le perdonaran la vida. Deberá encontrar otras formas de hacer cumplir sus órdenes. Para este caso, no

puede contar con los clanes.

Cuando él le puso su gran mano en el hombro, ella se estremeció brevemente.

— Lo siento. Si lo deseas, podríamos encontrarte un lugar aquí. Llevas una descendencia, es tu derecho.

Cora resopló con sorna. — No necesito un nuevo Clan, porque encontraré a mi compañero.

Se dio la vuelta, cuando Lilly le rodeó el cuello con sus brazos.

— Sé que es duro — le susurró — pero necesitas hacer el duelo, y cuando estés lista, volverás con nosotros.

Cora miró a Lilly con incredulidad. También ella parecía firmemente convencida de que Aaryon ya no estaba entre los vivos. ¿Qué les pasa a estas personas que creían más en un trozo de papel, que en ella?

En el camino de vuelta a casa, hizo planes. Cabalgaría hacia las montañas, después de todo, los picos nevados no pasarían inadvertidos. Necesitaba mantas, comida y un cuchillo para defenderse en caso necesario.

Perdida en sus pensamientos, no prestó atención a su entorno mientras el caballo trotaba tranquilamente.

Abruptamente, el animal se levantó y ella se estrelló contra su lomo con fuerza, dejándola sin aliento. Bombeó aire a sus pulmones con dificultad y observó cómo el caballo se alejaba al galope, aterrorizado.

Solo vagamente pudo distinguir a un Guerrero Dragón en el camino, batiendo sus alas y riendo maliciosamente.

— Ts, ts, ts... ¿miren a quién tenemos aquí? La putita de Aaryon. Pero, espera ¡Qué estoy diciendo! Después de todo, tu buen compañero está muerto.

Se puso delante de ella, le agarró el tobillo y la arrastró hacia los arbustos.

— Como una puta más — se mofó.

Cora parpadeó con fuerza y finalmente, se dio cuenta, con quién estaba tratando.

Roryk, el antiguo comandante de los Guerreros Guardián, debió haber interceptado al mensajero, haciéndole creer que Aaryon estaba muerto y enterrado.

Intentó darle una patada, pero la mano de él le sujetó el tobillo, mientras la alejaba cada vez más del camino del bosque.

Sus esfuerzos solo lo hicieron reír, y balbuceaba incesantemente para sí mismo.

— Sí, sí, me echaron como a un leproso. Sin embargo, todos estos años he dado lo mejor de mí para servir a los guardianes con honor.

Cora pensó que no había escuchado bien.

¿Lo mejor? — ella le gritó.

— ¿Azotarlos y engañarlos para quitarles su justa recompensa, a eso llamas honorable?

Roryk le soltó el pie y la agarró por el cuello. Entonces le dio un puñetazo en la cara tan fuerte que pensó que se le rompería el cráneo.

Sintió el sabor de la sangre en su boca y apenas podía ver. De repente, se dio cuenta, que no podía hacer nada frente a ese tipo tan corpulento.

Cuando él volvió a arremeter, ella se acurrucó y se puso las manos de forma protectora sobre su vientre. El niño, Dios mío ¡Qué podía hacer!

— ¿Se ha apareado contigo? — ronroneó, fingiendo simpatía.

— Ohh pero ¡no te preocupes! Cuando termine con ustedes, no quedará nada de ninguno de los dos. Me lo quitó todo, así que es justo que elimine de Lykon todo lo que pueda recordarme a él.

De nuevo la abofeteó y jugueteó con su pantalón.

— Te lo haré bien — él se rio.

— Hace mucho tiempo que no he tenido una mujer, así que supongo que tendré que tomarte varias veces.

Con las últimas fuerzas se arrastró para alejarse de él, pero fue inútil. Fue tras ella y la puso de espaldas después de arrancarle el vestido.

Con brusquedad, separó sus piernas y se lamió los labios mientras se preparaba para penetrarla. Con una mano le apretó la garganta, haciéndole que sus sentidos se desvanecieran.



Con su último pensamiento lúcido, Cora gritó frenéticamente pidiendo ayuda, aunque ningún sonido había salido de sus labios.

De repente, un silencio sepulcral cayó sobre el bosque. Poco después, recuperó el aliento y abrió los ojos. Por encima de ella, las copas de los árboles comenzaron a oscilar violentamente de un lado a otro. Un fuerte zumbido cortó el silencio, seguido de un rugido infernal.

En ese momento, Roryk la soltó por completo. Rápidamente, se puso el pantalón mientras miraba ansiosamente a su alrededor, buscando la causa de esos ruidos.

Estaba a punto de salir corriendo, cuando unos troncos de árboles se astillaron y una enorme silueta se hizo visible frente a él.

Él gritó, se dio la vuelta y corrió hacia ella.

En ese momento, Cora seguía pensando. — Qué raro. No tengo ningún miedo.

Una cabeza gigantesca salió de entre las sombras de los árboles y una boca muy abierta se cerró alrededor de Roryk, que estaba gritando.

Con la calma repentina, Cora también recuperó su poder mental. Se levantó y caminó con las piernas temblorosas hacia la figura.

Observó las escamas rojas con bordes negros, los cuernos largos y sinuosos sobre el cráneo dentado, las patas fuertes con garras afiladas, la cola

tachonada de largas espinas en el extremo y, por último, las alas negras que brillaban como si estuvieran salpicadas de pequeñas estrellas.

Un Dragón, un verdadero Dragón había venido a rescatarla.

Cora miró los ojos dorados del Dragón, cuando este ladeó la cabeza y volvió a escupir a Roryk a sus pies.

Este se retorció delante de ella como un gusano asqueroso. De alguna manera, sintió pena por el antiguo comandante. ¿Qué debía hacer ahora con él?

La decisión le fue arrebatada, pues cuando Roryk se olvidó de sí mismo, en su sed de venganza, trató de abalanzarse nuevamente sobre ella, y el Dragón lo redujo a cenizas con una breve ráfaga de fuego.

Cora puso la mano en la mandíbula inferior del Dragón.

— Te he llamado ¿no? Gracias por escuchar mi súplica.

Las fosas nasales del Dragón se encendieron ligeramente, mientras resoplaba con cautela.

Cora lo observó mientras se levantaba del suelo con unos poderosos aletazos y se elevaba pesadamente en el aire hasta que finalmente desapareció de su vista.

Por el momento estaba a salvo pero, aún le quedaba la tarea más difícil.

Cora recorrió el largo camino a casa, sin darse un respiro. Entró en su casa sin que nadie se diera cuenta, pues no le apetecía explicar larga y

tendidamente, por qué había vuelto en mitad de la noche sin su caballo y desnuda.

— ¡Un Dragón, puedes creerlo!

A pesar del encuentro verdaderamente horrible con Roryk que, podría haberles costado la vida a ella y a su hijo, una sonrisa fascinada se dibujó en sus labios.

Aaryon pondría los ojos en blanco cuando se lo contara.

Y eso no tardaría mucho en acontecer porque, mañana recuperaría a su compañero.

## Capítulo 15

Aaryon tiró de las grandes cadenas que lo sujetaban a la fría pared de la mazmorra.

Todo había salido mal pero, eso no se debió realmente a su plan, sino a un solo Guerrero de este Clan de la montaña, que no se había dejado tentar para gritar improperios a través del desfiladero como sus compinches.

Este musculoso, que tenía tanto control sobre sí mismo, sería una brillante adición a los Guerreros Guardián, pensó Aaryon. Desgraciadamente, y también tenía que reconocerlo, era leal a su jefe de Clan.

Tal y como estaba previsto, Hakon y él se habían arrastrado por el desfiladero en la oscuridad y habían conseguido llegar a las casas de los Guerreros de las montañas sin ser detectados. Tuvieron que esperar un día más, pasando frío y rechinando los dientes, pues cuando llegaron ya había amanecido. No podían arriesgarse a un ataque a plena luz del día.

Desde la distancia, oyeron a Mykos y a los demás cortando árboles y fijando clavos en el puente improvisado con gran estrépito. Como habían acordado, los hombres gritaban todo tipo de insultos salvajes hacia los Guerreros Dragón de las montañas.

No dejaron de hacerlo, ni siquiera cuando había caído la noche.

En contraparte, los Guerreros del asentamiento habían encendido hogueras en las que asaron carne de venado. Brindaron entre sí con sus jarras de cerveza y bromearon en voz alta sobre los débiles Guerreros de las tierras bajas, que siempre necesitaban estar acogidos y calientes.

Cuanto más avanzaba la noche, más borrachos se mostraban, y Aaryon había creído que era el momento adecuado para agarrar al líder del Clan.

Mientras éste se tambaleaba detrás de una esquina para hacer sus necesidades, se había preparado para ponerle la espada en la garganta.

— ¡No tan deprisa!

Una voz oscura lo había detenido y cuando volteó, vio que Hakon tenía una espada en el cuello.

Así que se quedaron allí toda la noche, en un punto muerto. Aaryon no podía hacer nada, sin poner en peligro la vida del Gobernante, y su oponente no había bajado la espada para de esa forma, poder inmovilizarlo.

Cuando el sol se elevó sobre las cumbres, su destino estaba sellado. Los primeros Guerreros habían despertado de su frenesí, y los amordazaron tan bien, que no podían usar sus alas para generar la coraza de energía que les hubiera ayudado a escapar.

A la luz del día, Aaryon había reconocido al Guerrero que se había mantenido alejado de la bebida. Era su primer oponente en la competencia por Cora, a quien al menos, en ese entonces, había podido derrotar.

Se produjo una acalorada discusión sobre cómo proceder. Algunos estaban a favor de decapitar a Hakon inmediatamente, mientras que otros rechazaban esta idea horrorizados.

El Guerrero que tenía una larga trenza plateada se había colocado frente al Gobernante y le gritó unas palabras de advertencia al líder de su Clan. — No puedes asesinar a nuestro Gobernante. ¡Tú también lo has elegido! Libérenlo y, al menos, de esa forma, conservaremos algo de nuestra dignidad.

Eran palabras atrevidas para el gusto de Aaryon. Obviamente, este no estaba de acuerdo con las acciones de su Clan.

Al parecer, otros compartían su opinión, pues instaron al líder de su Clan a que liberara a Hakon.

— Pues bien. ¡Decapitemos al otro! — El líder del Clan comprobó el filo de su hacha con un pulgar, sonriendo, mientras Hakon era arrastrado.

Aunque este último, rugió como un oso salvaje, que Aaryon también debía ser liberado, solo que nadie había respondido.

— Así que hoy pierdo la cabeza — en ese momento, pensó él.

La muerte no podía asustarle, así que sus pensamientos giraban en torno a su compañera y a su descendencia, que aún no había nacido. Ella era fuerte, sobreviviría y criaría a su hijo para que fuera un gran Guerrero Dragón. Ella

apreciaría su recuerdo y, sin embargo, si pudiera tenerla en sus brazos solo una vez más, estaría dispuesto a sacrificar todo Lykon por ella.

Un puño le había golpeado en la sien mientras perseguía sus recuerdos.

— ¡El bastardo intentó apuñalarme! — había gritado el líder del Clan.

— No merece una muerte rápida.

Desde ese día, lo sacaban del calabozo todos los días y lo golpeaban hasta que apenas podía arrastrarse. Una de sus alas estaba rota y colgaba retorcida en su espalda. Los dos ojos estaban hinchados y su cuerpo parecía no ser más que una única herida dolorosa.

El líder del Clan quería hacerle rogar por su vida pero él, no le había dado ese gusto. Era un Guerrero Guardián y eso no cambiaría ni siquiera ante la muerte.

Cuando ya estaba en el suelo y seguían dándole patadas en los costados, lo ignoró todo. Vio a Cora y a su descendencia retozando en un prado junto a los potros alados. Con esa imagen en su mente, pensó en acudir a sus antepasados, pero no en rogar de rodillas por su vida.

El Guerrero con la trenza plateada le llevó comida y agua en el calabozo. Nunca habían hablado, solo le había susurrado a Aaryon al principio. — Lo siento, es todo lo que puedo hacer por ti. No participaré en esta tortura pero, le debo obediencia a mi líder de Clan.

Aaryon había pensado lo mismo pero, de todos modos, era demasiado tarde para señalar el error del Guerrero.

Hubo un nuevo amanecer. ¿Fue el décimo o el quincuagésimo? Aaryon no lo sabía. Al principio había esperado que sus hermanos lo rescataran pero, luego se había dado cuenta de lo inútil que sería si se empeñaran en eso. Veinte guardianes se enfrentarían a una fuerza superior, de cien o más Guerreros Dragón, una batalla que sería imposible de ganar. Mykos los habría llevado a casa, y ese pensamiento lo tranquilizó.

Nuevamente lo arrastraron afuera, a la plaza del asentamiento, en cuyo suelo, las manchas de sangre de ayer ya estaban congeladas.

Aaryon se rio. Si querían darle color a su asentamiento, tenían unas ideas muy extrañas sobre cómo hacerlo.

Estaba esperando el primer golpe de puño, cuando repentinamente, sonó una voz femenina.

— Yo no haría eso si fuera tú.

El puño se detuvo justo al lado de su mandíbula y solo, gradualmente, sus sentidos registraron quién había gritado.

Su compañera estaba de espaldas al desfiladero, con las mejillas enrojecidas por el frío de las montañas y sus rizos arremolinados alrededor de su cabeza por el viento. Quiso gritar para que se fuera, pero solamente salió un gorgoteo de su garganta.



— ¿Quién es esta loca? — rugió el líder del Clan.

— Soy Cora, y ese de ahí, es mi compañero. Entrégamelo y no te pasará nada.

Debajo de sus párpados hinchados, Aaryon vio que ella parecía perfectamente tranquila. Sus palabras, sin embargo, provocaron naturalmente una gran diversión entre los presentes.

Las risas estallaron, cuando el líder del Clan ordenó finalmente que empujaran a esta loca por el barranco. Aaryon intentó desesperadamente ponerse en pie, pero sus músculos simplemente no le obedecieron.

Aun así, los Guerreros dudaron en cumplir la orden. Loca o no, violentar a una mujer, no era algo que incluso, el más vil canalla, querría cargar en su conciencia.

— ¿Estás sordo? — gritó ahora Cora.

— ¡Dame a mi compañero! Ahora.

El líder del Clan obviamente ya había tenido suficiente. Se sacudió el puño que Aaryon había cerrado alrededor de su tobillo, para evitar que él mismo arrojara a Cora por el barranco.

Arrojó su capa de pieles al suelo, profiriendo maldiciones, y se dirigió hacia Cora con rabia.

Solo unos pocos pasos lo separaban de ella, cuando extendió los brazos y un profundo estruendo se elevó desde las profundidades del desfiladero tras

ella.

El líder del Clan se paralizó y su gente retrocedió instintivamente pues, detrás de ella un Dragón salió disparado, sobrevolando una vez el asentamiento, y luego se posó junto a ella.

Cora sonrió al pasar junto al aturdido líder del Clan. Sus Guerreros se retiraron aún más, mientras el Dragón se preparaba para seguirla.

El suelo helado crujía bajo sus pies, y cuanto más se acercaba a Aaryon, azotaba con más fuerza su cola espinosa.

Los ojos de Aaryon iban y venían entre su compañera y la criatura primitiva. ¿Estaba soñando?

Cora se arrodilló a su lado. — ¿Puedes caminar?

Le acarició la mejilla. — ¿Qué te han hecho?

Aaryon intentó ponerse en pie y Cora puso su brazo por encima de su hombro para apoyarlo.

— ¡Déjame ayudarte! — El Guerrero de la larga trenza le tendió la mano y ayudó a Aaryon a ponerse en pie.

— No tenemos que ir muy lejos. Mykos está allí, esperando con nuestra gente. — Cora señaló con la mano entre los árboles del borde del asentamiento.

El Dragón continuó siguiéndolos, pero volvió a girar la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido amenazador, seguido de una poderosa ráfaga de fuego hacia

el cielo.

Cora agradeció al Guerrero por su ayuda y añadió una advertencia. — Dile a tu gente que siga las órdenes de Hakon. No más asaltos.

El gigante resopló. — Supongo que su actuación, ya ha demostrado que no se puede jugar con ustedes, pero les transmitiré sus palabras.

Se dio la vuelta antes de marcharse. — Me llamo Jaryk. Quizás nos volvamos a encontrar alguna vez.

Aaryon estaba allí, todavía sostenido por su compañera, que acababa de liberarlo de las garras de este brutal líder de Clan con la ayuda de un Dragón. Era, en efecto, una hechicera, que lo hipnotizaba a él y a todos los que la rodeaban, incluso a los dragones.

Con cuidado, puso una mano sobre el vientre de Cora y palpó el ligero bulto. Se rio, y luego hizo una mueca de dolor pero, eso no cambió el hecho, de que se sentía increíblemente bendecido.

Sus hombres salieron de las sombras y Mykos fue el primero en recuperar el habla, mientras aliviaba a Cora, para mantenerlo erguido.

— Un caballo alado, ahora un Dragón ¿qué será luego? — Intentó reírse, pero luego se retorció y se sujetó el costado.

— Maldición. Intentamos liberarte, seguíamos atacando, pero eran demasiados.

Cora sonrió. — Bueno, al menos, no has perdido el sentido del humor aunque, por lo demás, estás bastante maltrecho.

Aaryon miró a su alrededor y graznó, tratando de preguntar por las pérdidas.

— No te preocupes, algunas heridas graves, pero nada que ponga en peligro la vida — le tranquilizó Cora.

— Pero, ahora ¿cómo vamos a llegar a casa? — Mykos tenía razón en estar preocupado.

Aaryon tampoco tenía idea. No podía caminar mucho por su cuenta y sus guardianes no parecían estar mejor.

¡Si pudieran usar su caparazón de energía! Pero sus alas les desobedecían, y sus hombres estaban muy maltrechos, que ya no tenían las fuerzas necesarias para hacer el transporte de energía.

Desde atrás, recibió un ligero empujón. Cuando volteó, el Dragón inclinó su cabeza y, a Aaryon, extrañamente, este movimiento le pareció como una reverencia.

El Dragón desplegó sus alas sobre todos ellos y en una fracción de segundos, se encontraron en medio de su establecimiento.

A Aaryon, el entendimiento le atravesó la mente como un rayo.

Todas las historias, todas las leyendas que los antiguos Guerreros contaban a sus descendientes, eran ciertas.

El Dragón buscaba a un maestro y, una vez que lo encontró, pudo percibir sus pensamientos. Éste debía sentir su presencia en Cora, por eso la había ayudado.

Es increíble que el Dragón lo haya encontrado. ¿Y de dónde había salido? Nadie había visto un Dragón vivo desde hace muchísimo tiempo.

El Dragón volvió a inclinar la cabeza y luego desapareció batiendo fuertemente sus alas en dirección al sol del mediodía, cuya luz deslumbrante, pronto hizo que su silueta dejara de ser reconocible.

Ahora, los trabajadores llegaban desde todos los rincones del asentamiento, y sus gritos excitados demostraron que se habían dado cuenta de su llegada.

Derys se arrojó con fervor a los brazos de su compañero, resistiéndose ferozmente a que le prodigara besos en la cara, delante de todos.

Finalmente estaba en casa. Aaryon respiró profundamente y se tiró al suelo.

## Epílogo

Aaryon tomó al pequeño vástago de los brazos de su compañera. El cabello fuerte y negro que el niño llevaba ya al nacimiento, no dejaba lugar a dudas sobre quién lo había engendrado.

— Ve, iré junto a ti en un momento. — Cora le sonrió, mientras se cerraba el vestido después de haberlo amamantado.

Ninguno en Lykon podría estar más orgulloso que él.

Después de su rescate, Cora le había contado lo que Roryk le había hecho y cómo tuvo que pagar por ello.

Incluso después de esa terrible experiencia, no había dejado que eso, le impidiera seguir buscándolo. Durante días había vagado por las montañas, hasta que finalmente se encontró con Mykos y los otros Guerreros Guardián. Luego, ella lo había curado y siempre reía al recalcarle que probablemente ahora, él respetaría más las hierbas. Si él intentaba escupir sus brebajes, con la cara contorsionada, ella lo amenazaba con el dedo.

— Bebe, o llamaré al Dragón. Y sabes que puedo.

Cuando se sintió mejor, comprobó que la mayor parte del trabajo se había completado y podía considerarse el orgulloso propietario de once yeguas preñadas.

Se acercó a la valla con su hijo en brazos y observó cómo los potros batían sus pequeñas alas, intentando emular a su padre. Zephyr se acercó trotando hacia ambos y resopló en la cara del niño, provocando cada vez, un vendaval de excitación en el pequeño.

Finalmente, Cora apareció a su lado.

Ella suspiró. — No sé si podré separarme de los potros. Son todos tan bonitos.

Aaryon sonrió. Parecía que todos los Guerreros Dragón de Lykon, querían uno de los potros, después de que se corriera la voz del semental alado.

Sin embargo, todo se vio superado con creces por la noticia de que un Dragón estuvo sobrevolando el Clan de los Guerreros Guardián.

Todo el mundo lo sabía por las historias, solo los mejores Guerreros conseguían que un Dragón les rindiera pleitesía.

Cora también sentía cada día lo afortunada que había sido. ¿Realmente se había reprendido alguna vez por tener que tocar siempre todo?

La paz se había restablecido entre los clanes, después de que emisarios de los Guerreros rebeldes de las montañas hicieran las paces con el Gobernante, en una gran reunión del Consejo.

Su hijo se desarrollaba espléndidamente y su compañera le dedicaba cada minuto libre.

Ella miró hacia las nubes. — ¿Crees que hay más dragones?

— No lo creo. Es un milagro que exista — respondió Aaryon.

La besó en el hombro y le dijo al oído. — Pero es un milagro aun mayor que tú existas. ¿Sabes realmente lo mucho que te quiero?

Inevitablemente, Cora tuvo que sonreír cuando la burla tomó, por un instante, brevemente el control, mientras su aliento le provocaba un lujurioso cosquilleo en el cuello. — Tal vez deberías demostrarme tu amor repitiendo, esa cosa. Solo para estar seguros.

\*\*\*\*\*

FIN

¿Te apetece conocer más historias del mundo de *Secuestradas por los*

*Guerreros Dragón*?

El libro 4 de esta serie, [Cautiva del Dragón](#) ya está listo para ti.

**Gracias por leer.**

Si te ha gustado este libro, te agradecería mucho que te tomaras unos minutos para dejar una reseña en la plataforma que elijas. Hazlo tan corto como quieras.



¡Gracias por pasar tiempo con mis Guerreros Dragón!

PD: Te esperan más historias de la serie *Secuestradas por los Guerreros*

*Dragón:*

[La Novia Humana del Dragón \(Libro 1\)](#)

[Encadenada por los Dragones \(Libro 2\)](#)

[Bajo el Hechizo del Dragón \(Libro 3\)](#)

[Cautiva del Dragón \(Libro 4\)](#)

Presa del Dragón (Libro 5)

También puedes [visitarme](#) en mi [página de autor de Amazon para](#) ver qué libros están ya disponibles.

## **Sobre la autora**

Annett Fürst creció en la costa báltica alemana. La vista del mar embravecido con los barcos que pasaban y los paseos por los bosques de pinos naturales despertaron su anhelo de mundos místicos y lugares exóticos a una edad temprana.

Además de escribir, le encantan los caballos, su creciente manada de perros, los domingos en la cama y, por último, pero no menos importante, su comprensivo marido.

A Annett Fürst le gusta sobre todo escribir historias de amor oscuras en las que ella (o más bien sus protagonistas) puedan liberarse de verdad, y a través de las cuales, las pasiones y las necesidades más ocultas de los humanos -y de los seres paranormales- puedan salir a la luz.